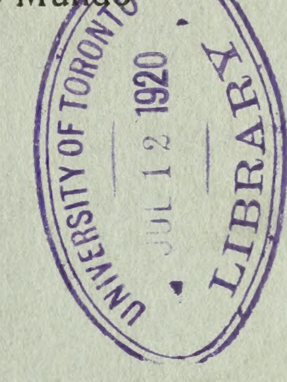
Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual entre los Pueblos del Nuevo Mundo





Sumario:

Doubleday, Page & Company
Nueva York

ESPAÑOL: VOLUMEN IV JULIO DE 1920 NÚMERO 2

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA, inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA, española (6 números) . . .	.80 anuales
INTER-AMÉRICA, inglesa y española (12 números) .	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET NUEVA YORK, E. U. DE A.


Pluma Fuente Ideal de Waterman
Waterman's Ideal Fountain Pen
WATERMAN'S IDEAL NEW YORK
Vecinos
El servicio a retaguardia de una pluma fuente Ideal de Waterman, se dirige en línea recta desde el lugar donde se fabrica al lugar donde se usa.
Este servicio hace que toda la América del Sur sea nuestra vecina y amiga.
La pluma fuente Ideal de Waterman está de venta por toda la América del Sur, de un tamaño y de un tipo a propósito para toda clase de letra.
L. E. WATERMAN CO.
191 Broadway
Nueva York
Avenida de Mayo 1364
Buenos Aires
Rua Buenos Aires 23
Río de Janeiro
WATERMAN'S IDEAL FOUNTAIN PEN
CLIP-CAP
J.T.D.

Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

Doubleday, Page & Company
Nueva York

ESPAÑOL: VOLUMEN IV JULIO DE 1920 NÚMERO 2

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

WÍLLIAM RÓSCOE THÁYER nació en Boston, Massachusetts, 16 de enero de 1859; recibió su educación preparatoria en Europa, terminando sus estudios en la Hárvard University, Cámbridge, Massachusetts, y mereciendo la distinción de numerosos grados académicos y honoríficos de varias universidades y otras instituciones; ha sido redactor sucesivamente del *Philadelphia Evening Bulletin* y el *Harvard Graduates' Magazine*, y es miembro de varias sociedades científicas y literarias; es autor de *Confessions of Hermes*, 1884; *Hesper*, 1888; *The Best Elizabethan Plays*, 1890; *The Dawn of Italian Independence*, 1893; *Poems, New and Old*, 1894; *Throne-Makers*, 1899; *A Short History of Venice*, 1905; *Italica*, 1908; *Life and Times of Cavour*, dos volúmenes, 1911; *Life and Letters of John Hay*, dos volúmenes, 1915; *Germany* versus *Civilization*, 1916; *Collapse of Superman*, 1917; *Theodore Roosevelt, an Intimate Biography*, 1919, etc.

GAMALIEL BRÁDFORD nació en Boston Massachusetts, 9 de octubre de 1863; se educó en el Harvard College sin graduarse, viéndose obligado a dejar el colegio por falta de salud; se ha dedicado a la literatura; es autor de *Types of American Character*, 1895; *A Pageant of Life*, 1904; *The Private Tutor*, 1904; *Between Two Masters*, 1906; *Matthew Porter*, 1908; *Lee, the American*, 1912; *Confederate Portraits*, 1914; *Union Portraits*, 1916; *Portraits of Women*, 1916; *A Naturalist of Souls*, 1917; etc.

(JAMES) BRÁNDER MATTHEWS nació en Nueva Orleáns, 21 de febrero de 1852; educóse en la Columbia University para abogado, pero se ha dedicado a la literatura, siendo profesor de literatura dramática en la Columbia University desde 1900, y miembro de muchas sociedades literarias; es autor de *The Theatres of Paris; French Dramatists of the Nineteenth Century; A Secret of the Sea and Other Stories; A Tale of Twenty-Five Hours; Tom Paulding; The Story of a Story; Recreation of an Anthologist* y de muchas otras obras.

BEN AMES WILLIAMS nació en Macon, Misisipí, 7 de marzo de 1889; es autor, y ha escrito los siguientes libros: *All the Brothers Were Valiant; The Sea Bride; The Great Accident;* y unas setenta historietas.

JÓSEPH JÁSTROW nació en Varsovia, Polonia, 30 de enero de 1863; ha pasado la mayor parte de su vida en los Estados Unidos; educóse en la University of Pennsylvania y en la Johns Hopkins University; es psicólogo, y ha sido profesor de psicología en la University of Wisconsin desde 1888; es autor de: *Time-Relation of Mental Phenomena; Epitomes of Three Sciences; Fact and Fable in Psychology; The Subconscious; The Qualities of Men; Character and Temperament; The Psychology of Conviction;* y de numerosos artículos para revista científicas.

RÓSWELL DOSCH nació en Híllsdale, Maine, hace más o menos veintiún años, y murió en Berlín, Alemania, 30 de noviembre de 1918, de influenza, siendo corresponsal de guerra de *The World* de Nueva York; había sido profesor de plástica en la University of Óregon.

WÍLLIAM JÓSEPH KERBY nació en Láwler, Íowa, 20 de febrero de 1870; educóse en Saint Joseph's College, Dubuque, y en Saint Francis Seminary, Mílwaukee; fué ordenado como sacerdote en 1892; ha estudiado en varias universidades de Europa; es profesor de sociología y decano de la facultad de filosofía en Saint Joseph's College; es autor de *Le socialisme aux États-Unis*, 1897.

FALACIAS DE LA HISTORIA

POR

WÍLLIAM RÓSCOE THÁYER

La historia debe penetrar hasta el fondo mismo de los acontecimientos, descubrir su causa determinante, dice el autor. Debe ser imparcial, honrada, justiciera. El historiador debe considerarse a sí mismo el custodio de los grandes hechos y atributos del pasado, dándoles eterno relieve. Pero uno de los peligros mayores que afronta el historiador es el de dejarse arrastrar por argumentos *a priori*. Menos puede afectar el criterio público, sin embargo, una parcialidad clara y honrada que una imparcialidad vaga e imprecisa, ya que el lector, al examinar los hechos, puede deducir sus propias conclusiones. El concepto de que la historia general de los sucesos habrá de ceder el puesto al estudio particular de cada aspecto de la sociedad es erróneo; porque es muy difícil, si no imposible, formarse un criterio ante hechos aislados sin conocer el espíritu mismo de los pueblos. Pero este espíritu debe indagarse con altura, o de lo contrario el resultado será un fracaso, como ha sucedido a los alemanes al aplicar su propia psicología a los demás pueblos de la tierra. Debemos dar franco acceso a los historiadores y alentar sus esfuerzos en la vía de la investigación honrada y sincera. Estas ideas marcan las tendencias del artículo que publicamos a continuación.—La Redacción.

NINGUNA ciencia ha quedado tan desacreditada en la horrenda guerra como la psicología que enseñaban y practicaban los alemanes. Hasta hace poco tiempo el mundo la consideraba como cualidad especia de aquella raza. Publicaban numerosos estudios acerca de la psicología del erótico y del neurótico, del equilibrado y del desequilibrado. Creían poseer en la psicología una llave que les franquearía las puertas del dominio del globo. La guerra vino a demostrar que se equivocaban desastrosamente, porque su llave les franqueó tan sólo el intrincado laberinto de las energías del pueblo alemán. Imaginaron que su política de terror obligaría a los extranjeros despavoridos a abandonar la defensa propia y a gemir y doblegarse servilmente ante la avalancha de las tropas teutónicas. Esto es, evidentemente, lo que habrían hecho los alemanes, si la situación se hubiera desarrollado a la inversa. Pero los belgas no se doblegaron ni gimieron; los franceses no depusieron las armas llenos de terror; los británicos, rígidos e impasibles, no solamente no sintieron ni demostraron temor, sino que por largo tiempo parecieron ajenos al gran peligro que les amenazaba.

Esta revelación de la incapacidad absoluta de la psicología alemana para comprender cualquiera otra raza que no sea la teutona afectará indudablemente su interpretación psicológica de la historia y la biografía, que la *Gelehrten* (clase intelectual) alemana nos ha estado recalcando durante más de medio siglo. Hay otra razón, a mi entender, por la cual debemos mantenernos en guardia contra la historia forjada en Alemania. Quizá estoy autorizado para hacer esta advertencia por el hecho de que he protestado siempre—desde que comencé a escribir para el público hará unos treinta años—contra el método alemán de enseñar la historia. Pude observar que cualquier método que deforma el tema—la historia, el más humano de los temas, porque estudia principalmente las pasiones, acciones y motivos humanos, y debe ser concreta, pues que los seres humanos no son seres abstractos— es, inevitablemente, un método errado. Observé también que la supuesta imparcialidad de que se jactan los alemanes era pura farsa en muchos casos. Ya intentara deliberadamente o no Mommsen glorificar en sus escritos sobre César el ideal prusiano del despotismo bajo un solo déspota, lo cierto es que aquello fué lo que hizo. Que von Sybel fuera el descarado historiador cortesano de la casa Hohenzollern, es demasiado evidente para que exista la posibilidad de dudarlo. Freitschke, el más hábil de los historiadores alemanes modernos, y cuya influencia diabólica excedía a la de todos los demás, era tan imparcial como cualquier aobgado de primera clase tratando de deslumbrar y convencer a un jurado. En el terreno de la imparcialidad, en consecuencia, no creía yo mucho en ninguno de los historiadores alemanes; y desde que la guerra puso de manifiesto que éstos, como otros profesionales, maestros y sacerdotes alemanes, trataban únicamente de germanizar el mundo para convertirlo en

fácil presa de sus ambiciones, sentí que era mi deber el repudiar sus principios. Si la historia ha de elevarse al lugar que le corresponde entre los hombres, debemos depurarla de toda la corrupción que los alemanes le infligieron. Hacían uso de la historia simplemente como una forma superior de impostura, practicada por el gobierno imperial. Pero, como nuestro propósito es la persecución de la verdad y no la deificación de la dinastía Hohenzollern o la veneración de los *Junkers*, repito mi advertencia: Teniendo todas las razones para desconfiar de la psicología alemana, conforme se ha aplicado recientemente, debemos precavernos de aceptar la interpretación de la historia y la biografía bajo el prisma psicológico con que la presentan los modernos historiadores alemanes.

La psicología es, en efecto, un instrumento peligroso en la ciencia. Indudablemente es fascinadora. Podíamos casi calificarla de ciencia camaleón, tan subjetivas son sus conclusiones. Lówell observaba ingeniosamente que la idea de que la verdad se halla en el fondo de un pozo proviene de que cada cual ve reflejarse allí su propia imagen.

Hace poco que cierta persona que se dedicaba a interpretar la literatura según los principios de Freud no tuvo dificultad alguna en demostrar que el verso de Lóngfellow, *I stood on the Bridge at Midnight* (Me detuve en el puente a media noche), se originaba en una emoción sensual de que el autor se hallaba inconsciente. Todo lo que una mente sana puede inferir de tal aserción es que la doctrina de Freud está en peligro de ser excedida por sus mismos adeptos. Nuestros antepasados se consolaban con el mito del sol; pero también abusaron de esta creencia, y parece haberse hundido por el escotillón donde otra vez desaparecieron las teorías en boga.

Al censurar la interpretación moderna que los alemanes dan a la historia, no quiero decir, por supuesto, que deba prescindirse de la perfección y esmero con que se estudia en Alemania. Insisto, sin embargo, en que los alemanes no tienen el monopolio de la perfección y esmero.

Desde la época de Tucidides, todo historiador consciente ha deseado conocer la verdad y expresarla con tanta exactitud como fuera posible. Casi podríamos definir al historiador como un hombre apasionado por comprender algún episodio, alguna era o algún personaje histórico de los tiempos pasados. Mas debemos mantenernos en guardia en tanto que el método alemán de estudio conduzca a juzgar a los seres humanos como substancias químicas, sujetos siempre a reacciones inmutables bajo condiciones determinadas. En este error se ha originado el criterio bastardo de la ciencia de la historia, criterio que asume que los hombres son simplemente organismos sin alma, empujados acá y allá por las leyes mecánicas en un universo desprovisto de leyes morales.

Al escribir historia, debemos mostrarnos tan estrictamente imparciales como lo permita nuestro temperamento; lo cual incluye no sólo el ansia de expresar la verdad, sino el espíritu de justicia y el amor a la lealtad. Muchos grandes historiadores no han sido imparciales. Carlyle y Macáulay, los maestros más notables de la historia en el siglo diecinueve, fueron parciales evidentemente; pero su parcialidad era honrada; no hacía nacer ideas falsas; en efecto, revela mejor la verdad de lo que lo haría una imparcialidad vaga y desapasionada. El fanático encuentra a menudo en un credo o en un caudillo cosas que el crítico hostil deja pasar inadvertidas; y experimenta emociones que tienen mayor importancia que las definiciones. La honrada parcialidad de Carlyle, Macáulay o Grote no tiene punto de semejanza con la deliberada tentativa de falsear la verdad mediante una velada propaganda prusiana, y de corromper, pervertir y engañar: rumbo adoptado por los modernos escritores y maestros de historia alemanes.

Uno de los peligros más generales que afronta el historiador cuando acomete la interpretación de la historia es el uso de argumentos *a priori*. A juzgar por el torrente de razones con que se nos ha inundado en los últimos tiempos, a propósito de la liga de las naciones y de los efectos que habrá de producir el tratado de paz, puede observarse claramente que las enseñanzas de la guerra, que debían hacernos desconfiar, ante todo, de los argumentos *a priori*, han sido perdidas para nosotros.

Consideremos por un momento la edad

de oro de los razonadores *a priori* que florecieron en la década que precedió a la gran conflagración. Por todas partes se observaban síntomas bélicos. A pesar de las indicaciones y hasta promesas de otras naciones en el sentido de reducir la fuerza y la preparación militares, Alemania rehusó enérgicamente adoptar esta medida, y no sólo aumentó su ejército, sino que se dedicó a crear una armada formidable. Demostró oficialmente, por sus intermitentes amenazas a Agadir y otros puntos, que intentaba llegar a la guerra, y sólo aguardaba el momento favorable para iniciarla. Sus publicistas, especialmente Bernhardi, publicaron libros destinados a enardecer las pasiones de los pangermanos y demostrar cuán fácil sería, si Alemania quisiera, conquistar el mundo, que era la misión que le señalaba el destino. Dos guerras, relativamente pequeñas en magnitud, pero terribles en su fiereza, estallaron en los Balkanes; y, sin embargo, los observadores *a priori* continuaron entonando dulcemente como las sirenas, su canción de paz. En lugar de ver las cosas como son, descubrían teorías que habían convenido en calificar de reales y que corrían un velo entre ellos y la realidad. La necesidad de aquellos vastos armamentos, decían, era en verdad desoladora, y representaba una carga pesada para el pueblo y el desperdicio de muchos recursos; pero el hecho de sostener enormes ejércitos en pie de guerra es una garantía de paz. Las armas y máquinas de destrucción se habían perfeccionado a tal extremo que los hombres no podrían ni intentarían sostenerse contra ellas. Así, por maravillosa ironía, el demonio de la guerra, en su afán de hacerse irresistible, había hecho la guerra imposible en la práctica. De otro lado, consideraciones de orden social y moral preservarían la paz. El mundo hacíase mejor con tal rapidez que casi podía apreciarse a la vista el desarrollo de la virtud. La caridad en sus diversas manifestaciones; el deseo del rico de socorrer al necesitado, del fuerte de consolar al afligido; el interés cada vez mayor de la comunidad por la salvaguardia general, por la difusión de los goces de la vida, el desenvolvimiento del espíritu de piedad por el sufrimiento aun tratándose de los animales; todo esto, ¿no significaba acaso que las naciones no querrían prestar oídos en adelante a proposiciones bélicas? La guerra es la negación de la piedad, de la justicia, de la caridad, aun de la humanidad. Nos aseguraban que ningún monarca ni gobierno sería tan malvado para intentar tal crimen. Los inventos modernos, el transporte por mar y tierra; el comercio moderno, que facilita el intercambio rápido de los productos industriales de una nación; el moderno sistema bancario y financiero que liga los capitales del mundo entero con eslabones tan sensibles que responden al más ligero golpe del telégrafo ahogarían el primer murmullo de la guerra. El capital es solidario, el capital prospera en la paz.

Con tales seguridades, muchas de las cuales podemos imaginar de procedencia alemana, las naciones debían dejarse adormecer en la inacción, como sucedió evidentemente. Vivíamos en el mejor de los mundos, en donde jamás se produciría la guerra. No obstante, la guerra se produjo, una guerra horrible, atroz, sin paralelo en la historia. No necesito trazar las etapas que terminaron en la convulsión; pero los observadores *a priori* deben a la humanidad la explicación de sus deducciones de inviolable paz, en medio de condiciones que hacían la guerra inevitable. A la observación del anciano Oxenstjerna[1] sobre la poca cordura con que el mundo es gobernado, podría agregarse otra acerca de la poca penetración de los supuestos estadistas. ¿Existe otra clase de profesionales que demuestre ignorancia semejante en materias de importancia primordial? Si se consulta a un médico o a un abogado eminente, las probabilidades son diez contra una de que dará una opinión válida; pero no sucede lo mismo con el hombre de estado. Hágase la prueba más sencilla: pregúntesele si la guerra podrá producirse dentro de un período determinado. Si es honrado y sagaz, responderá que no lo sabe. ¿Cómo podremos calificar entonces a Lord Gránville, quien, a principios de julio de 1870, anunció que la paz estaba asegurada y que no se presentaba la más ligera nube amenazadora en el horizonte? Sin embargo, en el mismo

[1] Conde Axel Oxenstjerna, celebrado estadista sueco· nació en Fano, Suecia, el 16 de junio de 1583; murió en Estocolmo, el 28 de agosto de 1654.—LA REDACCIÓN.

momento trabajaba Bísmarck con todas sus fuerzas para desesperar, como él decía, al toro galo, blandiendo ante sus ojos la bandera roja. Bísmarck intentaba provocar la guerra, a ser posible; pero ni aun él podía afirmar con certidumbre que se produciría, porque no podía prever los absurdos errores del gobierno francés. El hecho principal es que estaba preparado a volver en ventaja suya todo error de los franceses, y que contaba con el poderoso ejército prusiano para apoyarle y atacar en el momento preciso en que se necesitara.

Saber lo que desea y estar prevenido son los atributos indispensables del hombre de estado. Cavour decía en substancia:

> Si me preguntáis lo que sucederá dentro de un año o dentro de un mes, no podría decirlo; pero si me preguntáis qué actitud tomaría en determinada combinación de circunstancias, esto podría asegurarlo con certeza.

Difería en esto, como Lord Gránville, del doctrinario o del observador superficial. Sus palabras confirman mi aseveración de que los hombres de estado constituyen un cuerpo de especialistas muy poco digno de confianza; y, conforme avanzamos en el proceso de la democracia, encontramos mayor dificultad para prever con claridad de visión las fantasías que el porvenir habrá de representar en asuntos políticos.

En épocas anteriores, cuando los monarcas determinaban por sí mismos o por intermedio de sus ministros las relaciones internacionales de los pueblos era relativamente fácil aventurarse a predecir. Inglaterra y Francia tenían una política tradicional que encaminó por muchos años, con variaciones o digresiones incidentales, el rumbo de sus relaciones mutuas. No se necesitaron muestras externas acerca de la actitud que tomaría Luis XIV con respecto a Austria. Así, en la competencia de astucia entre Fernando de España, el emperador Maximiliano y Enrique VII de Inglaterra, encontramos indicios seguros que revelan su política respectiva. Pero en el día en que un parlamento o un congreso puede trastornar los planes de una nación, la sombra de la incertidumbre se hace más opaca. Los representantes a congreso apoyan o rechazan a menudo leyes por razones que nada tienen que hacer con las ventajas o desventajas de la ley en sí. Ésta es una de las penas, si queréis llamarla así, de la democracia; pero creo que, a la larga, la democracia resulta mejor instrumento para realizar los altos fines de la civilización que una autocracia sin restricciones. Aumenta, indudablemente, la carga que pesa sobre los hombres de estado, demandando cualidades innecesarias en otro tiempo. Cavour, Lincoln y Róosevelt tuvieron que persuadir al congreso que apoyara sus medidas, antes de lograr que fueran adoptadas por Píedmont o por los Estados Unidos. Muy diferente fué la tarea de Olivares o Ríchelieu, de Mazarino o Métternich.

Estas reminiscencias me impulsan a mirar con escepticismo muchas de las aseveraciones, promesas y demostraciones con que hemos sido acribillados por los partidarios y opositores de la liga de naciones y del tratado de paz. Confío en que mi escepticismo es saludable y mi desconfianza justificada. Mas, ¿quién tiene el derecho de sentirse tan poseído de ciertas cosas como las personas que arguyen con tanta vehemencia sobre cada punto en discusión? Lo que sea habrá de decirlo el porvenir, y nada podemos augurar de cierto, fuera de que el futuro será el presente en algún tiempo. Es como imaginar a un maestro de dibujo que pidiera a sus alumnos diseñar y colorear las nubes de una puesta de sol en el próximo junio. Esta comparación acude a mi pensamiento siempre que escucho la diversidad de pronósticos. No intento ridiculizar el hábito que tenemos de edificar castillos en el porvenir. Hay ciertos caracteres aparentemente fijos en la naturaleza humana, como en el orden natural, caracteres sobre los cuales contamos instintivamente. El sol se levantará mañana, las estaciones se sucederán en su curso inmemorial y con ligeras variaciones; pero no es posible aplicar nuestra fe en la continuidad de tales circunstancias a las vagas, elásticas e imprevistas combinaciones de la política. Aun los tímidos hombres de ciencia, que tiemblan de lanzar una aseveración inexacta, se aventuran a sostener que el agua no correrá hacia lo alto en tanto que el globo continúe bajo sus leyes actuales; y, sin embargo, hay profetas tan intrépidos que no vacilan en predecir cuál será la condición de Dántzig, de Ragusa o de Somalilandia, de aquí a diez años.

No sé si compadecer o envidiar a aquellos que se sienten tan seguros de su posición en el universo. La omnisciencia debe de ser una ilusión deleitosa para sus víctimas, aun cuando en ocasiones les sirva de estorbo. Yo me imagino a mí mismo con vergüenza, como la araña que tiende su tela de una rama y se mece al extremo, alargándola más y más tratando de llegar al suelo o de encontrar otra rama donde afirmar la extremidad inferior de su tejido. Como resultado de esta limitación, aumenta mi escepticismo al escuchar las discusiones de los defensores y antagonistas del tratado de paz y de la liga.

No obstante, creo firmemente que existen ciertos principios que, humanamente hablando, pueden considerarse inmutables. El espíritu de justicia puede tomar diversas formas al exteriorizarse, pero no cambia en esencia. Así la lealtad, la benevolencia para con los semejantes, la abnegación de sí mismo son elementos permanentes en la naturaleza humana, como el hierro y el oro y el oxígeno son elementos en el mundo de la química. Si tales elementos se encuentran en el tratado o en la liga, nada podrá oponerse a la aurora de la utopía; si no existen, será tan imposible alcanzar paz como sería tratar de fabricar cuerdas con arena.

Después de esta confesión de nuestra incapacidad de penetrar el porvenir, ¿se me acusará de falta de lógica por declarar que la historia adquirirá interés creciente y vital no sólo para los sabios, no sólo para los aficionados inteligentes que a favor de una buena obra histórica pueden recorrer el pasado sin abandonar su biblioteca, de igual manera que con un buen libro de viajes pueden explorar el globo sin incomodidades ni fatiga, desde los trópicos hasta el polo? ¿No es un descrédito el que, a pesar de conocer la historia política de los pueblos más avanzados durante un período de casi tres mil años, no hayamos extractado el conocimiento esencial de los principiantes en este arte? Podéis argüir que "la historia no se repite;" y es indudable que no pueden repetirse, en combinación posterior, todas las circunstancias de acontecimiento alguno; pero el punto capital puede repetirse una y otra vez. El embustero quizá no repita dos veces la misma mentira; pero sería posible, con todo, para la persona que escudriña el arte del embuste reconstituir la verdad mediante el estudio de cierta clase de falsedades.

Hablando de enigmas, recuerdo a los economistas y a los hombres versados en la estadística, a quienes me refiero, sin embargo, con todo el respeto debido a sus grandes servicios, y a quienes el ignorante debe rendir el homenaje correspondiente a esferas de conocimiento por donde jamás se ha aventurado. Los economistas han llegado a ciertas conclusiones a propósito de la ley suntuaria, la inflación, las tentativas de fijar una escala máxima y mínima de precios, cuya observancia debería prevenir la repetición de locuras y desastres económicos y financieros. Los antiguos reyes de Francia, cuando se veían en apuros pecuniarios, estampaban su nombre en tiras de cuero que obligaban al pueblo a aceptar en vez de monedas de oro y plata: sistema que no hacía sino retardar la bancarrota. Medios igualmente absurdos, aun cuando no exactamente similares, se han llevado a cabo este año en los Estados Unidos. ¿Por qué no se nos ha enseñado a sacar partido de los errores del pasado? Los habitantes de una playa donde existen peligrosos circuitos de arena movediza no se aventuran, generación tras generación, sobre aquella arena movediza; ¿por qué no aprendemos con el ejemplo de nuestros antecesores a evitar los males del gobierno y la política?

Quizá la razón de que tan pocas veces se acepte la historia como guía y como advertencia es que casi nunca se pone de relieve la base moral de la política. Los políticos prefieren creer que la moral nada tiene que hacer con la política. En Alemania llevaban esta idea hasta el punto de que profesores y sacerdotes desarrollaron un sistema que escarnecía el concepto de que el estado debiera sujetarse en modo alguno a la ley moral. Estaba en su derecho al hacer lo que juzgara conveniente; y los sabios y piadosos campeones de tal sistema estaban tan alejados de la realidad que no veían que, si bien el estado es una entidad abstracta, sus gobernantes son seres humanos concretos. Estos doctrinarios se lisonjeaban de haber descubierto el secreto de la *Realpolitik* o política práctica. Pero la moral es respecto de la política lo que el fondo rocoso de un arroyo es para las aguas

que corren en su cauce; y cuando la historia está escrita en forma que revela no sólo la espuma de los acontecimientos, a menudo confusos, que resbalan rápidamente en la superficie, sino la base permanente que encamina su rumbo, merece y recibe atención más seria. Entonces sus generalizaciones adquirirán mayor peso; y las verdades que se desprendan del cuadro, envueltas ahora en ambiguos proverbios o fantásticas tradiciones, tendrán un valor definido.

Debo aquí protestar de nuevo que no tengo el propósito de insinuar que se mezcle en todo la interpretación moral. Jamás debemos franquear las puertas a quienes pretendan inyectar el espíritu de la escuela dominical en la interpretación de la historia, espíritu censurable por tres razones: primera, porque crea un mundo engañoso haciendo concebir que es verdadero; segunda, porque convierte a los historiadores en embusteros santurrones; y luego, porque pervierte a los niños que leen tales libros, volviéndolos precoces pedantes. Todo aquel que observa la vida profundamente y tiene el talento necesario para describirla no puede menos de manifestar que es asunto de muchas fases; pero esta revelación brota casi inconscientemente y no con propósito deliberado.

Dedicarse a descubrir un objeto determinado en los libros es echarse a caza de desengaños. Recuerdo haber leído un libro escrito por un crítico de Shákespeare, quien quería probar que el célebre dramaturgo intentaba desarrollar una idea moral en cada una de sus piezas. El crítico probaba su aseveración con gran habilidad, por no decir con sorprendente destreza intelectual, hasta que llegó al análisis del *Othello;* entonces admitió que se veía perplejo para encontrar razón que justificara el asesinato de Desdémona, quien no era culpable de crimen alguno que mereciera el castigo capital. Al cabo brotó un rayo de luz iluminando sus perplejidades de crítico. ¡Shákespeare hizo morir a Desdémona porque era culpable de un matrimonio híbrido! Tengan en cuenta los historiadores la advertencia; retráiganse de mezclar las falsas normas de una ética bastarda a la verdad de los hechos. Esto sí que sería, en verdad, una combinación híbrida digna de morir por la estrangulación.

Otro error, demasiado viejo para llamarle moderno, se ha hecho revivir últimamente, siendo usado en tantas partes y por tan gran número de personas, que evidentemente aquellos que lo emplean lo juzgan eficaz a despecho de ser tan antiguo y a las claras especioso. Debemos mencionarlo, por lo tanto, siquiera sea de paso. Su mecanismo es tan simple como el de una escopeta de juguete para los niños pequeños. El razonamiento, si podemos honrarle con este nombre, es como sigue: si la misma cosa sucede a dos personas, éstas deben ser, por ende, semejantes. Recientemente oí a cierto distinguido publicista argüir que Wáshington, Jéfferson y Lincoln habían sido vergonzosamente ultrajados y mal comprendidos por sus contemporáneos; pero que el tiempo ha transformado este concepto, y ahora se honra la memoria de los tres. El presidente Wilson es ultrajado y mal comprendido por algunos de sus contemporáneos; de consiguiente, Wilson y Wáshington y Lincoln son semejantes, poseen dotes iguales.

Aquellos de nosotros que no alcancemos a vivir cincuenta años más, no podemos adivinar lo que el baño de inmunidad del tiempo hará por la fama de Mr. Wilson; pero mientras estemos vivos podemos protestar contra esta necia lógica y reírnos tanto como protestamos. Pongamos la figura en otra forma: tanto el león como la sierpe tienen dos ojos; luego, el león y la sierpe son similares. Dos hombres reman en una canoa que se vuelca y ambos se ahogan; por consiguiente los dos hombres tienen cabello rojo. ¿Por qué ha de sorprendernos que la lógica haya caído también en el caldero de la fusión, en esta época agitada? ¿Por ventura no ha caído todo lo demás? Las normas de la música, de la pintura, de la poesía, comenzaron a derrumbarse muchos años antes de la guerra; los ideales de justicia, de humanidad, de equidad se han echado a los vientos; el bolshevismo se ha predicado abiertamente en la nación, y ¡avergüenza el decirlo! profesores pervertidos e intelectuales degenerados han sido sus profetas. La bestia primitiva y gigantesca se ha desprendido de su envoltura humana como se desprende la serpiente de su propia piel; y nos encontramos frente al *yo* aborigen, el yo insaciable y sin

remordimientos, criatura provista de garras, colmillos y eslabones, que niega a su Dios, niega las leyes y el derecho, y busca solamente la satisfacción de sus aspiraciones y de su crueldad.

Entre disgregación semejante, ¿cómo podía salvarse la lógica? La lógica es el sistema de pensar que los hombres razonadores han ido desenvolviendo a través de las edades. Si prescindimos de la lógica no tendremos campo de reunión con aquellos que todavía razonan. La lógica une la mente de los hombres en el proceso del pensamiento. Une a los pensadores racionales de hoy con los pensadores del pasado y con todas sus producciones e ideales. Los bolshevistas han decidido abolir a Dios; podían abolir del mismo modo la tabla de multiplicación o el teorema binomio, de los cuales conocen muy poco más que de Dios. Palabras aturdidas, que no están gobernadas por la razón, nada cuestan ni nada crean, a no ser el caos. La ley universal, que suponen haber abolido, sirve de base al mismo caos y hará renacer el orden. La lógica se resiste también a la destrucción. ¿Es posible acaso destruir la ley de la gravedad que hace caer la bellota de la encina o la piña del abeto?

¿No debían entonces los historiadores, cuyo dominio es el pasado, considerarse los defensores obligados de los grandes hechos y atributos de la naturaleza humana que se han revelado en el pasado, convirtiéndolos en permanentes hasta donde sea posible a lo que es humano? No me refiero a las creencias, la política, la sociedad o el arte: podemos considerar estos hábitos como el viaje de los buques a puertos diferentes; pero las leyes de navegación a que estos buques obedecen son las mismas en todo tiempo. Así, advoquemos la lógica en todo caso y rechacemos cualquiera tentativa en su contra. El ejemplo que cité antes, en el cual, usando de lógica falsa, se eleva al presidente Wilson al mismo nivel que Wáshington y Lincoln, demuestra el poder de los inconscientes para extraviar y de los arteros para engañar. El presidente Wilson puede ser igual y aun superior a Wáshington y a Lincoln, mas de ninguna manera por la razón aducida; y es atacar la inteligencia del pueblo americano suponer que tales argumentos obtengan crédito.

Terminaré esta lista de falacias refiriéndome a la predicción hecha recientemente de que pronto dejará de escribirse o de leerse la historia propiamente dicha. Estimables hombres de ciencia, profesionales reconocidos en el campo de la historia, sostienen esta opinión; y, sin embargo, no puedo dejar de creer que son víctimas de una falacia. Tendremos, dicen, una historia especial de política, de sociedad, de finanzas, de industria, de crímenes, de religión, de transporte y de todos los diferentes aspectos de la vida; pero no se intentará considerar a un pueblo o a una nación como entidad independiente que tiene vida propia y continua. ¿No equivale esto a decir que se abolirá la anatomía, el estudio del cuerpo humano en la adaptación y coordinación de sus diversas partes y funciones, y solamente se llevará a cabo una investigación detallada de cada una de sus partes por separado? En lugar del título "Anatomía," los títulos de esta ciencia serían entonces "Píloro," "Glándula tiroides," "Clavícula;" y cada una de las vértebras de la espina dorsal tendría un volumen especial. ¿Creéis que esto sea posible? Y si fuera posible, ¿sería deseable? Si despojáis a un árbol de todas sus ramas, y, después de haber estudiado cada rama, estudiáis cada brote, ¿conoceríais realmente el árbol sin haber examinado su tronco? Creo que no.

Sostengo, en consecuencia, que la historia propiamente dicha perdurará tan largo tiempo como naciones y tribus se asocien en una vida colectiva a través de la cual corre lo que podríamos llamar un argumento común, consecutivo y público. De allí pueden radiar tantas diferentes funciones e intereses como se quiera y tener cada uno sus crónicas especiales. Quien piense de otra manera y profetice que los elementos de la historia se dispersarán y disiparán muy pronto es como aquel que dedicara su vida a estudiar al ratón y declarara que el orden de los mamíferos debería considerarse extinguido.

Habiendo estudiado también esta falacia, no nos permitiremos dejarnos envolver entre sus redes.

He tocado ligeramente aquí diversas materias que la guerra ha puesto de relieve y que tienen mayor o menor conexión con las

relaciones de la historia con la vida. He tratado de considerar al historiador amplia y liberalmente, midiendo su esfera por el alcance de sus ideales. No deseo implicar el menor desdoro para los sabios y expertos de la historia que limitan su misión al escrutinio de algún tema insignificante. Esto es muy laudable también, siempre que el labrador se interese tanto en el campo que cultiva y lo escudriñe tan profunda y completamente que nadie pueda disputarle terreno, y cualquiera que siga sus huellas pueda contar con sus datos como hecho establecido.

Pero, del mismo modo que las ideas están sobre los hechos, la interpretación está sobre la información. No debemos catalogar solamente las impresiones y acontecimientos que fluyen sobre nuestra conciencia sin solución de continuidad; debemos tratar de descubrir el significado de la corriente. Ni aun el más rígido agnóstico, para quien todo sendero se pierde en las regiones de lo desconocido, abarca por lo menos un radio suficiente para formarse un credo que le sirva de guía en el laberinto de lo desconocido: las condiciones existentes, reales y conocidas, que regulan nuestra vida diaria. Para Sócrates existía también lo desconocido; pero, a fuer de sabio, nunca se sintió descorazonado ni alarmado.

> Si nuestro barco naufraga en el mar de la vida, debemos construir una balsa y surcar las aguas de la mejor manera posible, sin dejarnos abatir jamás,

decía. No debe ser menos intrépido, por cierto, el espíritu de los historiadores.

La interpretación a que me refiero no se encontrará fácilmente ni a poca costa: no debe ser parcial ni advocar principios especiales bajo ningún disfraz; no debe ser protestante ni católica romana, mahometana ni hebrea. Directa o indirectamente, debe ofrecer una vislumbre de la vida misteriosa de donde hemos brotado. Conforme el historiador se haga más sutil, verá con mayor claridad las sutilezas de la vida, y su historia será más sutil en la misma proporción. Durante el último medio siglo hemos descuidado, en nuestros esfuerzos por llegar a la precisión e imparcialidad—cualidades indispensables en toda historia digna de su numbre—otras cualidades muy necesarias en toda obra perfecta. Se nos ha repetido con insistencia que, escriba como quiera un hombre o presente sus hechos en cualquiera forma, siempre que el lector descubra los acontecimientos entre la maleza del historiador, éste habrá cumplido su misión. De allí nació el epigrama: "Si un libro de historia es interesante, no es historia." Esta doctrina de escribir obscura o desaliñadamente se condena a sí misma, y aun cuando algunos la practican todavía, ninguno la elogia. Siendo la palabra el instrumento mediante el cual cambian ideas recíprocamente los seres humanos, ¿habrá alguien que mantenga que un tartamudo es el mejor exponente?

Escribamos la palabra "hospitalidad" en la puerta que da acceso al gran dominio de la historia. Ensalcemos a todo el que trabaja en este campo, siempre que sea serio y sincero, y dejemos que cada cual trabaje conforme a sus talentos y afición.

Habrá ciertas distinciones—¿qué otra cosa es la vida sino una serie interminable de distinciones?—habrá grandes y pequeños historiadores; pero la similitud de propósitos reunirá a todos en un campo común de igualdad y fraternidad.



MARK TWAIN[1]

POR

GAMALIEL BRÁDFORD

No es posible definir a Mark Twain por el patrón ordinario de los escritores, dice el autor. Su personalidad múltiple y compleja hacía amarle y admirarle. No era únicamente escritor festivo, como le juzgan muchos: tenía una amarga percepción de la vida, y su risa sonaba a menudo a honda desilusión. Burlábase de todo: de Dios, de sí mismo y de los hombres; y, sin embargo, amaba tiernamente a la humanidad. Su lengua fustigaba cruelmente a hombres e instituciones; pero era incapaz de hacer daño material a una mosca. Su aspiración principal era interesar a las masas, emocionarlas. Su moral intrínseca, su jovialidad constante, eran altamente beneficiosos para las masas; pero el autor reprocha sus sarcasmos contra el destino de los hombres y la existencia de un Dios justiciero. Esta punzante ironía acerca de las cosas más veneradas era un veneno devastador para el alma, dice, por experiencia propia. Estos y otros rasgos característicos de Mark Twain se encuentran en la semblanza que ofrecemos a nuestros lectores.—La Redacción.

TENÍA yo apenas catorce años cuando Mark Twain[2] se apoderó de mi mente como escritor, como pocas veces me ha sucedido después con otros autores. Echado en la alfombra delante del fuego del hogar, en las largas veladas del invierno, reía hasta derramar lágrimas mientras mi padre leía *The Innocents Abroad* (Los inocentes en el extranjero) y *Old Times on the Mississippi* (Días de antaño en el Misisipí) y *Roughing It* (Al natural). Pero todo no se volvía risas, sin embargo. Su crítica de la vida, vigorosa y personal aun cuando cruda en ocasiones, sus comentarios francos y vívidos sobre los hombres y las cosas, hacíanme pensar más hondamente que de ordinario, dando por varios años a mis reflexiones un matiz definido y maduro, que dejó impresión profunda y duradera.

Tales son los recuerdos juveniles que conservo de Mark Twain. Posteriormente leí muy pocos de sus escritos durante cuarenta años. El saltar ahora este lapso considerable, leyendo y releyendo sus obras antiguas y nuevas, para destilar la esencia de su alma en esta breve semblanza, ha sido para mí un festín desordenado, una baraúnda de alegría y de crítica, de prejuicios y contraprejuicios, de rebelión y de éxtasis, de la cual parece que no pudiera surgir un criterio sano y razonado. Quizá nadie lo ha formulado hasta ahora ni será capaz de formularlo. Por mi parte, he hecho lo mejor que he podido.

Lo que se destaca claramente desde el principio es que no puede juzgarse ni definirse a Mark Twain por el patrón ordinario de los escritores o literatos corrientes. Era él algo diferente: quizá más intenso y elevado, y, sobre todo, más humano; algo diferente, en una palabra. Produjo gran cantidad de labor literaria: labor realizada, si podemos expresarnos así, en forma literaria. Era capaz de un trabajo largo y sostenido en su escritorio. Escribía y volvía a escribir, revisaba sus escritos una y otra vez, con gran paciencia y habilidad. Tenía asimismo aquella sensación del escritor de vivir para el público, e instintivamente revelaba sus emociones e impresiones personales. Una de sus producciones más intensas es la relación de la muerte de su hija Jean; y únicamente un escritor innato pudiera haber manifestado deliberadamente sus impresiones en tal momento, con miras de publicación. Amaba la gloria literaria, aun cuando algunas veces lo haya negado. En su juventud escribió:

> No hay satisfacción alguna en el aplauso del mundo, aplauso que no puede servirme en asuntos pecuniarios.

Y otra vez, en su edad madura:

> Soy indiferente casi a todo, con excepción del trabajo. Me gusta el trabajo, me hace feliz, y a ello me atengo. Trabajo sin propósito

---

[1]Los elementos esenciales para una apreciación exacta del carácter de Mark Twain se encontrarán en la monumental y humana biografía de este escritor, en tres tomos, por Álbert Bígelow Paine, editada por Harper and Brother, a la cual se hace referencia en este artículo.—La Redacción de *The Atlantic Monthly*.

[2]Samuel Lánghorne Clemens, quien se hizo célebre bajo el seudónimo de Mark Twain, nació en Florida, Missouri, el 30 de noviembre de 1835; murió en Rédding, Connécticut, el 21 de abril de 1910.—La Redacción.

definido, sin ambición alguna, simplemente porque me agrada.

Con todo, la gloria le atraía.

No es posible, sin embargo, considerarle como un escritor de profesión. Había en él más bien algo del bardo, del cantor antiguo, épico y popular, que encarna en sí, de manera casi inconsciente, la vida y el espíritu de una nación entera, y los expresa como lo hiciera una voz, un instrumento, más que con la deliberación de un artista. Recordemos la cantidad enorme de cuadros de costumbres populares descritas en sus mejores obras, las más genuinas. ¿No es algo semejante a los temas que encontramos en las producciones espontáneas y primitivas de las pasadas edades?

Quizá con mayor razón podríamos calificarle de periodista, porque era periodista genuino, siempre y esencialmente, en sus tópicos, en su retórica brillante y abrumadora, aun en su actitud respecto de la vida. El periodista inspirado y con el sello del genio es el equivalente más próximo del antiguo trovador épico y quien encarna más íntimamente el ideal de pintar la vida y el ambiente de su época, con la menor intrusión posible de su identidad personal y refleja.

Mark Twain poseía este temperamento y la preparación necesaria para traducirlo. Nadie brotó como él del corazón mismo del pueblo, ni nadie tuvo mejores cualidades para interpretarlo. Consideremos la vida nómada que llevó en su primera juventud antes de que su posición estuviese afirmada, si es que alguna vez llegó a estarlo. Nacido en el oeste central, hacia la mitad del siglo décimonono, su vida se desarrolló en un ambiente agitado, y fué siempre un ser de agitación que ponía todo en movimiento a su alrededor.

Inicióse primeramente en la labor de imprenta; pero todo trabajo a puertas cerradas era demasiado insulso para él, a pesar de las variaciones que introducía con sus mil cómicas invenciones. Hacer de piloto en las dilatadas revueltas del Misisipí le resultó algo mejor. ¡Cuántas ocasiones para tropezar allí con lo bueno y lo malo, con la alegría y los pesares!

Pero ni aun el Misisipí era suficientemente amplio para su espíritu inquieto. Recorrió el lejano oeste de los Estados Unidos, vagó por sus selvas, las registró, trabajó minas y especuló, rico hoy y mañana miserable, maldiciente y burlón alternativamente; provocando en los demás el regocijo, el asombro y la afección; introduciéndose en su vida para desaparecer muy pronto como la sombra fugaz de un sueño. Indudablemente el verso del antiguo poeta fué hecho par él:

> Por senderos escarpados
> lánzase, cubierto de plumas.

Y así fué como respondió al reto de un amigo para pasearse del brazo en los altos tejados de la ciudad, hasta que un guardia civil les amenazó con disparar sobre ellos, y sólo se contuvo ante el grito: "¡No tire, hombre! Es Mark Twain y Ártemus Ward.[3]"

Tal fué su vida exterior de adolescente; y su vida interior era por el mismo estilo. Con algunas personas, vaga el cuerpo mientras el alma permanece en quietud. Pero con él, no pasaba así. Aun cuando a veces se haya reprochado a sí mismo por su holganza, se haya lamentado de su indolencia o glorificádose en ella, siempre que algo le interesaba su espíritu se dejaba arrastrar a un extraordinario furor de actividad. Oigamos sus teorías a este respecto:

> ¡Si fuera pagano, erigiria una estatua a la Energía y caería a sus pies y la adoraría! Querría que el hombre—*vos*—eligierais una línea de conducta y *la siguierais*, a despecho del mismísimo demonio.

Y la práctica por su parte nunca se quedó atrás de las teorías que enseñaba a los otros.

A decir verdad, su energía estaba a menudo a merced del impulso. Seguía con todas sus fuerzas el camino que su fantasía le indicaba, sin detenerse a meditar lo que podría sobrevenir después, hasta que aquel después se presentaba. Entonces sentía a veces amargo pesar, que sin embargo no evitaba la repetición del proceso. Menciona este punto con su infalible ingenio festivo:

> Hago siempre lo que me indican las circuns-

[3]Ártemus Ward, seudónimo de Charles Fárrar Browne, escritor festivo, adquirió reputación en Inglaterra y los Estados Unidos como conferenciante y escritor; nació en Wáterford, Maine, alrededor de 1834; murió en Southampton, Inglaterra, el 6 de marzo de 1867.—La Redacción.

tancias y mi temperamento, y reflexiono después. Siempre de manera violenta. Cuando medito en tales ocasiones, aun los sordos me pueden oír.

Quizá la parte más divertida de todo este esfuerzo intelectual y de las aventuras de su juventud fuera sus afanes en asuntos de dinero. No era amante innato del dinero y tampoco era avaro, ciertamente; pero gozaba de las ventajas que el dinero aporta, y desde su niñez aborrecía las deudas, que jamás toleraba. En consecuencia, siempre y con anticipación calculaba las fuentes de ingreso y a menudo usaba de astucia para aprovecharlas. Pero agradábale más que todo el arriesgarse. Sus sabios consejos en esta materia eran:

Hay dos ocasiones en la vida en que el hombre jamás debería entrar en combinaciones comerciales: cuando sus circunstancias no se lo permiten y cuando se lo permiten.

Aparentemente, su vida estaba fuera de estas dos condiciones inclusivas, porque siempre negociaba. Una mina de oro o una patente, una granja antigua o una moderna prensa: todo significaba para él vastas regiones de posibilidades magníficas e inexploradas. Y por mucho que gozara con las realidades de la vida, la posibilidad era su dominio natural: sueños maravillosos y brillantes fantasías, reino fantástico de su imaginación, donde su espíritu juvenil se complacía en vagar, creando un porvenir abigarrado que nunca habría de tomar forma, como él mismo lo comprendía muy bien, a la par que comprendía que su cualidad de remoto e irrealizable constituía su mayor encanto.

Pero esto, diréis, era en su juventud, después de todo. Cuando los años pasaran, cuando hubiera saboreado la sedante sobriedad de la vida, sus sueños se obscurecerían o los olvidaría. Nada de eso. Su encantadora esposa le llamó "Juventud" hasta que le abandonó por un mundo mejor; y ciertamente que él merecía este nombre. A pesar de ser casado y un gran escritor, a pesar de que poseía una docena de residencias, jamás fijó en parte alguna el pie ni el alma. Siempre conservó el ideal de sus aspiraciones primeras:

Una vida sin preocupaciones en una casa de huéspedes ha sido el tema de muchas de mis plegarias íntimas.

Tenía un sistema nervioso inquieto, comprendéis, que detestaba la quietud solitaria y prolongada, la meditación sombría. Y además gozaba de salud perfecta, a toda prueba, capaz de afrontar sin sacudimiento alguno las casas de huéspedes:

Jamás he observado en otro ser humano tal resistencia física, dice su biógrafo. Y el mismo Mark declara que nunca supo lo que era fatiga. ¿Quién, que gozara de constitución semejante, no se complacería en vagar eternamente? Mark Twain sentíase completamente feliz y a sus anchas en medio de sus correrías.

Estudiaba y gozaba estudiando las cosas y los seres. Agradábale el roce de una mano, el son de la voz humana, cualquiera que fuese la lengua en que se expresara. Hacíase amigo de pilotos y piratas, de mineros y labriegos, de emperadores y clérigos: de clérigos especialmente, sobre los cuales parecía ejercer tal hechizo que los juramentos que brotaban de sus labios eran recibidos por los oídos religiosos tan quietamente como las plegarias que pronunciaban los demás. Nadie se burló como él del corazón humano ni maldijo más de la falsedad del afecto humano, y ningún hombre tuvo más amigos ni fué más amado. Era capaz de odiar, seguramente, con jovial frenesí y quizá con persistencia; pero el amor predominaba en su naturaleza, y, a decir verdad, lo que atraía sus errantes pasos era las almas y no los lugares, era el amor y la ternura. Dispensaba este sentimiento con profusión sobre los pilotos y los piratas y los clérigos. Y los dispensaba con profusión aun mayor sobre los seres que le rodeaban. Una de las cosas que más seducían en él era su devoción infinita a sus hijas y a su mujer: a su mujer, sobre todo, absolutamente merecedora de esta adoración, y quien sabía comprenderle y poner de relieve todo lo que había de mejor en él, disimulando aquello que no era tan bueno.

Siendo como era un ser de contradicción, no es de extrañar que amara la comodidad y el lujo aun cuando suspiraba por las casas de huéspedes. Hubiera comido un trozo de madera y dormido sobre un leño en algún campo minero; pero los lechos de plumas y las comidas suculentas eran siempre acogidos con entusiasmo, y una de las

atracciones de sus correrías consistía en observar hasta dónde llegaban las comodidades e incomodidades que pueden gozar o soportar los hombres.

Mas, para darse lujo y comodidades, se necesita dinero. Y Mark siempre necesitaba dinero, ya proviniera de las minas de Nevada o de la venta de grandes colecciones de libros a favor de valiosas subscripciones, o de inventos extraños y maravillosos destinados a revolucionar el mundo y a producir muchos millones. Siempre necesitaba dinero, aun cuando le afluyera a torrentes, pues de igual manera se fundía entre sus manos. Gastaba, derrochaba; nunca poseía nada, siempre le hacía falta más dinero.

Y siempre también, hasta su muerte, su alma vagabundeaba más aún que su cuerpo. Sus aventuras pecuniarias eran siempre cosa de ensueño, aun cuando aquellos ensueños estuvieran puntualizados por rudos golpes. Una y otra vez dejábase arrastrar a cualquier especulación intensa tanto por las emociones como por el provecho que le ofreciera. Edificaba brillantes castillos en las nubes y se internaba en ellos, comprometiendo la admiración de sus amigos y haciendo cálculos colosales sobre sus magníficos resultados. Luego se desvanecían las nubes, arrollando las perspectivas, y el derrumbamiento de los cálculos se hacía evidente . . . demasiado tarde. No era fuerte en cálculos ya se tratara del activo o del pasivo. Pasó una noche en blanco echando cuentas sobre su pasivo.

> Cuando amaneció el día siguiente, encontrándome cano y envejecido, al inclinarme una vez más sobre las cifras descubrí que, de alguna manera inexplicable, había multiplicado por dos el total. ¡Caramba! ¡Cayeron de mí setenta y cinco años en el mismo sitio en que estaba parado!

Aun en sus simpatías predominaba un elemento fantástico, que indudablemente tenía también gran parte en sus antipatías. Ciertas naturalezas le irritaban, le exasperaban, y divertíase imaginando ferozmente cómo podría atormentarlas. Si hubiera visto que alguna de aquellas personas sufría, siquiera en la punta de un dedo, habría hecho cuanto estuviera a su alcance para aliviarla. Pero en abstracto, ¡cómo se recreaba en befar a sus imaginarios enemigos, qué insultos de nuevo estilo les prodigaba, todo ello creado únicamente en su fantasía!

Algo de fantástico había también en su nombradía, porque seguramente no ha caído a menudo sobre los mortales tal diluvio de alabanzas y admiración. Durante la primera década del siglo veinte deslizábase envuelto en la blanca vestidura de sus sueños—como Émily Díckinson lo hacía en la soledad entre la soñada multitud que lo aplaudía, lo admiraba y lo amaba. Y luego, ridiculizaba él mismo estos sentimientos, los volvía del revés para mostrar su fondo de ensueño y gozaba del poder de su fantasía, de sus éxitos en el escenario público; gozaba el abundante homenaje epistolar de sus admiradores, gozaba con el roce de las manos que estrechaban la suya, penetrado de simpatía, de afecto y reconocimiento.

Al cabo, para completar el sueño y como respondiendo a la concepción de un poeta, se presentó la tragedia, una tragedia completa: los contratiempos y los desastres se amontonaron sobre la soñada gloria, retorciéndola y desecándola, a pesar de que la misma profundidad de su miseria hacíala aun más imponente. La fortuna que siempre le había sonreído, le traicionó, al menos por algún tiempo; y estuvo hundido en las ansias de la bancarrota, hasta que soportaron sus hombros la carga entera. Una de sus hijas, a quien amaba tiernamente, falleció durante una de sus ausencias. Murió su mujer, llevándose consigo toda la alegría y haciendo aparecer la gloria una sórdida locura. Su hija menor desapareció herida por la muerte, repentina, trágicamente. ¿Qué le quedaba?

Nada. Diversiones, frivolidades, momentos rápidos de olvido, el billar, el billar hasta la media noche, y luego un corto sueño agitado, y más billar, hasta el fin.

Quizá las líneas más hermosas que escribiera fueran aquellas en que resumía la calidad fugaz de todo aquello en esta verdadera descripción de ensueño:

> ¡Vejez, conjunto de blancos cabellos, de templos vacíos, de ídolos caídos, de adoradores muertos! Nada queda sino tú, un resto, una tradición, tardío desenlace de un sueño insensato, sueño tan ingeniosamente entretejido que pare-

cía real; nada queda sino tú, centro de una siniestra desolación, en la cumbre del vértice helado, contemplando las etapas del largo camino y preguntándote a ti misma: "¿Lo harías de nuevo, si tuvieras la oportunidad?"

II

El mundo conoce generalmente a Mark Twain como un humorista. Su profundidad de ideas, su capacidad de emoción, sus cualidades romanescas, su instinto aventurero, son bien conocidos y apreciados; pero, sin embargo, la enunciación de su nombre hace casi siempre brotar una sonrisa en el primer momento. Lo mismo sucedía con su aspecto.

No hay duda de que encontraba jocoso al universo y de que así lo representaba. La mejor prueba del instinto festivo en un hombre es el que éste se halle siempre dispuesto a burlarse de sí mismo. Mark siempre lo hacía. Los azares extraordinarios de su vida, sus altos y bajos, sus lastimosos desastres, lo hacían llorar en ocasiones y a menudo maldecir. Pero en virtud de un ligero toque podían siempre hacerle reír. Escribe su biógrafo:

Había muy pocas cosas que no contemplara por el lado cómico; y ciertamente de nada se burlaba más ni con mayor frecuencia que de sí mismo.

Esta corta frase es el resumen de algo que repetía continuamente:

He sido escritor durante veinte años, y asno durante cincuenta y cinco.

Y no veía solamente la comicidad cuando le salía ésta al encuentro: iba a menudo en su busca. Era muy aficionado a dar bromas y a travesuras fantásticas; burlábase de las cosas y gentes solemnes; estaba siempre dispuesto a restallar el látigo, como un payaso de circo, y ordenar la danza universal a su manera, en arranques extravagantes de regocijo, resultándole más divertido mientras más estólido era el espíritu y más graves los rostros que participaban en esta furiosa orgía.

A causa de su eterno y predominante ingenio festivo y burlón, muchas personas consideran a Mark Twain entre los grandes escritores humoristas del mundo, colocándole con Cervantes, Sterne y el Shákespeare de *As You Like It* (Como gustéis) y *Twelfth Night* (La duodécima noche) entre los exponentes principales del espíritu cómico. No concuerdo del todo con esta opinión. Es positivo que Mark descubría en todo el elemento cómico; pero es asimismo cierto que poseía aquel tinte profundo de melancolía, inseparable de la comedia más brillante. Pocos han expresado este sentimiento con tanta intensidad como él.

Todo lo humano es patético. La fuente secreta de la jovialidad no está formada de alegría, sino de pesares. En el cielo, no hay ingenios festivos.

Sin embargo, la misma originalidad de esta frase aumenta las dificultades de su análisis. En Mark, por curiosa circunstancia, la jovialidad y la emoción no se funden perfectamente. Su risa es tan atronadora y exuberante como se pueda pedir, mas no llega verdaderamente al fondo mismo de las cosas. Trata con demasiada seriedad los asuntos serios o llamados serios; y bajo la risa palpita una impresión persistente de despecho, amargura y desesperación.

Para descubrirla, es necesario examinar y seguir el proceso del pensamiento de Mark. En su juventud, pensaba poco, como él mismo admite; es decir, pensaba en abstracto. Su mente era activa, inquieta; y, como hemos visto, su fantasía estaba poblada de ensueños. Pero no se ocupaba en dilucidar los grandes problemas, no analizaba ni filosofaba, sintiéndose satisfecho con extraer la comicidad inmensa de la superficie inconsciente de la vida, y sin profundizar más allá. Ni siquiera intentaba analizar la risa. En esto procedió sabiamente y mantuvo siempre la misma actitud.

El ingenio festivo es un tema que carece de interés para mí.

A decir verdad, el análisis del ingenio festivo puede dejarse sin inconveniente a aquellas gentes de cabellos grises que jamás lo han conocido íntimamente. Pero gran parte de la jovialidad de Mark en los días de su primera juventud es tan trivial que revela distintamente la falta de concentración profunda del pensamiento en toda materia. No quiere decir esto que fuera indiferente a las cosas serias y prácticas. El mal, la injusticia, la crueldad, le indig-

naban instantáneamente. No bromeaba al atacarlos; pero en tales casos dedicaba más atención a los efectos que a las causas.

Más tarde adquirió fortuna y comodidades, y comenzó a razonar sobre la índole de las cosas. Este tardío amanecer de sus facultades de observación debe tenerse siempre en cuenta al analizarlas. Ello explica las lagunas singulares en sus conocimientos acerca de materias sencillas y la energía tremenda pero no siempre bien encaminada que se revela en su esfuerzo intelectual. Explica asimismo aquella impresión de asombro y novedad en la actitud intelectual de Mark, a que alude Mr. Howells en párrafo anterior. Hace el efecto de un hombre que descubre cosas perfectamente conocidas por los pensadores habituales; y esto da frescura y vigor extraordinarios a sus declaraciones sobre toda clase de teorías.

Conforme fué apreciando su poder de razonamiento, se deleitó en darle expansión. Su perspicaz hijita decía de él:

> Tiene tanto de filósofo como es posible imaginar.

Era filósofo por inclinación, de todos modos. Gustábale jugar con el universo como juega un gatito con un ovillo de lana. Quizá si quería desquitarse así de haber sido él mismo un juguete en poder del universo. Complacíase en argumentar y discutir y refutar, extendiendo sobre su amargura el encanto de su jovialidad inagotable. Sus juramentos, chistes y epigramas hacían retorcerse de risa a sus oyentes aun cuando no les convencieran.

En cuanto a sus conclusiones teóricas, puede decirse que eran esencialmente nihilistas. Pero antes de analizarlas en detalle, debemos manifestar enérgicamente que eran tan sólo teóricas y no afectaban en lo menor su moral práctica. Pocos seres humanos habrán tenido conciencia más delicada, ni más fina y elevada concepción del deber. Es cierto que conservó durante toda su vida cierto desdén constante y humorístico de sí mismo a este respecto. A juzgar por sus confesiones, se le creería el mayor mentiroso de la tierra, y se llegaría a la conclusión de que su nulidad intelectual estaba en armonía con su moral depravación. Este sistema sirve a menudo para ocultar y excusar pequeñas faltas y defectos. Pero Mark Twain no necesitaba excusas semejantes. Las deficiencias de su carácter moral eran únicamente aquellas inherentes a toda la raza humana. Como individuo, contábase entre los mejores.

Los ejemplos más evidentes de su rectitud pueden observarse en sus manejos de dinero. A despecho de sus sueños y lucubraciones pecuniarias, era extremadamente puntilloso en sus relaciones comerciales, llegando su escrupulosidad hasta el extremo enorme de paciencia y abnegación que necesitó poner en juego para hacer frente a las obligaciones de honor que le asediaron en sus últimos años. Pero la delicadeza de su conciencia no se limitaba a obligaciones de orden tan vasto como éstas. Acostumbraba decir:

> Mi conciencia estaba educada en la severidad presbiteriana, y cuidábase de un deber único: perseguir y atenacear a su esclavo bajo todo pretexto y en toda ocasión.

Podía bromear, podía usar de sutilezas, podía burlarse; pero nadie como él se preocupaba de hacer lo que era justo y honrado, aun extremándolo.

> No quiero hacer nada que tenga siquiera apariencia que pueda despertar sospechas,

decia, tratándose de algo tan trivial como aprovecharse de ciertas ventajas en una partida de juego.

Y su sentido moral no se reducía a asuntos materiales de conducta. La ternura, la benignidad y la comprensión humana han alcanzado rara vez el grado de desarrollo con que vibraban en este hombre, que discutía su existencia. El rasgo más hermoso en sus obras es el grito de Huck Finn, cuando, tras lucha apasionada entre su deber hacia la sociedad y su deber hacia la amistad, rasga el papel en que proponía entregar al negro Jim, y exclama: "¡Muy bien! ¡Entonces, iré a los infiernos!"

Mark habría sido enteramente capaz no sólo de decirlo sino de hacerlo.

Conforme amaba a los hombres confiaba en ellos. Juzgándolos por su propio patrón en abstracto, declaraba que eran monstruos de egoísmo, de codicia; arteros, traidores, teniendo ante todo la idea de su lucro y provecho. Individualmente, y siempre juzgando por sí mismo, los aceptaba por los

méritos que aparentaban: bondadosos, abnegados, creyentes, amantes, prontos a auxiliar a sus semejantes. Constituyendo él mismo un ejemplo extremo, tanto en escepticismo analítico como en impulsos humanos, caía a menudo en error, confiando en los demás sin tener base segura sobre la cual establecer esta confianza.

Por consiguiente, su experiencia de los hombres le llevó a justificar sus teorías escépticas: llegando, como Swift y Leopardi, a convertirse en un ser cuya norma de vida era tan elevada, y esperaba tanto de sí mismo y de los otros, que la realidad le decepcionaba perpetuamente, arrastrándole al exceso de pesimismo el mismo exceso de su optimismo. Por ejemplo, su interesante idealización o idolatría por Juana de Arco, su fe de que existió verdaderamente como un milagro de la naturaleza, hace comprensible que encontrara imperfectos y despreciables a los hombres y mujeres ordinarios, comparándolos con tipo tan elevado.

No es posible analizar detalladamente en este artículo las conclusiones teóricas de Mark. Pueden encontrarse expresadas en teoría en su obra *What is Man?* (¿Qué es el hombre?), aplicadas en la práctica en *The Mysterious Stranger* (El desconocido misterioso) y *Maxims of Pudd'nhead Wilson* (Máximas de Wilson, el estúpido), y artísticamente ilustradas en *The Man Who Corrupted Hadleyburg* (El hombre que pervirtió a Hádleyburg) y otros cuentos innumerables. Pueden resumirse diciendo que era el desenvolvimiento desalmado y asolador de la evolución cruda del materialismo, como se revela con mayor intensidad en las enseñanzas de Róbert Íngersoll. La libertad del hombre desaparece, la moralidad más sublime se convierte en egoísmo deliberado, el alma se esfuma en la rarefacción de la atmósfera, la vida futura se hace tan incierta que no vale la pena de pensar en ella, y el pensamiento de la muerte es tolerable únicamente porque la vida no existe. La divinidad se elimina, en cuanto a su valor para la humanidad; o, si se le permite retirarse a un olvidado rincón del universo, es tan desacreditada que hace recordar el sarcasmo del ingenioso francés:

> El mejor cumplido que podemos hacer a Dios es no creer en su existencia.

Toda esta feroz disección de lo divino y lo humano, constantemente renovada, impresiona por el vigor y la independencia de las ideas. Mark Twain expresa sus opiniones para sí mismo; o por lo menos, ya que nadie hace esto, según afirma él a menudo, las piensa y estudia de nuevo, imprimiéndoles cierta forma, cierto sello característico de Mark Twain y de ningún otro; rasgos que asumen gran significación para el estudio de su carácter, si no por otros motivos.

Por otra parte, si las ideas son siempre frescas y vigorosas, impresionan y desalientan por su estrechez y dogmatismo. Revélase allí el hombre nuevamente, en reconocimiento amplísimo y festivo de su propia debilidad o de su excesiva potencia. Nadie admite con ingenuidad más deliciosa la pasión envolvente de teorías preconcebidas:

> Tengo una filosofía propia de la vida, y pasaré el resto de mis días en remendarla y *en rechazar cualquier argumento o hecho que pueda afectarla,*

dice. A pesar de todo, subsiste la impresión de dogmatismo o, mejor dicho, de limitación. El pensamiento es intenso, pero no va al fondo de las cosas.

No alude jamás ni comprende, por ejemplo, la influencia esencial y disolvente de la filosofía idealista. Este hecho se revela en la discusión de la doctrina llamada ciencia cristiana[4] con mayor amplitud que en otros escritos. Todo es ingenioso, propio, brillante; pero enteramente superficial.

La influencia del carácter amargo y desecante del pensamiento de Mark sobre su propia vida adquiría mayor relieve por la falta de aquellos firmes y elevados recursos espirituales que constituyen un refugio seguro para muchos hombres. No podía transportarse al pasado. Cuando lo intentaba, llevaba consigo todas las luchas y problemas modernos, como en *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court* (Un yanqui de Connécticut en la corte del rey Arturo). Carecía del sentido histórico en su acepción más lata. El arte también le

[4]Doctrina que preconiza la influencia mental y espiritual sobre la material. Fué instituída por Mary Báker Eddy, quien escribió diversas obras sobre el mismo tema. Nació esta autora en Bow, Cóncord, Nueva Hámpshire, el 16 de Julio de 1822, y falleció en Newton, Massachusetts, el 3 de diciembre de 1910. Su obra más famosa, *Science and Health*, es, para sus discípulos, una especie de biblia.—La Redacción.

era desconocido, en sus manifestaciones más profundas. Jamás llegó a adquirir el gusto por la pintura o música clásica, y se vengaba de su privación de este goce, burlándose de quienes lo poseían. Ni la naturaleza misma despertaba en él profundas emociones, porque no existían latentes en su alma. Comprendía sus aspectos más escénicos: las puestas de sol, las tempestades. Las manifestaciones de la naturaleza despertaban en él vivas emociones, como lo revela la descripción del éxtasis de Twítchel ante un riachuelo de la montaña. No creo que fuera capaz de encontrar el encanto de paseos solitarios en una comarca desierta.

Su falta de profundidad de pensamiento y emoción es lo que origina mi resistencia para clasificar a Mark entre los principales autores festivos del mundo. Su pensamiento era amargo porque era superficial; no penetraba lo suficiente para llegar hasta la tolerancia humilde, la gran desconfianza de sí mismo, que debería acompañar a la visión demoledora de los fundamentos del universo individual. Sus escritos pasan desde la violencia de una risa inocua hasta la sátira agresiva que nada tiene de comicidad. Se asemeja en esto a Molière, cuyos Scapinos están tan alejados del pensar como sus Tartufos de la alegría. Puede clasificarse mejor a Mark Twain entre los satiristas acerbos, como Molière, Ben Jonson y Swift, que entre los grandes escritores festivos, liberales y regocijados, como Lamb, Cervantes, y Shákespeare, la pluma de oro de la comedia.

A la verdad, ninguna palabra expresa mejor que "regocijo" la falta que advierto en Mark. Pueden alabarse sus obras por mil cualidades; pero nadie podría calificarlas de regocijadas. Son capaces de provocar un estallido de carcajadas ruidosas y convulsivas; jamás producirán alegría, regocijo, goce puro y duradero. Éstos son los elementos perdurables que componen siempre la comedia elevada; pero no constituyen los rasgos característicos esenciales de Mark Twain.

III

Quizá estas consideraciones sean de sabor algo extraño. El conjunto de las obras de Mark Twain ofrece otros elementos interesantes además del análisis de las ideas teóricas y aun de la comicidad. Los norteamericanos deberíamos apreciar, ante todo, cuán completamente identificado con los Estados Unidos se hallaba este escritor. Indudablemente que entre la gran mescolanza de orígenes y razas que nos envuelve, parece imposible descubrir algo o alguien genuinamente norteamericano. Sin embargo, es posible. Todos señalamos a Franklin como el norteamericano del siglo décimoctavo y a Lincoln como el norteamericano del siglo décimonono. Y la mayor parte de nosotros estaremos acordes en que Mark era tan norteamericano como cualquiera de los nombrados.

Era muy norteamericano en su aspecto. Su figura esbelta, ágil, flexible, con su gracia ondulante bajo cierta desmaña superficial, inspiraba un mundo de simpatía regocijada. El arrugado rostro, de fina expresión, bajo una abundosa cabellera, primero roja y luego plateada, ofrecía promesas incontables de interesante correspondencia. Era un rostro que expresaba, reprimía e intensificaba todas las emociones que agitaban a su poseedor.

Era norteamericano en todos sus defectos y limitaciones. La tolerancia amplia, que terminaba bruscamente cuando había llegado al límite de su concepción, era eminentemente norteamericana. El ligero matiz de presunción, o, por lo menos, de complacencia de sí mismo, la ambición franca y placentera de ocupar un lugar en el mundo, ya fuera escalando una tribuna en el momento preciso o llevando vistosos vestidos blancos en los paseos públicos, pueden muy bien calificarse de norteamericanos tanto como de humanos.

Pero tales debilidades asociábanse íntimamente con una excelente cualidad norteamericana, la ingenuidad suprema, la franqueza jovial que no vacilaba en reconocerlas. A buen seguro que ningún ser humano ha hecho gala jamás de ingenuidad tal como la de Mark Twain. Confesaba en cualquier momento, con su peculiar e innata amplitud de dicción, sus goces, sus dolores, sus pecados, sus esperanzas, sus decepciones.

Y era también norteamericano en otro aspecto delicioso: en su pronta disposición a la simpatía, en su caballerosidad y ternura singulares.

Su lengua podía fustigar y destrozarlo toda y a todos; pero era incapaz de infligir daño material siquiera a una mosca, a menos que lo exigiera alguna necesidad superior en favor de otro cualquiera.

Era extremadamente modesto y sencillo en sus exigencias para con los demás, y apocaba siempre los muchos servicios que prestaba.

> No comprendo por qué se toman tantas molestias en obsequio mío. Yo nunca me doy trabajos por los demás.

La serena inconsciencia con que lo decía, hacía venir lágrimas a los ojos de quienes le conocían bien.

Era norteamericano principalmente en su democracia absoluta. Sentía una dolorosa desconfianza del individuo; pero su fe en los hombres, en todos los hombres, era tan ilimitada como su amor por la humanidad.

Aun cuando se codeaba con los ricos y los potentados, encontrábase perfectamente a gusto con los simples y los pobres; comprendía sus ideas, agradábanle sus maneras, y les hacía entender que él también había sido sencillo y pobre y que podía volver a serlo.

No solamente era demócrata en sentimiento y en espíritu, sino que también lo era en sus escritos, tanto en la teoría como en la práctica. Centenares de autores se han visto obligados a escribir para la ignorante mayoría, por la excelente razón de que la minoría inteligente no quería escucharles. Quizá ninguno de aquellos autores ha confesado tan deliberadamente como Mark su propósito de descuidar a los pocos para dirigirse a las masas. La larga carta que escribió a Mr. Ándrew Lang, proclamando y explicando su intención, es un documento curioso. Dice, entre otras cosas:

> Dejemos a los otros que piquen alto, dejémosles agotarse en esfuerzos impacientes y generalmente vanos para complacer a críticos exigentes. Yo escribo para el millón, quiero agradar a las multitudes; sé cómo hacerlo y lo he hecho ya. . . . Jamás he procurado, siquiera alguna vez, contribuir a la cultura de la clase intelectual. . . . Nunca se han encaminado mis ambiciones en esta dirección, sino que siempre he apuntado a la caza mayor: a las masas. Rara vez he intentado deliberadamente instruirlas, pero he hecho todo lo posible para entretenerlas. El divertirlas sencillamente habría colmado mis ambiciones más queridas en cualquier momento.

Apenas es necesario insistir en los puntos débiles de esta teoría. Cualquiera que sea la profesión de fe de Mark o de otros escritores, es indudable que él prefería la aprobación de los pocos intelectuales siempre que pudiera obtenerla. Más aún; puede afirmarse libremente que los muchos se asimilan en muchos casos al gusto de los pocos; y que si esto no pasa entre los contemporáneos del escritor, se verifica infaliblemente en la posteridad. Para que un escritor sea del agrado de las generaciones venideras, es preciso que se conquiste el aplauso de aquellos que, por su gusto cultivado e ilustración, están autorizados para emitir el fallo. En otras palabras, si las obras de Mark Twain perduran, será porque supo hablar a la mente de los pocos, tanto como a la de los muchos.

Sea como quiera, es indudable que Mark conquistó al público democrático de sus días y conservó su prestigio. Es dudoso, sin embargo, que alcanzara alguna vez la plenitud de la gloria que él y Stévenson convinieron en llamar "anegada en lágrimas;" aquella aceptación amplia de los autores sobre cuyas obras sollozan en las horas solitarias de la media noche las pequeñas horteras y las doncellas. Pero puede decirse que sus mejores libros, *Tom Sawyer, Huckleberry Finn, Life on the Mississippi, The Prince and the Pauper* (El príncipe y el mendigo), pertenecen a la literatura de la democracia de los Estados Unidos; y sus libros de viaje no difieren mucho en este sentido.

A causa de su firme intención de llegar hasta las masas y emocionarlas, constituye parte esencial del estudio del carácter y carrera de Mark considerar hasta dónde alcanzaba su influencia sobre la multitud Dirigióse a ella toda su vida, desde la tribuna y desde la página impresa, con su verbo humano y comprensivo, su sonrisa insinuante. ¿Qué significación tenían para ella sus palabras? ¿Qué clase de influencia ejercían, buena o mala?

En primer lugar y sin la menor duda, esta influencia era inmensamente buena. La risa es, en sí misma, una bendición para el alma fatigada; no una bendición discu-

tible, como la enseñanza y la predicación, sino un beneficio positivo.

La distracción es una buena preparación para el estudio y un buen sedante para la fatiga mental,

dice el mismo Mark. Y procuraba abundante distracción, que relajara los músculos y el espíritu.

Hizo más que distraer a los hombres: los hizo pensar en cuestiones de moral práctica. Usaba el arma terrible de la sátira para destruir la maldad, la codicia, la ruindad, la falta de honradez. Quizá creía, en abstracto, que el egoísmo es el fundamento de las acciones humanas; pero lo fustigaba en concreto con látigos de escorpiones. Quizá creía, en abstracto, que los hombres son incapaces de gobernarse a sí mismos; pero arrojaba su escarnio como quemante vitriolo sobre los que intentaban tiranizar a sus semejantes.

Finalmente, los admiradores de Mark Twain insisten, e insisten con justicia, en que era un agente magnífico para combatir la hipocresía. Amaba la verdad, la sinceridad, el reconocimiento sencillo de los hechos conforme son, aun cuando no sean muy agradables, y detestaba con toda su alma la falsedad en cualquiera de sus aspectos.

Su veracidad y honorabilidad, su amor por estas virtudes, exceden toda ponderación. Con su presencia, hace mejor al mundo,

dice Mr. Bittell. Desde este punto de vista, el encomio era justamente merecido.

Sin embargo, en esto mismo encontramos el punto débil. Si bien Mark hacía mejor al mundo, lo hacía también peor; por lo menos, a mucha gente; porque, en su anhelo de destruir la falacia, iba a menudo hasta destruir la reverencia, aquel "ángel del universo," como la llama Shákespeare. Lo malo era que cuando Mark demolía la falsedad, nada quedaba en pie. Uno de sus admiradores más entusiastas le compara con Voltaire. La comparación es interesante y sugestiva. Voltaire fué también una potencia enorme en su época. Escribía para las masas, hasta donde era posible hacerlo en aquel tiempo. Forjaba armas magníficas con el sarcasmo y la sátira. Demolía la falsedad, destrozaba la superstición y danzaba sobre los escombros. Pero Voltaire era esencialmente optimista, creía en muchas cosas y se complacía en ellas. Complacíase en la literatura, en la gloria, en la vida; y, sobre todo, creía y complacíase en Voltaire. Después que Mark había despojado a la vida de todas las ilusiones que todavía conservaba Voltaire, sólo quedaba un cadáver desnudo, horrible, repugnante, únicamente aceptable porque era cadáver o pronto había de serlo.

Mark Twain reconoce a menudo que se le acusa de ser un demoledor de la reverencia y trata de rechazar el cargo, diciendo:

Nunca ataco las cosas verdaderamente dignas de veneración. Pretender que se veneran ciertas cosas tan sólo porque otros las respetan o pretenden respetarlas; acariciar supersticiones establecidas en arte, moral o religión es traicionar, engañar y corromper. Nunca me burlo de las cosas que venero realmente. Toda otra reverencia es patraña.

Y uno se ve arrastrado a preguntarse: "¿Qué será lo que él venera realmente?" Su respeto instintivo por la humanidad en casos individuales es, indudablemente exquisito y delicado; pero en teoría desgara igualmente el velo que encubre a Dios y a los hombres.

Como ejemplo sólo es necesario citar dos declaraciones deliberadas y meditadas de su edad madura ¿Es posible deprimir al hombre más terriblemente que con las siguientes frases?

Nacen miriadas de hombres; laboran, vierten el sudor de su rostro y luchan por el pan; se querellan, se acusan y riñen mutuamente; pelean por adquirir mezquinas ventajas el uno sobre el otro; la edad sigue su curso insidioso; sucédense las enfermedades; humillaciones y vergüenzas echan abajo su orgullo y su vanidad; los seres amados desaparecen, y la alegría de la vida se torna en agudo sufrimiento. El peso del dolor, las privaciones y la miseria aumentan año tras año; el cabo muere la ambición; muere el orgullo; muere la vanidad; sólo son reemplazados por el ansia del descanso. Llega éste al fin: es el único don sin ponzoña que la tierra les ofrece; y desaparecen a su vez de un mundo del cual no constituían parte de significación, en el cual nada han realizado, donde han sido un error, un desastre, una insensatez; donde no han dejado huellas de que existieron; mundo que los llorará un día, olvidándolos luego para siempre.

Para los que juzgaban la vida en esta forma era un refugio la idea de Dios. No

lo era así para Mark. El hombre merece piedad. Dios—por lo menos el Dios que podía haber sido un refugio—no merecería sino horror y desprecio. Crítica semejante podía brotar de los labios de Satanás; pero Satanás se habría estremecido. No estaba tan avanzado como Mark:

> Un Dios que tiene la facultad de crear hijos buenos con tanta facilidad como malos y prefiere, no obstante, crearlos malos; que podía hacer felices a todos y, sin embargo, nunca ha hecho feliz a nadie . . . que preconiza la justicia y ha inventado el infierno; que preconiza la piedad y ha inventado el infierno; que preconiza la Regla de Oro y habla de perdón multiplicado setenta veces por siete, y ha inventado el infierno; que habla a los otros de moral y no la observa; que contempla ceñudo el crimen y, sin embargo, lo comete en todas formas; que creó al hombre sin consultarle y luego arroja la responsabilidad de los actos humanos sobre el hombre, en vez de adjudicarla a quien corresponde, a él mismo; y que, finalmente, con absoluta idiotez divina invita a este desgraciado y defraudado esclavo a venerarle.

¿Puede considerarse que esta clase de doctrinas sea benéfica para el ordinario lector de la democracia, o que el vocero de tales ideas pueda hacer al mundo mejor por su presencia? Es verdad que estas teorías no figuran tan abiertamente en los libros más conocidos de Mark; es verdad que la energía práctica y la generosidad de Tom y de Huck las eclipsan en gran manera. Mas el feroz pesimismo de Pudd'nhead Wilson se encara con el lector de la obra popular de este nombre y de la igualmente popular *Following the Equator* (Siguiendo la línea ecuatorial); y aun en la historia de Tom y Huck la mano fustigadora se encuentra siempre muy cerca.

La acusación de ejercer influencia perniciosa irritaba tanto a Mark Twain como la de irreverencia. Defendíase negando que existe influencia personal doctrinaria. Decía que la felicidad y la desgracia provienen del temperamento y no de las creencias, que no lo afectan en lo menor. Esto es, naturalmente, una enorme exageración, como lo demuestra la historia de su propia vida. Cada uno puede deducirlo de sus propias impresiones. Durante varios años me fué imposible sacudir la aridez devastadora en que me arrojaron las sátiras de Mark con respecto al arte de Europa. Durante varios años desecó para mí las fuentes más inefables de reposo y alegría. ¡Cuántos habrá que jamás pudieron liberarse de esta perniciosa influencia! Al rememorarlo de nuevo, escribiendo esta semblanza, percibo aún la misma portentosa y sombría obscuridad en que sus palabras me envolvieron. Me identifiqué por diez años con el espíritu de Róbert E. Lee, y esto hizo de mí un hombre mejor. Seis meses de Mark Twain me convirtieron en hombre peor. Llegué hasta contagiarme de su obsesión exagerada de impiedad. Y tengo cincuenta y seis años y no soy muy susceptible de infección. ¿Qué efecto no hará en jóvenes de dieciséis?

Precisamente su irresistible encanto personal es lo que hace su influencia avasalladora. Se aborrece a Voltaire, y se ama a Mark. En los últimos años fué a visitarle una dama ansiosa de manifestarle el entusiasmo que la inspiraba. Quería besar su mano. Imaginad lo cómico de la situación . . . para Mark. Aceptó el homenaje, sin embargo, con perfecta dignidad y tierna gravedad. "¡Cuánto debe amaros el Señor!" dijo la dama. "Así lo espero," replicó Mark con suavidad. Cuando ella se hubo retirado, observó con igual suavidad y sin siquiera una sonrisa: "Supongo que esta dama no ha oído hablar de la tirantez de nuestras relaciones."

¿Cómo era posible evitar que aquel hombre se apoderara de vuestra mente y volverse incrédulo puesto que él no creía? Cuando estrecha vuestra mano y enlaza con su brazo vuestro cuello, murmurando que la vida es una cosa mezquina, lamentable, y el esfuerzo inútil, y la esperanza insensata, ¿cómo es posible resistirle?

Así mi impresión final, total, de Mark Twain es desoladora. Si sus admiradores se rebelan, si declaran que esto es absolutamente falso e insisten en que la impresión final de sus escritos es el ingenio festivo, deben recordar que son ellos y particularmente el mismo Mark quienes nos instan constantemente a tomarle en serio. Tomándolo en serio, es desolador.

Y no obstante, cualquiera que sea la opinión que de él se tenga, cualquiera que haya vivido en su círculo por algún tiempo se siente atraído y dominado; porque era un gran hombre y tenía un gran corazón.

TRAGEDIAS DE DICHOSA CONCLUSIÓN

POR

BRÁNDER MATTHEWS

El autor refuta la aseveración de que al pueblo de los Estados Unidos agradan solamente los dramas que terminan en idilio o en vida tranquila y feliz para el héroe o la heroína, en vez de la tragedia irremediable que sacude de horror el alma. Parece considerar esta opinión como una acusación tácita de falta del sentido intenso de la emoción y sobre todo, de falta de sinceridad intelectual. En una revista del teatro, desde hace más de un siglo hasta nuestros días, demuestra que los franceses y los ingleses han gozado también y aplaudido piezas dramáticas de feliz terminación; y que el pueblo norteamericano, por otra parte, ha admirado y apreciado obras teatrales de final trágico. Opina que una pieza dramática debe tener el final que su argumento requiera y no una conclusión forzada en uno u otro sentido; pero cree también que influye para determinados prejuicios y predilecciones la juventud y la cualidad heterogénea del público que llena hoy nuestros teatros.—La Redacción.

MRS. WHARTON,[1] en su análisis sutil y a menudo penetrante, *French Ways and Their Meaning* (Costumbres francesas y su significado), insiste sobre la innata sinceridad intelectual de los franceses,

> aquella distinción especial de la raza, que la hace el heraldo de la cultura del mundo.

Asegura que la celebrada declaración del obispo Bútler: "Las cosas son como son y serán como sean," puede considerarse "el lema de la intelectualidad francesa." Es, en su opinión,

> un axioma que desalienta a la mente pesada, pero que exalta a los cerebros imaginativos hasta el punto de asombrarse ante lo maravilloso de las cosas conforme son.

Hace observar Mrs. Wharton que las personas que van en París al cinematógrafo para contemplar un panorama vacío y externo son las mismas que acuden en gran número a los teatros subvencionados por el estado, el Théâtre Français y el Odéon, a escuchar las intensas comedias de Corneille y Racine, inflexiblemente veraces en la descripción de la vida según se desarrolla en el plano elevado de la poesía.

El pueblo que asiste a estas grandes tragedias tiene un sentido muy marcado de la realidad y comprende la parte que desempeñan los pesares y calamidades en la vida y en el arte; siente instintivamente que el verdadero arte no puede basarse en una actitud falsa hacia la vida; y que su sinceridad intelectual demanda y aprecia su representación fiel.

Mrs. Wharton no encuentra esta sinceridad intelectual en el auditorio de los teatros de los Estados Unidos, porque no es, generalmente, cualidad que distingue a los norteamericanos. Y cita una frase que escuchó cierta ocasión de labios de Mr. Howells[2] acerca de nuestro gusto dramático. Hablábase de la presión que ejerce sobre el dramaturgo el público que frecuenta el teatro, obligándole a retorcer su argumento, sea cual fuere el punto de partida, hacia la conclusión de que el héroe y la heroína vivieron muy felices para siempre, exactamente como el príncipe y la princesa que contraen matrimonio al final de un cuento de hadas. Mrs. Wharton declaraba que esta predilección de nuestro público no implica la preferencia por la comedia, sino que, por el contrario, "a nuestro auditorio le agrada sentirse un poco inquieto (aun emocionado) desde las ocho hasta las diez y media, y luego reconfortado y tranquilizado antes de las once."

"Sí;" afirmaba Mr. Howells, "lo que quiere nuestro público es tragedias con dichosa conclusión."

Y Mrs. Wharton añade el comentario de que lo que dice Mr. Howells acerca de la actitud del pueblo de los Estados Unidos con respecto al teatro:

[1]Édith Néwbold Jones Wharton: nació en Nueva York, en 1862; escritora notable, y autora de gran número de novelas famosas.—La Redacción.

[2]Wílliam Dean Howells, poeta y novelista: nació en Martín Ferry, Ohío, el primero de marzo de 1837; murió en Nueva York, Nueva York, 11 de mayo del año corriente—La Redacción.

es la actitud del pueblo norteamericano en cuanto se refiere a la vida.

En otras palabras, nosotros, tanto en el teatro como fuera, carecemos de la sinceridad intelectual que poseen los franceses. No estamos convencidos, ni queremos que nuestras piezas teatrales, ni siquiera nuestras novelas, nos convenzan de que "las cosas son como son y serán como sean."

Con los elogios que Mrs. Wharton dispensa a los franceses, nadie que haya gozado de las obras maestras de la literatura francesa puede vacilar un momento. Los franceses son más sinceros intelectualmente que cualquier otra nación, y quizá tanto como los griegos. Hay gran falta de sinceridad en nuestros dramas y novelas; y nadie que esté familiarizado con la literatura de esta clase tiene motivos de ponerlo en duda. No obstante, la aguda observación de Mr. Howells no tiene quizá todo el peso que Mrs. Wharton le atribuye; y despierta inmediatamente el deseo de preguntar: ¿Es verdad que a los norteamericanos les gustan tragedias con final dichoso? Suponiendo que esto sea cierto, ¿somos nosotros el único pueblo que padece semejante aberración? Y finalmente, en caso que la padeciéramos, ¿existen razones especiales para esta manifestación de deficiencia en nuestra honradez intelectual?

Habiendo propuesto estas tres preguntas, propongo ahora responderlas yo mismo lo mejor que me sea posible, como el avisado lector lo espera, probablemente; y me parece prudente comenzar por la segunda, considerando la primera inmediatamente después. ¿Somos los norteamericanos el único pueblo a quien agradan tragedias con dichosa conclusión? Nos encontramos aquí con el punto de partida para una extensa investigación de los gustos del público que asistía a los teatros de otras naciones y en otras edades. Pero no nos entretendremos en un viaje demasiado largo, pues sólo tenemos que retroceder cien años, más o menos, y detenernos por corto tiempo en la misma Francia.

II

Al final del siglo décimoctavo y principios del siglo décimonono empezó a desarrollarse lentamente. en los teatros menos importantes de París, un nuevo tipo de pieza teatral, el melodrama. Los maestros de esta escuela fueron Ducange y Pixérécourt, quienes aprovecharon de la experiencia de sus rudos precursores y enseñaron los secretos de este arte especial a imitadores más hábiles, el fértil Bouchardy, por ejemplo, y el recientemente fallecido Dennery, el más diestro e ingenioso de todos ellos.

Puede definirse brevemente el melodrama como una pieza teatral de argumento y nada más que argumento: abunda en situaciones interesantes, de combinación intrincada, y hábilmente presentadas, cuyos personajes están reducidos a tipos escorzados de perfil, y violentamente coloreados en tonos primitivos. Tiene siempre un héroe perseguido duramente por la suerte, hasta la situación final en que el villano, de alma tan negra como se le quiera pintar, es arrojado a las tinieblas exteriores, quedando el inmaculado héroe recompensado por todos sus sufrimientos y por todas sus luchas con la mano de la heroína. El melodrama puede estar desprovisto de realidad, pero es atrayente en su progresivo interés. Está ingeniosamente arrreglado para deleitar al auditorio que desea "sentirse inquieto (aun emocionado) desde las ocho hasta las diez y media y luego reconfortado y tranquilizado antes de las once." Es, en una palabra, "una tragedia con dichosa conclusión."

¿Qué cosa puede haber más trágica que la historia de *Les deux orphelines?* En esta obra maestra del melodrama, dos encantadoras hermanas, una de ellas ciega, se ven tristemente desvalidas en París, en los peores días de la regencia. Se nos hace seguir sus aventuras desgarradoras; y continuamente las vemos en peligro de muerte o de algo peor que la muerte. La espada de Damocles está suspendida sobre sus hermosas cabezas desde que se levanta el telón hasta cinco minutos antes de la terminación del acto final. Las probabilidades son ciento por una, no, mil por una, de que no lograrán escapar ilesas de los múltiples y continuos peligros que las rodean. Y sin embargo, a despecho de tales circunstancias, en el último momento, las nubes se disipan, los rayos del sol inundan la escena; y las dos heroínas alcanzan al cabo una vida dichosa, como dos princesas con sus arrogantes y respectivos príncipes

en el más arrobador cuento de hadas. Y muchos millares de concurrentes parisienses, dejando a un lado por el momento su sinceridad intelectual, inflamados de verdadera emoción, sollozaban con los pesares de las dos hermanas, aplaudían a sus salvadores y silbaban venenosamente a los villanos que las perseguían.

Desde sus primeras manifestaciones, fué imitado el melodrama en la Gran Bretaña, principalmente por Édward Fítzball, el primer dramaturgo que comprendió las cualidades escénicas de la leyenda de *The Flying Dutchman* (El buque fantasma).

Fítzball no se desdeñaba de confiar que se consideraba a sí mismo el "Víctor Hugo" inglés; lo cual indujo a Douglas Jérrold en la tentación de observar que era solamente "Victor No go."[3] En manifestaciones posteriores, el melodrama francés sirvió de patrón a *The Silver King* (El rey de la plata) de Henry Árthur Jones, uno de los ensayos que obtuvieron mejor éxito en este ramo. *The Silver King* se conquistó la aprobación entusiasta de Mátthew Árnold,[4] quien lo calificó de melodrama moral, que tomaba necesariamente "incidentes sensacionales de otro drama, para su efecto capital," pero que alcanzaba el nivel de producción literaria porque el diálogo y los sentimientos estaban copiados del natural.

En la misma línea que *The Silver King* inglés de Mr. Henry Árthur Jones puede colocarse *The Secret Service* (La policía secreta) melodrama norteamericano de Mr. Wílliam Gillette, que también se ajusta, para su efecto capital, a algún otro drama de sensacionales incidentes; mas estos sensacionales incidentes están elegidos con tanta propiedad y tan hábilmente mezclados en el argumento, que sirven para realzar el carácter muy humano del héroe, personaje discutible, un espía de la unión, a quien confrontan deberes complejos. Hacia el fin de la pieza, se hace evidente que este hombre valeroso y lleno de recursos no podrá escapar a la muerte, destino al cual se resigna, rechazando deliberadamente una oportunidad de huir y aceptando de buen grado la única solución a su imposible situación. Sin embargo, una vez más, precisamente en momentos de caer el telón, sobreviene, como un dios del mecanismo, el incidente dramático que salva la vida del héroe, y aun permite que los espectadores supongan que el héroe y la heroína han de vivir dichosos en adelante, reconfortando y tranquilizando así al auditorio antes de las once.

Me aventuro a decir que este final dichoso no es del todo contrario al arte, y que no afecta nuestra sinceridad intelectual por la razón muy plausible de que *The Secret Service* no es una tragedia: es una historia jocoseria que no llega a elevarnos al sereno ambiente de lo irresistible y lo inevitable donde la tragedia mora. Es de estilo demasiado regocijado, demasiado vigoroso en su representación de las realidades de la vida, para justificar una terminación fatal. La verdadera tragedia no sólo ha de concluir tristemente: debe también comenzar melancólicamente; debe hacernos experimentar la impresión sutil de un desastre inevitable, esencial por sí mismo e inherente al tema. Lo que decía Stévenson de los cuentos trágicos es aplicable al drama. Escribió una vez en respuesta a cierta indicación de esta naturaleza:

> ¿Cambiar el final? Sí; pero ésta no es mi manera de escribir. Hay cohesión en el cuento; hacerle otro final sería descomponer el principio. . . . El medio y el fin de un cuento forman parte integrante del principio.

En otras palabras, el principio de un melodrama nunca requiere y rara vez permite una conclusión trágica.

III

Aun cuando el melodrama moderno se desarrolló en teatros menores y poco literarios de París hace más de cien años, el público francés no tuvo que esperar hasta principios del siglo décimonono, ni siquiera hasta principios del siglo décimoctavo, para sentirse reconfortado y tranquilizado con las tragedias de conclusión feliz. Hacia la primera mitad del siglo décimoséptimo extrajo Corneille de un original español la primera de sus tragedias, *El Cid*, cuyo argumento arrastra a una de las situaciones más intensas de la literatura dramática. El deber obliga a un bizarro guerrero a medir su

[3]Juego de palabras con Hugo, en que el autor hace contrastar *no go* (no avanza, no funciona) con Hugo, queriendo decir que Fítzball "no resulta."—LA REDACCIÓN.

[4]Famoso crítico y poeta inglés: nació en Láleham, Inglaterra, el 24 de diciembre de 1822; murió en Liverpool, el 15 de abril de 1888.—LA REDACCIÓN.

espada en duelo mortal con el padre de la mujer a quien ama y de quien es amado. Aparentemente el golpe fatal de su arma ha separado para siempre a los dos amantes, pues ¿qué mujer podría enlazarse a un hombre cuyas manos estuvieran manchadas con la sangre de su padre? Sin embargo, Corneille termina la pieza con la perspectiva de esta boda, súbitamente arreglada; y era tan diestro dramaturgo, de emoción tan superabundante y de elocuencia tan persuasiva, que fué capaz de arrastrar al auditorio en su sentimiento, aun a costa de la sinceridad intelectual.

Tampoco aguardó el público de Inglaterra la importación del melodrama francés en su envoltura original, para gozar de consuelo y tranquilidad después de haberse sentido inquieto y aun ligeramente emocionado. A decir verdad, los londinenses tuvieron quien mirara por su conveniencia antes todavía de que aquello fuera concedido a los parisienses. Todos los que siguen la historia del teatro conocen el tipo de pieza dramática conocida por tragicomedia: su nombre la describe suficientemente. Esta definición fué usada originalmente, según parece, en el prólogo de las comedias de Plauto; y la revivieron los teóricos italianos del teatro. Dramas de esta clase surgieron espontáneamente en Italia, España y Francia, y encontramos la misma forma floreciendo en Inglaterra hacia la segunda mitad del siglo décimosexto; aun cuando no puede decirse que haya sido más popular entre los ingleses de lo que lo era entre los franceses. La sombría *Measure for Measure* (Medida por medida) de Shákespeare es el ejemplo inmediato más notable; y durante la representación de este drama los espectadores sintiéronse inquietos y más que ligeramente emocionados por una serie de situaciones intensas, tan sólo para encontrarse al cabo reconfortados y tranquilizados por una feliz conclusión, mecánica e inverosímilmente rebuscada.

Con el transcurso del tiempo, la tragicomedia modificó su técnica convirtiéndose en el romance dramático, del cual puede tomarse como ejemplos característicos el *Philaster* de Beaumont y Flétcher y la *Cymbeline* de Shakespeare. Tal vez sería más exacto decir que el romance dramático es solamente una degeneración insular del tipo de la tragicomedia sentimental. La mayor parte de los romances dramáticos más conocidos de Beaumont y Flétcher o de Flétcher y Mássinger se adaptan a la definición de la tragicomedia, como lo expresa concisa e ingeniosamente el profesor Ristine, en un extracto de la defensa de esta clase de piezas dramáticas, publicado por Guarini, el autor del *Pastor Fido:*

> La tragicomedia, lejos de ser una mezcla discordante de tragedia y comedia, es la reunión íntima de las partes de ambas que puedan adaptarse con verosimilitud, con la diferencia de que las muertes de la tragedia quedan reducidas a peligros de muerte, y el conjunto constituye en todo sentido un término medio entre la austeridad y majestad de la una y la alegría y suavidad de la otra.

La definición italiana de la tragicomedia del renacimiento puede aplicarse al melodrama moderno de estilo más literario: *The Silver King*, por ejemplo, y *The Secret Service*, en los cuales encontramos el termino medio entre la dignidad austera y la suave alegría. Después de citar a Guarini, el profesor Ristine da su propio análisis de los elementos que se combinan en la tragicomedia inglesa:

> El amor en alguna forma es la fuerza motriz; la intriga es nutrida; la negra villanía se hace contrastar con la virtud más noble y exaltada. En el desarrollo de la acción . . . en que los personajes se ven cogidos en una red de complicaciones desastrosas, las vicisitudes y las sorpresas se suceden con la rapidez del relámpago. . . . Pero el desastre final se evita ingeniosamente. . . . Los daños se remedian, la reconciliación se produce, el villano penitente es perdonado, y la terminación feliz es completa.

IV

Después de esta breve incursión en la historia del drama en otras edades y en otros pueblos nos hallamos mejor preparados para considerar la primera de las tres preguntas sugeridas por la declaración de Mrs. Wharton de que los nosotros estamos afectados de cierta deficiencia de la sinceridad intelectual que es rasgo característico y reconocido en los franceses. ¿Es verdad que nos agradan tragedias de dichosa conclusión? De ser así, no somos peores que los ingleses del tiempo de Shákespeare, que los franceses del tiempo

de Corneille y que los griegos del tiempo de Eurípides. Pero, ¿es verdad, positivamente?

Puede argüirse en defensa que no nos oponemos en absoluto a la muerte de héroes y heroínas (juntos o separados) en el melodrama; y debe admitirse que, por lo menos en la opera seria, el final trágico no sólo es aceptado sino esperado. Puede insinuarse que la muerte de la heroína jamás ha afectado la popularidad inmensa de innumerables dramas de primera clase, como *Adrienne Lecouvreur, La dame aux camélias, Froufrou, Théodora* y *La Tosca*. Puede recordarse que la muerte de *Cyrano de Bergerac* —terminación fatal que el tema de esta comedia heroica no exige necesariamente, y que resulta casi incongruente—no ha disminuido el entusiasmo del espectador norteamericano. Todas estas cosas deben estimarse en lo que realmente valen; y quizá si no son siquiera pertinentes al presente examen, por cuanto la ópera es una forma especial del arte dramático, que apela a la emoción dentro de sus propios y arbitrarios límites, y porque la pieza dramática afecta a gran parte del público como el medio de poner de relieve las facultades escénicas del actor, como una especie de confesión o declaración postrera que ofrece al artista excelente ocasión para desplegar su virtuosidad.

Debemos prescindir de la acusación demasiado absoluta de Mrs. Wharton y fijar la atención en un solo punto. El público norteamericano de nuestros días goza, y goza ampliamente, con los dramas escénicos conmovedores, que juegan liberalmente con la vida y con la muerte, y que, después de todo, nos devuelven a casa reconfortados y tranquilizados. Pero igual cosa sucedía con los espectadores de otras tierras en otro tiempo; y la verdadera cuestión es saber si rehusamos aceptar el final trágico cuando viene encadenado por los sucesos anteriores, cuando es inevitable. En una palabra, ¿poseemos la honradez intelectual que nos llevaría a aceptar la austera declaración de Éliot de que "las consecuencias son despiadadas?"

Propuesta en esta forma, la cuestión es muy difícil de resolver. En lo que a mí respecta, me inclino a pensar que cuando podemos elegir libremente entre un final feliz o desastroso; cuando uno ni otro se impone lógicamente por la acción o por el ambiente en que se desarrollan los sucesos, tendemos de preferencia a una conclusión que consigne al héroe y a la heroína a cierta vaga felicidad futura. Pero asimismo me inclino a creer que no nos arredra el final más trágico, siempre que hayamos recibido la impresión de que es inevitable e inexorable, siempre que este trágico final parezca preordinado desde el principio de los tiempos, y que el autor haya sido lo suficientemente hábil y sincero para hacernos sentir que la tragedia no podía en manera alguna tener diversa terminación.

En *The Second Mrs. Tanqueray*, el final trágico es obligatorio; se desprende de la naturaleza de las cosas; y el drama se impone por sí mismo. En *In Mid-Channel* (A mitad del canal), la heroína no tiene otra salida que la muerte para escapar de la situación que se ha creado. Por otra parte, el argumento de *The Notorious Mrs. Ebbsmith* (La desacreditada Mrs. Ébbsmith) reclamaba a gritos un final trágico que el autor se resistió a darle; y quizá por esta razón la pieza nunca fué del agrado de nuestro público a pesar de sus indisputables cualidades.

En el curso de la primera y segunda décadas del siglo veinte, aparecieron en la escena cuatro piezas, de sinceridad y textura diferentes, pero variaciones todas ellas sobre el mismo tema. Dos inglesas: *Iris*, por Sir John Pinero, y *The Fugitive*, por Mr. John Gálsworthy; y dos norteamericanas: *The Easiest Way* (El medio más cómodo), por Mr. Eugene Wálter, y *Déclassée*, por Miss Zoe Aiken. En todas se nos hace seguir la carrera de una joven amante del lujo y que adopta en la vida el camino más holgado hasta que el suelo se hunde bajo sus pies. *Iris* fué el primero de estos dramas: es el más delicadamente artístico y el más veraz. *The Easiest Way* es quizá el más vigoroso. *The Fugitive* es pálido y trivial. *Déclassée* es el más insignificante, porque es el menos original: el asunto es crudo y la forma desmañada. Las dos piezas últimamente mencionadas no satisfacen el criterio de nuestra honradez intelectual, a pesar de que ambas terminan con la muerte de la heroína: final arbitrario para huir de las complicaciones morales que la cercan. Las primeras dos piezas

tienen final de tragedia más intensa, puesto que dejan viva a la heroína, pero privada de todo lo que hace la vida apreciable, arrojada a las tinieblas exteriores y presa de negra desesperación. Ninguno de estos dramas dejó a los espectadores tranquilizados ni consolados.

V

Parecerá innecesario discutir la tercera pregunta después de haber estudiado la segunda. No obstante, es conveniente interrogarnos acerca de si existen razones especiales para que se suponga que el público del teatro de los Estados Unidos se desprende de su honradez intelectual exigiendo al dramaturgo que viole la lógica de su argumento y se afane en producir una pueril conclusión de cuento de hadas. Mrs. Wharton ha expuesto una de estas razones declarando que nuestra actitud respecto del teatro es característica de "la actitud norteamericana respecto de la vida entera." Esto implica una acusación contra todo nuestro pueblo y no sólo contra el público del teatro.

Analizar estas condiciones en un artículo sucinto nos llevaría muy lejos, demasiado lejos; es decir, fuera del teatro mismo, dentro de cuyos muros debe confinarse por ahora esta investigación. ¿Existen en el teatro norteamericano condiciones tales que afecten la sincera y fiel representación de la vida? Debo confesar que existe por lo menos una de estas condiciones, cuyas posibles consecuencias son inquietadoras. Consiste ésta en la composición del auditorio de nuestros teatros diversa de lo que fuera hace un siglo—el mayor lapso de tiempo a que puedan extenderse mis impresiones de espectador. Creo que la edad de los espectadores de este tiempo es considerablemente menor que la del público teatral en la época de mis entusiasmos juveniles por el teatro; y me parece también que la proporción de concurrencia femenina es mucho mayor que en aquellos lejanos días. Si este cambio se ha realizado conforme yo lo observo, y si tengo razón al afirmar que será más evidente aún en los años venideros, es muy posible que ello haya influído paulatina pero positivamente en modificar los deseos implícitos y los explícitos prejuicios del auditorio, los cuales siempre toma en cuenta el autor más o menos inconscientemente.

El agua no puede alcanzar nivel más elevado que el de sus fuentes; ni el dramaturgo puede elevarse sobre el nivel del auditorio a quien desea interesar. El dramaturgo no puede encerrarse en una torre de marfil; necesita presentarse en las plazas de mercado, donde todos puedan verle y oírle. Si se retrae de la tarea de presentar su concepción de la humanidad para hacerla inmediatamente atractiva a su auditorio, no es dramaturgo, por más talento que posea; y haría mejor de volverse a la poesía o al romance, artes con las cuales puede dirigirse a los escogidos. El teatro es para la multitud de millares de cabezas, y el poeta dramático tiene que afrontar estas condiciones.

Si el auditorio norteamericano es más joven que el de épocas pasadas, su conocimiento del mundo no puede ser tan vasto ni su criterio tan maduro como en otro tiempo. Si la proporción femenina es mayor asimismo, el auditorio tiene que ser diferente de lo que fuera en los días que alcanzaba el drama su expresión suprema. Las tragedias de Sofocles se representaban en el teatro de Dionisio ante los ciudadanos de Atenas; y los espectadores eran hombres más o menos maduros Las tragedias de Shákespeare fueron escritas para el Globe Theater de Londres, donde los espectadores eran hombres en su mayor parte. Las comedias de Molière se representaban en el Théâtre Palais Royal de París, ante auditorios que incluían generalmente pocas mujeres. Es significativo observar que sólo hace cuarenta años que hayan sido admitidas mujeres en los asientos de platea del Théâtre Français.

Y hace cerca de cien años que Goethe se anticipaba a las lamentaciones de Sarcey preguntando: "¿Qué vienen a hacer estas jóvenes en el teatro? No pertenecen a la vida de la escena. . . . El teatro es solamente para los hombres y mujeres que conocen la vida humana."

Pero, "las cosas son como son y serán lo que sean."

NUESTROS SOLDADOS EN LAS UNIVERSIDADES FRANCESAS

POR

RÓBERT G. MÉNNER

La apertura de las universidades francesas a los soldados norteamericanos ha hecho conocer muchos detalles y matices de la educación universitaria en Francia, ajenos a los Estados Unidos. El sistema de las universidades norteamericanas tiende a desarrollar la mente del individuo, aplicándose este concepto aun a la enseñanza profesional. El sistema francés, manifiestamente profesional, concentra sus esfuerzos en la pureza de la doctrina académica, presumiendo que el desarrollo intelectual es completo. Pero si bien los métodos son diversos, el contacto escolar ha servido principalmente para estimular las relaciones cordiales entre ambos pueblos. Los norteamericanos han vivido entre el pueblo francés y le han amado. Con todo, a juicio del autor, la verdadera comprensión internacional requiere profundo estudio del pueblo mismo; y sería mejor medida que este estudio se inicie de preferencia por los hombres de mayor educación y cultura.—LA REDACCIÓN.

A PRINCIPIOS de marzo de 1919, cincuenta hombres de nuestra división devolvieron sus pobres boletas de alojamiento en la región comprendida entre Verdún y Saint-Mihiel, para tomar el curso de cuatro meses que las autoridades militares les permitían seguir en las universidades de Francia. Algunos de aquel contingente, los más felices, según creíamos en aquella época, iban a París; los demás, a las universidades del mediodía de Francia: Grenoble, Clermont-Ferrand y Tolosa. Por una confusión de esas típicas en un ejército, los destinados a esta última universidad fueron enviados a Toul, adusta y vieja fortaleza, que se sorprendería mucho al verse considerada como ciudad académica.

La hospitalaria afabilidad con que los franceses nos acogieron a nuestra llegada a estas diversas ciudades no nos sorprendió tanto como la insólita generosidad del ejército al prodigarnos comodidadas tales como colchones de plumas y guisos franceses. Era de tal modo contrario al concepto que cada uno tenía sobre el deber de un soldado norteamericano en Francia el que se les permitiera llevar la vida ociosa de un civil con todos sus gastos pagados por el gobierno, que nadie quedaba satisfecho con la ordinaria y obvia explicación de que se encontraban transformados en estudiantes. El propósito declarado de este período de estudios era reanudar un curso universitario interrumpido por la guerra. Pero desde luego era evidente lo impracticable que resultaba continuar los mismos estudios principiados en los Estados Unidos. Recuerdo haber oído por los menos tres diversas interpretaciones de nuestra separación temporal del servicio, aun en los vagones, en que abandonábamos el cuartel general de la división rumbo a nuestro nuevo destino. Los que se hallaban disgustados con la vida de cuartel sospechaban que las autoridades militares abrigaban la idea maquiavélica de ganarse a los elementos más inteligentes del ejército por esta benevolencia inesperada. En su opinión, sobornábase así indirectamente a los hombres más aptos para censurar la incompetencia y la injusticia de la administración militar, a los únicos hombres cuya crítica hubiera sido peligrosa, para que olvidaran, o por lo menos disimularan, sus numerosos motivos de queja por medio de una agradable temporada en alguna ciudad universitaria. Otros, menos cínicos, proponían la explicación más razonable, de que el gobierno trataba de mejorar nuestras relaciones con los aliados franceses, pues el trato con franceses cultos y refinados sería mucho más adecuado que el contacto eventual y no siempre grato con sencillos campesinos o tenderos avarientos para conducirnos a una amistad efectiva. Otros consideraban el proyecto como el principio de un movimiento para estimular a los estudiantes norteamericanos a proseguir sus estudios avanzados en las universidades francesas, atrayéndose así a muchos alumnos que antes de la guerra acostumbraban ir a las universidades de Alemania a completar sus estudios. Ninguno de estos propósitos

existía formalmente definido en el ánimo del departamento de guerra ni de los institutores que lo indujeron a iniciar este experimento. Pero es positivo que los resultados obtenidos fueron una comprensión mejor de las costumbres y del criterio francés y un sentimiento real de amistad hacia el pueblo de aquella nación más bien que la adquisición de ningún conocimiento definido, ni la terminación de la interrumpida carrera universitaria.

II

El primero y más importante obstáculo para el estudio sistemático en una universidad francesa era la incapacidad en que se encontraba la mayor parte de los estudiantes para comprender o hablar el idioma. Al candidato que aspiraba al privilegio de asistir a una universidad francesa se le hacían desde luego algunas preguntas sobre su conocimiento del francés. Pero en la práctica, parece haber sido esto superficial, puesto que era aceptado aunque sus conocimientos se limitaran a palabras pertenecientos al vocabulario de los cortijos y a los elementos más familiares de la cocina francesa. Por desgracia, este exiguo vocabulario era de escasa utilidad en un curso de arquitectura medioeval o de derecho internacional. Debido a nuestro deplorable método para enseñar lenguas extranjeras, aun los mismos que habían estudiado francés en los Estados Unidos durante varios años, experimentaban gran dificultad para seguir las clases, cuando no habían tenido considerable práctica del idioma desde su llegada a Francia.

Algunos de los estudiantes habían imaginado vagamente que el profesor se expresaría en inglés, y así sucedió en ciertos casos en la Sorbona. Pero las facultades de las universidades de provincia decidieron que si los estudiantes no sabían francés, la mejor solución del problema era enseñárselo lo mejor posible en el corto plazo de que se dispusiera. Organizaron, por lo tanto, de acuerdo con los profesores de los liceos, cursos especiales de enseñanza de la lengua francesa. Muy pocos de los maestros sabían inglés, lo cual daba a veces por resultado laboriosas e inútiles explicaciones de palabras tales como *solitude*, que viene a ser idéntica en las dos lenguas; pero, en general, la exclusión total del inglés en las aulas era una ventaja pedagógica. Los maestros mostraban sorprendente habilidad en el arte de la definición. Cuando no bastaban simples palabras ni paráfrasis, lo que acontecía rara vez, recurrían a la representación pictórica y a la pantomima. En cierta ocasión, oí a un profesor muy serio, pero de gran vivacidad, arrancar la gorra a un cabo sorprendido y poniéndosela con presteza en la coronilla, echarla abajo con gesto dramático. Esto era una ilustración de cierta frase obscura de Víctor Hugo, en la que cuenta cómo el disparo de un artero español arrancó el sombrero a su padre, en la guerra de la Península.

Además de estas clases especiales, se exigía a los norteamericanos que siguieran cierto número de cursos que se ofrecían con regularidad a los estudiantes franceses. Tal vez una décima parte de los estudiantes norteamericanos, y de seguro no más, comprendían bastante de las lecciones, pues los profesores se tomaban la molestia de hablar lenta y distintamente en todos los casos; y una vigésima parte pescaba algunas ideas aquí y allá, siempre que prestara firme atención. Para los restantes, la asistencia a la clase era uno de esos actos simbólicos a que el espíritu militar atribuye misteriosa importancia. Un amigo mío asistió a ocho clases de derecho durante otras tantas horas a la semana, sin comprender una jota, salvo el nombre *Jules César*. Era uno de tantos. Al final de la primera conferencia, en un curso de derecho destinado únicamente a los estudiantes norteamericanos, el profesor, sentado aún a su pupitre, despidió a los alumnos, que, según las apariencias, habían estado bebiendo sus palabras. Los estudiantes permanecieron sentados e interpretaron una segunda y más enérgica despedida como elocuente explicación del punto legal que se discutía. El significado del discurso del profesor sólo fué comprendido cuando recogió sus papeles de notas y se marchó del aula, acompañando su acción de un enérgico: —*¡Allez!*

No puede uno menos que admirar la paciencia de los profesores ante tales dificultades. Continuaban hablando gravemente hasta el fin del curso, a hombres cuya fisonomía rara vez mostraba la menor vis-

lumbre de comprensión. Persistían heroicamente en sus esfuerzos por hacernos hablar y escribir francés, a pesar de la general fatiga, para no llamarla pereza, por parte de los soldados, extenuados físicamente por los recios choques de la guerra y entorpecidos intelectualmente por la mortal monotonía del armisticio.

Por fortuna, el resultado de los cursos universitarios no debe medirse únicamente desde el punto de vista académico. Fueron valiosos, si no por algún otro motivo, porque proporcionaron a los soldados norteamericanos una oportunidad para adquirir conocimiento directo de los mejores elementos de la cultura y de la tradición francesa. En el mes de julio, en los entreactos de una comedia que se representaba en el gran teatro del Ejército de Salvación en Saint-Nazaire, presencié una prueba elocuente de que el plan universitario no había sido un fracaso. Valiéndose de un intérprete, el gobierno francés creyó oportuno pedir a las tropas que se embarcaban que no juzgaran a Francia ni al pueblo francés por lo malo que habían visto, pues los soldados americanos sólo vieron muchas veces lo peor. El intérprete mencionó el hecho de haber conocido en Montpellier estudiantes norteamericanos que habían vivido entre el pueblo francés y le habían amado. Esparcidos en el auditorio encontrábanse muchos soldados que habían pertenecido a casi todos los grupos universitarios en Francia. El aplauso espontáneo y atronador que cortó la palabra del intérprete demostró al punto cuánto había contribuído a la amistad entre Francia y los Estados Unidos la apertura de las universidades francesas a los soldados norteamericanos.

III

Los franceses sabían que estudiábamos poco, pero notaban que observábamos mucho. Los norteamericanos que conocían el francés, y aun algunos que lo ignoraban, establecieron inmediatamente comparaciones y formaron su juicio acerca de las universidades francesas como institutos de educación. Lo primero que el estudiante norteamericano observó fué la completa ausencia de lo que estábamos acostumbrados a llamar vida estudiantil: nada de dormitorios, ni clubs, ni revistas, ni periódicos, ni concursos de atletismo. Es evidente a primera vista que la universidad francesa es un instituto de enseñanza y nada más. El concepto norteamericano del colegio no tiene equivalente alguno en el sistema francés de educación. La universidad se compone solamente de escuelas profesionales: escuela de letras, escuela de ciencias, escuela de medicina y algunas otras. Por lo común, cuando el estudiante va a la universidad, ha completado ya los estudios de índole general en el liceo. Elige una escuela particular de la universidad sólo como medio de seguir una carrera. Un profesor de ciencias manifestó su sorpresa ante el hecho de que la mayor parte de los norteamericanos, que tienen fama de interesarse especialmente en asuntos científicos, se inscribieran en la escuela de letras. La razón era, probablemente, que la escuela de letras ofrecía mayor variedad de estudios, y, por lo tanto, algo que se asemejaba más a la cultura general que un norteamericano considera el objeto de la educación universitaria. Pero ni aun allí los estudios son propiamente liberales, puesto que están destinados sobre todo a los que se proponen seguir la carrera de la enseñanza.

El hecho de que la universidad francesa es una colección de escuelas profesionales explica la gravedad de los estudiantes. Explica en cierto modo lo que al estudiante norteamericano se le antoja pobreza del programa de estudios; siendo en esto, como siempre, una excepción la Sorbona. La profusión de cursos enumerados en el catálogo de nuestras mejores universidades asombraría y desconcertaría al estudiante francés. Le parecería absurdo estudiar al mismo tiempo psicología elevada, altas matemáticas, literatura inglesa y antropología. En las universidades norteamericanas se cuentan a menudo unos veinte cursos de literatura inglesa; en las universidades francesas, no hay, ordinariamente, más de tres o cuatro cursos de literatura francesa. Además, estando todas las universidades francesas bajo la dirección del departamento de instrucción del gobierno, estos cursos son casi los mismos en toda universidad de Francia. Los profesores, de los cuales sólo uno o dos figuran en el departa-

mento de instrucción, están obligados a preparar a sus alumnos para un examen severo, cuyos asuntos son ciertos monumentos literarios escogidos cada año por las autoridades oficiales. En los Estados Unidos, una vez establecido un curso, puede continuar sin modificación indefinidamente. El cambio completo del programa universitario en Francia cada año explica en cierto modo la aparente falta de variedad de los cursos.

El escaso número de estudios que se siguen en una universidad francesa parece al norteamericano una limitación expresa. El francés interpretaría quizá de otro modo esta diferencia entre las altas instituciones de enseñanza en los dos países: se inclinaría a pensar que los norteamericanos prefieren, en su manera característica, la cantidad a la calidad. Los estudiantes norteamericanos que tuvieron ocasión de apreciar la índole de la instrucción que imparten las universidades francesas admitirán tal vez que este criterio es justificado hasta cierto punto. La calidad de la enseñanza en las universidades francesas es probablemente superior, por término medio, a la nuestra. Y esto no se debe a que no tengamos tan buenos maestros y profesores como los que se encuentran en Francia; sino a que Francia no tiene tantos institutores y profesores mediocres como se encuentran en los Estados Unidos. El profesor de una universidad francesa—y debe tenerse presente que muy pocos de los institutores no son profesores—es antes que todo un sabio cuyos méritos en el campo de la investigación son incuestionables, un maestro que ha adquirido larga práctica en el liceo, y, finalmente, un conferenciante cuyo lenguaje es modelo de belleza literaria. La competencia por las cátedras profesionales es viva; pocos resultan elegidos, y precisamente por ser pocos, esos profesores de las universidades francesas son invariablemente hombres de distinción y autoridad.

Las tentativas de reorganización en varias de nuestras principales universidades han estado acompañadas por el reclamo de mejor enseñanza. No echamos de ver en ocasiones que las huestes de jóvenes institutores y ayudantes de saber dudoso y de competencia más dudosa aún como maestros es el precio que pagamos por el empeño de ofrecer cursos altamente especializados sobre cuanta materia existe en el mundo, en todas las universidades. Probablemente no estamos dispuestos a sacrificar esta infinita variedad, ni el sistema de enseñanza en que la conferencia formal queda sustituída por clases menores donde reina contacto más íntimo entre el discípulo y el maestro. Pero debe observarse que en las universidades francesas nunca pueden hacer carrera los profesores incompetentes, por la sencilla razón de que las universidades prefieren que pocos profesores enseñen pocas materias a clases numerosas, y no que toda clase de maestros enseñen muchas materias a clases compuestas de pocos alumnos.

Los soldados americanos quedaron impresionados por la atmósfera de circunspección que reina en las salas de clase francesas. Cuando entra el profesor, los alumnos se levantan en masa y permanecen de pie respetuosamente hasta que toma asiento. En cuanto al profesor norteamericano, puede vérsele en ocasiones escribiendo notas apresuradamente en el encerado, mientras los alumnos entran uno a uno. Nunca se preocupa de parecer majestuoso. El profesor francés, por otra parte, parece que nunca olvidara del todo que lleva encima el manto de la autoridad académica. Y lo que sucede con los profesores puede aplicarse también a los estudiantes. Los estudiantes norteamericanos admiran a sus institutores como hombres y como maestros. Los estudiantes franceses tienen innato y profundo respeto por el profesor como tipo, como representante de la ciencia y de la sabiduria: actitud que es sólo reflejo del respeto general por el saber y por la eminencia académica en el pueblo francés de todas las clases, lo cual conduce más bien a un sentimiento de reserva que a familiaridad alguna entre estudiantes y maestros. Y en realidad, cuando los estudiantes expresan sus propias opiniones, lo que no ocurre con frecuencia, presentan sus observaciones en forma de tema elaborado, que es una discusión en miniatura del asunto, tan formal y completa, y expuesta en francés tan impecable como las lecciones del profesor mismo.

La circunspección de las formas es así solamente el reflejo de cierto formalismo en el

método de enseñanza. Esto tiene su lado bueno y su lado malo. El institutor de un colegio norteamericano experimenta a menudo tanta satisfacción al descubrir que un estudiante piensa por su propia cuenta, que tolera sus opiniones sin hacerlas pasar por una crítica demasiado severa. El profesor francés esta interesado únicamente en inculcar ideas adecuadas acerca de un asunto particular. El profesor norteamericano se interesa en provocar ideas en sus alumnos ya verdaderas o falsas; y es muy posible que sean tanto de una clase como de la otra. Recuerdo haber oído a un profesor de literatura francesa que aconsejaba a los alumnos, que se preparaban para obtener el grado, no introducir conceptos nuevos de su cosecha, los cuales daba por supuesto que serían prematuros para exponerlos; y que limitaran más bien su observación a lo que habían aprendido en las conferencias y consagraran especialmente su esfuerzo a la forma literaria de sus ejercicios. Un institutor norteamericano apenas habría deseado, y de seguro jamás habría aconsejado públicamente, supresión tan completa de la personalidad del estudiante. El sistema de las universidades norteamericanas tiende al desarrollo del individuo, y este concepto del propósito de la educación se aplica con frecuencia aun al aprendizaje profesional. El sistema de las universidades francesas, que es manifiestamente profesional, concentra todos sus esfuerzos en la pureza de la doctrina. Presume que el desarrollo intelectual del individuo es completo: presunción a que apenas corresponde la falta de madurez de muchos de los estudiantes.

IV

Mientras los profesores y estudiantes franceses procuraban adaptar los métodos de educación a las costumbres sociales de los norteamericanos, éstos últimos trataban de dar en reciprocidad a los franceses una idea de la vida universitaria en los Estados Unidos. Naturalmente, resultó imposible explicar a los franceses nuestro sistema de educación, pero fué muy fácil atraerlos a las costumbres familiares, fuera de las aulas, a todos los estudiantes norteamericanos. Los soldados jugaban *base-ball* y apostaban a saltos y carreras por propia diversión; pero además representaban también comedias norteamericanas y fundaron periódicos universitarios que apreciaban los franceses tanto como ellos. Los periódicos publicados en unas diez universidades a que asistían nuestros soldados demostraron ser el medio más eficaz para exponer el criterio y explicar las peculiaridades norteamericanas. Los más caracterizados de estos semanarios, como *Voilà* de Burdeos, *Qu'est que ce ?* de Tolosa y *Deux Mots* de Clermont, contenían artículos sobre asuntos universitarios, editoriales más o menos serios, dibujos satíricos y versos humorísticos, caricaturas ilustrativas de las costumbres francesas y norteamericanas, y finalmente, colaboración de profesores y estudiantes franceses. Después de la primera impresión de indulgente asombro ante empresa tan extraordinaria, los franceses aceptaron aquellas innovaciones con entusiasmo, aunque supongo que a veces se preguntaban qué relación tenían caricaturas y comedias con la educación universitaria en los Estados Unidos. Sintiéronse decepcionados al no encontrar ningún estudio serio sobre la literatura norteamericana en nuestros periódicos. La ausencia total de algo académico en una publicación universitaria los confundía. Pero si bien los franceses nunca comprendieron del todo el papel exacto que estas costumbres representan en nuestra vida universitaria, aceptábanlas como testimonio de la incontrastable energía del espíritu norteamericano.

Para convencer a los franceses de que nuestras universidades se ocupaban de algún modo en la educación, el American School Detachment, como se le llamó oficialmente, resolvió establecer becas que permitieran a los estudiantes franceses venir a los Estados Unidos. Estos fondos eran forzosamente limitados; porque, contra la opinión de los tenderos franceses, la mayor parte de los estudiantes norteamericanos están muy lejos de ser millonarios. Pero el movimiento se produjo por el genuino deseo de fomentar las relaciones amistosas entre los estudiantes de ambos países y también por el sentimiento orgulloso, siempre difícil de sofocar en los norteamericanos, de que existiera algo que un país nuevo como los Estados Unidos pudiera enseñar a un país antiguo como

Francia, aun en materia de educación. Cuando un distinguido periodista francés visitó Hárvard, hace unos quince años, hizo notar con satisfacción desdeñosa que no se interesaba en modo alguno por los asuntos escolásticos de la universidad; porque suponía que Europa, con sus métodos probados, nada tenía que aprender de los pedagogos norteamericanos. Si los estudiantes norteamericanos en Francia, por preferir claramente la diversión al estudio, contribuyeron a la impresión de que la enseñanza era un factor de importancia relativamente pequeña en sus universidades, esperaban rectificar esta impresión invitando a los franceses a apreciar por sí mismos que el aprendizaje cabal y el trabajo serio no eran incompatibles con el espíritu práctico y el gusto por las diversiones. Las becas proporcionadas a los estudiantes franceses por sus camaradas de los Estados Unidos, junto con las más importantes establecidas por nuestras universidades e instituciones de educación, señalan la realización del primer intento formal de un intercambio de estudiantes entre nuestra nación y Francia. El número de estudiantes franceses enviados a los Estados Unidos será necesariamente escaso; pero, por otra parte, serán escogidos cuidadosamente y—si es permitida observación tan poco graciosa—no tendrán que sufrir los inconvenientes de estudiar bajo auspicios militares.

V

Los admiradores de la ciencia francesa esperaban que la obra de la comisión de educación del ejército daría por resultado que los estudiantes norteamericanos fueran a Francia a completar sus estudios, como antes iban a Alemania. Indudablemente que el número de jóvenes de los Estados Unidos que vayan a seguir sus estudios en Francia será mayor que antes; pero es dudoso que este incremento resulte extraordinario, por varias razones. Los Estados Unidos han adquirido tal grado de independencia intelectual que no han menester ya de aquella disciplina intelectual extranjera que buscaban en los días en que todo profesor y hombre de ciencia ambicioso hacía viaje a Alemania para obtener su grado de doctor. A la exactitud y profundidad que la ciencia norteamericana había adquirido en Alemania debía añadirse la precisión de la forma y la claridad de pensamiento que caracterizan a la ciencia francesa. Pero el motivo que les llevara a Francia sería muy diferente del que impulsaba a los norteamericanos, deseosos de perfeccionarse en la lengua y la literatura inglesas, a ir a Alemania; porque ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos era posible hacer estudios profundos de estas materias. Hoy casi todos los asuntos imaginables pueden estudiarse en nuestras universidades. Los norteamericanos irán en lo sucesivo a Francia a continuar su labor en los estudios especiales en que Francia descuella; a estudiar bajo la dirección de hombres ilustres y a aprender algo de los métodos francesas; pero probablemente considerarán estos estudios como complementarios de los que ya hayan hecho en los Estados Unidos. La razón por la cual las universidades franceses nunca ocuparán el lugar que otro tiempo ocuparon las universidades alemanas en nuestra vida intelectual no es que sean inferiores, sino sencillamente que nosotros hemos pasado ya del período de tutela académica.

Aun cuando los norteamericanos desearan seguir un curso completo de estudios en una universidad francesa, tropezarían con dificultades por la naturaleza misma del sistema francés de educación, pues el rasgo característico de este sistema es una extremada contralización y la consiguiente falta de flexibilidad. Los cursos universitarios en Francia conducen a grados que permiten a quienes los reciben entrar en tal o cual profesión particular; pero la adquisición de estos grados requiere un estudio de naturaleza tan especial que los extranjeros no pueden hacer de ellos el fin de sus estudios. En los exámenes, muchos de los cuales son orales, se atribuye gran importancia a la elegancia de la forma, difícil de obtener aun para los mismos naturales. Los norteamericanos que estudiaron en Francia y en Alemania antes de la guerra han tenido ocasión de comparar a menudo la facilidad con que podían realizar sus cursos en Alemania con las dificultades que encontraban en París—pues a París fueron la mayor parte de los norteamericanos—debido a que el sistema de centralización priva a las universidades

de provincia del prestigio de que gozan en Alemania. En Francia se han combinado con frecuencia el espíritu conservador extremado y la excesiva modestia para impedir que los extranjeros obtengan un conocimiento íntimo del carácter de la sociedad francesa. En los días anteriores a la guerra, los extranjeros sentían algo de este mismo espíritu en las universidades francesas. Debe recordarse que los franceses no son ni propagandistas como los alemanes ni anunciadores como nosotros. A veces parecen poseer verdadera disposición para ocultar sus virtudes y hacer inaccesibles las fuentes de su sabiduría.

El gobierno francés y las autoridades universitarias que lo representan tratarán ahora sin duda de dar a las condiciones de estudio especial atractivo para los norteamericanos. Probablemente no recurrirán, como Óxford, al dudoso expediente de crear un nuevo grado de doctor en filosofía, que no cuenta con el prestigio de la tradición, para competir con el que confieren las universidades alemanas. No es tanto por modificaciones radicales en las normas académicas sino mediante vigilancia y dirección más adecuadas de la labor de los estudiantes extranjeros cómo la ciencia y la educación francesas pueden hacerse más accesibles y provechosas para los norteamericanos.

Pocos de los soldados del American School Detachment manifestaron el propósito de regresar a Francia a continuar sus estudios. La preparación académica fué el fruto menos importante de los cuatro meses que pasaron en las universidades francesas; pero en el ambiente de las universidades aprendieron a conocer y a admirar al pueblo francés. Cualesquiera que sean los motivos que puedan inducir a los norteamericanos a estudiar en Francia, las ventajas técnicas y profesionales para el individuo serán de poca monta, si esta oportunidad no conduce a una comprensión mejor de Francia. La comprensión internacional, en el sentido más amplio de la palabra, reclama algo más que la admiración por las hazañas de un pueblo o la apreciación de su arte: requiere profundo estudio del pueblo mismo. La experiencia del ejército norteamericano en Francia demuestra el hecho de que tal conocimiento no puede adquirirse asociando a muchos individuos en una causa común. Debe comenzar por lo menos por los hombres de educación y cultura.



LOS JUICIOS DE DIOS

POR

BEN AMES WILLIAMS

Esta historieta ha obtenido uno de los dos premios señalados a los cuentos presentados al concurso anual de 1919, según anuncia el director del periódico de donde ha sido tomada. Está llena de vigor y tiene un final dramático que hace recordar las dolorosas tragedias griegas.—LA REDACCIÓN.

LLAMÉ por teléfono hacia la falda de la colina con el objeto de ponerme al habla con Hazen Kinch.

—Hazen,—pregunté,—¿va usted hoy a la ciudad?

—Sí, sí;—contestó bruscamente, con su tono rápido y cortante.—Naturalmente que voy a la ciudad.

—Tengo que arreglar un asunto,—insinué.

—Véngase conmigo,—invitó con brusquedad;—véngase conmigo.—

En cuarenta millas a la redonda no había otra persona a quien Hazen Kinch hubiera hecho semejante invitación.

—Estaré allá en diez minutos,—prometí; y, calzándome las gruesas botas de invierno, me eché a bajar la colina en medio de la arenosa nieve. El frío era punzante; el invierno había sido muy fuerte aquel año. La bahía, que se divisaba desde mi ventana, estaba helada doce millas al este y al oeste y treinta millas por sur y norte, lo cual no había sucedido en muchos años. Los hombres arrastraban la carga hacia las islas en pesados carromatos. Los automóviles habían labrado un áspero camino a lo largo de la vía que seguían los barcos en verano. Un individuo que se había aventurado a usar uno de los islotes bajos como depósito de zorros para utilizar más tarde las pieles, contando con que el agua los retendría prisioneros, se encontró en quiebra cuando su capital viviente escapó a favor del hielo. Un frío intenso y constante reinaba en las colinas cubiertas de una espesa capa de nieve y brillando con tonos azulados a la distancia. Las siemprevivas formaban manchas obscuras en aquel blanco sudario. Los abedules, apenas perceptibles, parecían árboles disimulados por el *camouflage*. Para mí jamás tienen las colinas mayor majestad que cuando aparecen revestidas de su manto de invierno. Se me imagina que las habita un dios pensante. Mientras me abría camino hacia la granja de Hazen Kinch pensaba si Dios habitaría en medio de aquellas colinas; y de ser así, qué es lo que juzgaría de Hazen Kinch.

No era la primera vez que meditaba acerca de Hazen; muchas veces había pensado en sus peculiaridades. Me interesaba el hombre y lo que sería de él. Hazen era, en mi opinión, un problema de la ética fundamental; su vida era una demostración de la injusticia esencial de las cosas conforme son. El biólogo lo habría calificado de ser anormal, una degeneración del tipo, una violación de todas las leyes regulares de la vida. Que un hombre de esa clase viviera y fuera próspero e importante no parecía correcto; no podía suceder en un mundo bien organizado. Sin embargo, Hazen Kinch vivía; era importante en su esfera; y, a todas luces, prosperaba. Me interesaba con tal motivo. Había en él la fascinación del hombre que cruza el Niágara sobre una cuerda floja, del aeronauta en el curso de una peligrosa voltereta. El observador contempla sin respirar, aterrorizado de ver y temiendo perder al mismo tiempo el espectáculo de la catástrofe final. Algunas veces sentíame perplejo tratando de adivinar si sospecharía Hazen Kinch esta actitud de mi parte. No era imposible. El hombre tenía una especie de valor cínico; quizá le divertiría este idea. En todo caso, era yo el único hombre que gozaba hasta cierto punto de su confianza.

He dicho que no habría otro en cuarenta millas a la redonda a quien hubiera ofrecido llevar a la ciudad; pero dudo de que en todo el mundo existiera otro individuo a quien hubiera hecho este pequeño favor.

Parecía encontrar una especie de placer burlón en mi compañía.

Cuando llegué a su casa estaba en el patio enganchando la yegua al trineo. La yegua era un buen aminal, fuerte y ligero. Temía y odiaba a Hazen. Podía yo notar cómo revolvía los ojos para mirar a su dueño mientras éste ajustaba los tirantes. Hazen me dió la voz sin volver la cabeza:

—¡Cierre la puerta! ¡Cierre la puerta! ¡Demonio con el frío!—

Tiré la puerta tras mí. En el establo sentíase aquella curiosa temperatura cálida y destemplada que generan los animales encerrados para protegerse contra el invierno.

—Va a nevar,—dije a Hazen.—No estaba seguro de que usted afrontara la borrasca.—

Él rió torcidamente, dando una sacudida al tirante.

—¡Nevar!—exclamó.—Cualquiera pensaría que usted es el director general del tiempo. ¿Por qué cree usted que ha de nevar?

—El amontonamiento de las nubes . . . y luego, no hace tanto frío,—respondí.

—No lo permitiré,—dijo, mirándome y riendo socarronamente. Era un viejecillo delgado, con patillas ralas y una peculiar concisión de palabra; creo que se divertía en observar mi expresión cuando lanzaba salidas semejantes. Insistió en su afirmación de que el universo funcionaba según su conveniencia para observar mi silenciosa rebeldía contra tal pretensión.—No lo permitiré—repitió.—Abra usted la puerta.—

Sacó fuera la yegua y se detuvo en la puerta de la cocina.

—Entremos,—dijo.—Vamos a beber algo caliente.—

Le seguí a la cocina. Hallábase allí su mujer con su hijo. La mujer era delgada y frágil; parecía tenerle miedo. Las gentes de la comarca decían que la había tomado en pago de una deuda atrasada. El padre de la joven le debía algún dinero que no podía pagarle.

—Pensé que era tiempo de tomar mujer, —me había dicho Hazen algunas veces.

El niño estaba en el suelo. La mujer tenía lista para nosotros una bebida caliente compuesta de leche, huevos y ron. Bebimos, y Hazen se arrodilló en el suelo al lado del niño. Era un chiquillo que no había cumplido aún dos años. Es algo terrible de decir, pero yo aborrecía a este niño. Había cierta maldad en sus ojos infantiles. He pensado a veces que los demonios de uniforme gris deben haber procreado hijos semejantes en Francia. Era también deforme; tenía una pierna arqueada. Las mujeres de la vecindad decían en ocasiones que sería mejor que se muriese. Pero Hazen Kinch le amaba. Lo levantó en sus brazos con extraño movimiento apasionado, y el niño le miraba muy serio. Cuando se acercó la madre, el chiquillo le echó los brazos, y Hazen dijo con rudeza:

—¡Quítate de allí! ¡Déjalo en paz!—

Ella se retiró furtivamente, y Hazen me preguntó mostrando al niño:

—Hermoso muchacho, ¿verdad?—

Nada contesté, y el hombre, con su vieja voz cascada, comenzó a murmurar palabras cariñosas al chiquillo. Muchas veces me he preguntado si su amor por este niño podía redimir al padre, o si servía simplemente para hacerle vulnerable. Cualquier daño que pudiera sobrevenir al niño sería, sin duda alguna, un rudo golpe para Hazen.

Puso al chiquillo de nuevo en el suelo y dijo bruscamente a la mujer:—¡Cúidalo bien!—Ella asintió con la cabeza. Había muda sumisión en sus ojos; pero a través del velo de impasibilidad había descubierto yo de vez en cuando la chispa del sufrimiento.

Hazen salió sin añadir otra palabra, y yo le seguí. Nos acomodamos en el trineo, arropándonos en las mantas para el trayecto de seis millas que debíamos recorrer por la resbaladiza carretera a la ciudad. Había una sensación de tempestad en la atmósfera. Miré el cielo, y lo mismo hizo Hazen Kinch. Adivinó lo que yo pensaba y me contestó antes de que hubiera yo pronunciado una palabra.

—No permitiré que se desate la borrasca, —dijo, echándome una mirada equívoca.

A pesar de todo, yo sabía que la tempestad se desencadenaría. La yegua salió del establo, abriéndose camino por un sendero resbaladizo y lleno de obstáculos. Sus cascos batían una marcha rápida; los patines del trineo cantaban a nuestra espalda. Llegamos al puentecillo, lo cruzamos y emprendimos la cuesta de una milla de largo hasta la cima de la colina de Rayborn.

El camino de la casa de Hazen a la ciudad estaba formado de subidas y bajadas por este estilo.

En lo alto de la colina nos detuvimos un instante para que tomara aliento la yegua, precisamente enfrente de la inmensa y vieja casa de Rayborn que se ha mantenido allí por más tiempo de lo que todos nosotros podemos recordar. Estaba cerrada, con las persianas caídas, y desierta; y Hazen, señalándola con su látigo, me dijo:

—Los Rayborn eran una mala e imprudente ralea.—

Yo había conocido únicamente a uno de ellos, el hijo menor. Me parecía un joven muy simpático. Cierto día de octubre, mientras cosechaba las manzanas de su huerto, cayó de un árbol y se rompió el cuello. Su viuda trató de continuar manejando la granja; pero se vió obligada a pedir dinero prestado a Hazen, y éste la despojó de su propiedad tres meses más tarde. Era uno de los males más insignificantes que había hecho. Miré la casa y después le miré a él; Hazen arreó su yegua con la voz, y pronto nos hundimos en el empinado valle que forma la base de la colina.

El viento se encañaba en est evalle, y había montones de nieve por todas partes y en medio del camino. Los montones estaban bien apretados por el viento; pero al tratar de ascender por uno de ellos, el patín izquierdo delantero resbaló por el borde, y Hazen y yo caímos rodando entre la nieve. Nos encontrábamos completamente enredados en las mantas. La yegua dió un bote brusco; pero Hazen no había abandonado las riendas ni el látigo, de manera que el animal tuvo que obedecer. Nos levantamos, arreglamos el trineo y lo colocamos de nuevo en el camino. Recuerdo que el frío se hacía más intenso y que el sol se había apagado. Un velo gris acero cubría toda la bahía.

Cuando enderezamos el trineo Hazen se adelantó, manteniéndose al lado de la yegua. Quizá otro hombre, culpando al animal sin motivo, le habría castigado; pero Hazen no era de esta clase. Pude observar, sin embargo, que estaba encolerizado, y no me sorprendió verle coger a la yegua por una oreja. Obligó al animal a bajar la cabeza y le retorció la oreja perversamente; todo en silencio mortal.

La yegua dió un resoplido y trató de encabritarse; entonces Hazen golpeó con el mango de su látigo las rodillas del animal. La yegua quedó quieta, estremeciéndose, y él se prendió de nuevo de la oreja.

—Ahora,—dijo suavemente,—procura seguir el camino.—

Volvióse y se encaramó en su sitio a mi lado en el trineo. Me mantuve silencioso. Podía haber intervenido, pero algo me impedía siempre rozar con mis manos a Hazen Kinch.

Echamos a andar, y pudo notarse que la yegua cojeaba. Aun cuando Hazen la arreaba, avanzábamos lentamente a la ciudad; y antes de que llegáramos a la oficina de Hazen la nieve se precipitaba en torbellinos de copos apretados y remolinantes que fustigaban como una blanca y pesada mano.

Dejé a Hazen al pie de la escalera que conducía a su oficina y me despedí para ocuparme de mis asuntos del día. Cuando me retiraba dijo él:

—Véngase por aquí a las tres.—

Asentí con la cabeza, aun cuando creía imposible que pudiéramos regresar aquella tarde. Conocía algo de borrascas.

Lo que me traía a la ciudad no era muy complicado. Tuve tiempo de pasar por el establo y ver cómo seguía la yegua de Hazen. Tenía las rodillas hinchadas y había salido un poco de sangre. El caballerizo había curado el golpe, y juraba contra Hazen en mi presencia. Nevaba todavía, y el dueño del establo, mirando los remolinantes copos, lanzó un escupitajo, diciendo:

—Esas piernas se pondrán cada vez más tiesas. La yegua no podrá regresar esta noche.

—Creo que tiene usted razón,—repliqué.

—¡Viejo canalla patilludo!—exclamó, refiriéndose a Hazen.

A un cuarto para las tres me dirigí a la oficina de Hazen. No podía casi llamarse oficina; y no porque Hazen no pudiera procurarse una mejor. Era un cuarto obscuro en el desván, después de subir dos pisos. Una pequeña estufa, herméticamente cerrada, conservaba la temperatura de la estancia a elevada tensión. El cuarto estaba asimismo herméticamente cerrado. Había una mesa, dos sillas, y una caja de hierro en un rincón. Hazen confiaba en su caja

en forma patética. Por mi parte, creo que hubiera podido abrirse con un destornillador. Me crucé con él cuando subía las escaleras.

—Voy al teléfono,—me dijo con tono acre.—Me dicen que los caminos están impasables.—

No tenía teléfono en su oficina; usaba el de la tienda de abajo, pequeña economía, muy propia de Hazen Kinch.

—Le aguardaré en la oficina,—díjele.

—Siga usted,—consintió, a medio camino de las escaleras.

Subí a su oficina y cerré las llaves de la estufa, caldeada al rojo. Quise abrir una de las ventanas, pero estaba asegurada con clavos. Luego oí que Hazen subía las escaleras, rezongando.

—¡Al diablo con la nieve!—dijo.—El alambre está roto.

—¿En qué conexión?—pregunté.

—¡Con mi casa, hombre, con mi casa!

—¿Quería usted telefonear a su casa que? . . .

—No puedo ir esta noche a mi casa. Usted tendrá que irse al hotel.—

Yo asentí de buena gana.

—Perfectamente. ¿Usted también, supongo?

—Yo dormiré aquí,—replicó.

Miré en torno. No había lecho, ni diván; tan sólo un par de rígidas sillas. Observó mi mirada y dijo molesto:—He dormido en el suelo otras veces.—

Siempre me interesaba el proceso mental de aquel hombre.

—¿Usted quería telefonear a Mrs. Kinch para que no se preocupe?—indiqué.

—¡Psh! ¡Ya puede ella preocuparse cuanto quiera!—replicó Hazen.—Lo que quiero es saber del chico.—Sus ojos brillaron; se frotó las manos ligeramente, riendo con satisfacción.—¡Hermoso muchacho, señor! ¡Hermoso muchacho!—

En aquel momento oímos a Doan Márshey que subía las escaleras. Oímos sus pasos vacilantes cuando emprendía la ascensión del último piso, y parecía que las orejas de Hazen se enderezaban a este rumor. Luego se sentó muy quieto y quedó observando la puerta. Los pasos se escuchaban más cercanos; detuviéronse en el pequeño y obscuro pasillo delante de la puerta, y alguien removió la perilla de la entrada. Cuando se abrió la puerta vimos quien era. Yo conocía a Márshey. Vivía un poco más lejos que Hazen, en la misma dirección. Ocupaba una cabaña de dos cuartos—mal podía llamársele otra cosa—con su mujer y cinco niños; vivía mezquina y penosamente, arrastrándose en busca del pan cotidiano, arrancando vida a la tierra: vida y nada más. Era un hombre flaco, de flacura angulosa, con el cuello echado hacia adelante, el rostro huesoso y un bigote que caía tristemente sobre la boca. Sus ojos tenían expresión humilde y fatigada.

Detúvose en el umbral, pestañeando; y con sus manos enguantadas, torpes y rígidas por el frío, desenrolló la andrajosa bufanda que envolvía su cuello y sacudió débilmente la nieve que cubría su cabeza y sus hombros. Hazen exclamó encolerizado:

—¡Entre usted! ¿Quiere que mi estufa caliente toda la ciudad?—

Doan se deslizó al interior, cerrando la puerta tras sí. Dijo con humildad sonriente y en tono deprecatorio:—¿Cómo la pasa usted. Mr. Kinch?—

Hazen interrogó:—¿De qué se trata? Está usted debiendo intereses.—

Doan movió la cabeza afirmativamente.

—Sí; ya lo sé, Mr. Kinch. No puedo pagárselo todo.—

Kinch exclamó con impaciencia:—¡Siempre la misma historia! ¿Cuánto puede usted pagar?

—Once dólares cincuenta centavos,—respondió Doan.

—Debe usted veinte.

—Espero pagárselos cuando las gallinas comiencen a poner.—

Hazen rió desdeñosamente.

—¡Espera usted pagarlos! ¡El diablo me lleve, Márshey, si no lo hubiera echado a la calle en medio de la nieve, si su vieja granja valiera siquiera la pena de tomarla, viejo pícaro!—

Doan suplicó sombríamente:—¡No haga eso, Mr. Kinch! Tengo voluntad de pagar.

Hazen golpeó la mesa con el puño.

—¡Al diablo! ¡Vamos a ver! ¡Déme lo que tenga! Y luego, Márshey, búsquese el resto. Estoy cansado de esperarle.—

Márshey se acercó temerosamente a la mesa. Hazen estaba sentado al frente,

quedando la mesa entre ambos hombres, y yo me encontraba un poco más atrás, a un lado de Hazen. Márshey se aproximaba pestañeando, y sus ojos débiles de miope volvíanse de Hazen a mí. Pude observar que el hombre estaba rígido de frío.

Cuando llegó al extremo de la mesa opuesto a Hazen se quitó sus gruesos guantes. Sus manos estaban azuladas. Colocó sus guantes sobre la mesa, metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su raída chaqueta y sacó una pequeña bolsa de paño, que se puso a registrar dejando oír el roce de monedas. Sacó dos piezas de a veinticinco centavos y las depositó en la mesa delante de Hazen, quien las cogió inmediatamente. Yo veía que los dedos de Márshey se movían pesadamente; casi podía oírlos rechinar de frío. Luego metió otra vez la mano dentro de la bolsa.

Algo resbaló por la abertura del pequeño bolsillo de paño y cayó sin ruido sobre la mesa. Parecióme que era un billete de papel moneda corriente. Iba a hablar, cuando observé que Hazen, sin la menor vacilación, puso su mano sobre aquello y lo atrajo disimuladamente hacia sí. Cuando levantó la mano, el dinero—si dinero era—había desaparecido.

Márshey sacó un pequeño rollo de billetes manoseados. Hazen se apoderó del paquete y contó el contenido rápidamente.

—Está bien,—dijo.—Once cincuenta. Le daré a usted su recibo. Pero fíjese en lo que le digo, Doan Márshey; búsquese el resto antes de que se acabe el mes. He sido demasiado paciente con usted.—

Márshey, mientras miraba a Hazen escribir el recibo, doblaba la bolsa de paño y la guardaba de nuevo en su chaqueta. Hazen desgarró de su libro el pequeño trozo de papel y se lo entregó. Doan lo tomó, diciendo humildemente:—Gracias, señor.—

Hazen inclinó la cabeza.

—¡Acuérdese de lo que le he dicho!—exclamó; y Márshey replicó:—Haré todo lo posible, Mr. Kinch.—

Luego volvióse, cruzó furtivamente el cuarto y salió al pasillo; poco después le oíamos bajar las escaleras.

Cuando hubo salido pregunté a Hazen con indolencia:—¿Qué fué lo que dejó caer en la mesa?

—Un dólar,—replicó Hazen prontamente;—un billete de a dólar. ¡El miserable!—

El proceso mental de Hazen era siempre muy interesante para mí.

—¿Intenta usted devolvérselo?—pregunté.

Él quedó mirándome y se echó a reír:—¡No! Si no sabe cuidar de su dinero, peor para él.

—Sin embargo, ese dinero le pertenece.

—Me debe mucho más.

—¿Se lo pondrá usted en su cuenta?

—¿Soy un loco, acaso?—me preguntó Hazen.—¿Tengo cara de ser tan insensato?

—Él puede argüir que usted lo ha encontrado.

—Él pierde un dólar; yo encuentro un dólar. ¿Puede probar que es suyo? ¡Psh!—Y Hazen se echó a reír de nuevo.

—Si tiene un poco de valor, puede decir que usted le roba,—sugerí.

No temía irritar a Hazen. Siempre me dejaba él hablar libremente; parecía encontrar cierto sombrío placer en observar mi antipatía por él y por sus normas de conducta.

—Si ese hombre tuviera un poco de valor no me pagaría ochenta dólares anuales sobre un préstamo de ciento,—profirió Hazen, sonriendo con aire de triunfo.

—Me sorprendería verle regresar,—añadió.—Además, me ha mentido. Me dijo que once dólares cincuenta era todo lo que tenía.

—Sí,—asentí.—No hay duda de que mintió.

Hazen tenía que escribir una carta y se puso a la obra. Yo me senté al lado de la estufa a contemplarle y a pensar. No había terminado su carta cuando oímos que regresaba Márshey. Sus pasos vacilantes en la escalera no podían equivocarse. Al ruido de sus fatigados pasos una ola de indignación me invadió.

Pensé violentar a Hazen Kinch; pero . . . cierto impulso más hondo detuvo mi mano.

Márshey entró, y sus cansados ojos recorrieron la habitación. Escudriñaron el suelo; me escudriñaron a mí; escudriñaron la mesa de Hazen, y por último se alzaron humildemente hasta Hazen Kinch.

—¿Y bien?—preguntó éste.

—He perdido un dólar,—explicó Márshey.—Me ocurrió que se me hubiera caído aquí.—

Hazen arrugó el ceño.

—Usted me dijo que lo único que tenía era once dólares cincuenta.

—Ese dólar no era mío.—

El usurero rió.

—¡De veras! ¿Quién iba a darle a usted un dólar? Usted mintió o está mintiendo ahora. No creo que haya perdido usted ningún dólar.—

Márshey repitió débilmente:—He perdido un dólar.

—Bueno,—dijo Hazen;—no hay ningún dólar suyo aquí.

—Era para comprar un remedio,—dijo Márshey.—Ese dólar no era mío.—

Hazen Kinch exclamó:—¡Por Dios! ¡Creo que usted me acusa!—

Márshey levantó ambas manos en actitud de súplica.

—¡No, Mr. Kinch; no, señor!—Sus ojos vagaron de nuevo por el cuarto.—Quizá lo he dejado caer en la nieve,—agregó.

Dirigióse a la puerta. Aun en medio de su lenta retirada veíase el ansia trémula de escapar. Salió y descendió las escaleras. Hazen me miró, con su viejo rostro lleno de arrugas regocijadas.

—¿Lo ve usted?—dijo.

Me separé de él poco después y salí a la calle. De camino al hotel me detuve en una botica para comprar un habano. Márshey estaba allí hablando con el boticario. Oí a éste que decía:

—No, Márshey; lo siento mucho. Pero me han estafado muchas veces.—

Márshey inclinó la cabeza humildemente.

—No esperaba que usted confiara en mí,—dijo.—Está bien; no esperaba que usted hiciera otra cosa.

Tuve el impulso de darle el dólar que necesitaba, pero no lo hice. Una fuerza todopoderosa me obligaba a mantenerme apartado de este asunto. No sabía lo que esperaba; pero sentía la inminencia del destino. Cuando me vi de nuevo en medio de la nieve parecíame que el rumor de la borrasca era semejante a la fricción lenta de piedras de molino, en roce continuado.

Medité un gran rato acerca de Hazen Kinch antes de que el sueño acudiera a mis párpados aquella noche.

Hacia la mañana cesó probablemente de caer la nieve; el viento aumentó, labrando los montones, hasta la salida del sol, y luego cayó bruscamente. Encontré a Hazen en la oficina de correos a las diez, y díjome:—En este instante me voy a casa.

—¿Podrá usted llegar?—

Él se echó a reír.

—Llegaré,—dijo.

—Tiene usted mucha prisa.

—Quiero ver a mi chico,—dijo Hazen Kinch—¡Un hermoso chico, hombre; un hermoso chico!

—Estoy listo,—dije.

Cuando emprendimos la ruta, la yegua cojeaba; pero poco a poco fué cediendo la rigidez de sus piernas, y, después de una milla o dos de andar trabajoso, tomó una marcha bastante regular. Hacía buen tiempo.

Hazen habló mucho de su hijo en todo el trayecto. Yo hablaba muy poco. Desde la curva de le colina de Rayborn se divisaba su casa; Hazen tendió el látigo sobre el lomo de la yegua, y descendimos aquella última bajada a una velocidad que me hacía perder el aliento. Cerré los ojos y me envolví en las mantas completamente para defenderme del frío cortante, y no los abrí de nuevo hasta que entramos al patio de Hazen, dejando un surco en la nieve floja.

Cuando nos apeamos, Hazen exclamó alegremente:

—¡Ajá! Ahora, hombre, entre usted a calentarse y a ver al chico. ¡Hermoso muchacho!—

Llegó a la puerta antes que yo; yo entré pisándole los talones. Entramos a la cocina al mismo tiempo.

La cocina de Hazen servía de sala de recibo y aun de dormitorio en los días más fríos del invierno. Este arreglo economizaba combustible. Había un lecho contra la pared del fondo enfrente de la puerta. Cuando entramos, una mujer se enderezó rígidamente de este lecho, y pude ver que era la esposa de Hazen. Pero había un cambio en toda su persona. Aparecía helada como un trozo de frío hierro, y tenía una especie de fuerza oculta.

Hazen se dirigió a ella con impaciencia: —¡Bien! ¡Estoy en casa! ¿Dónde está el niño?—

Ella le miró, y sus labios se movieron sin

producir un sonido. Los apretó entonces y los volvió a abrir. Esta vez pudo hablar:

—¿El niño?—dijo a Hazen.—¡El niño ha muerto!—

La mal alumbrada cocina quedó en silencio letal por algunos minutos. Yo me sentí respirar hondamente, casi con alivio. Aquel algo que esperaba había llegado. Miré a Hazen Kinch.

Era siempre un hombrecillo delgado. Ahora habíase encogido más y estaba muy pálido y muy quieto. Únicamente su rostro tenía una contracción nerviosa. Uno de los músculos de su mejilla se contraía y saltaba, saltaba, sobre su boca. Era como si sintiera deseos de sonreír. Aquella sonrisa saltante, contenida, sobre el rostro pálido y torturado, era terrible. Pude ver cómo se retiraba la sangre de la frente, de las mejillas. Estaba blanco como un espectro.

Pasado un momento, trató de hablar. No sé lo que pretendió decir; pero repitió, como si no hubiera oído las palabras de su mujer, la misma pregunta que lanzó al principio. Dijo con voz ronca:—¿Dónde está el niño?—

Ella dirigió una mirada al lecho, y los ojos de Hazen siguieron la misma dirección; luego, con pasos cortos y vacilantes, se aproximó al lecho. Yo le seguí; y contemplé allí el miserable cuerpecillo deforme. La mujer había tratado de conservarle caliente, abrigándole con su propio cuerpo. Probablemente lo tenía en brazos cuando llegamos. Los revueltos cobertores, las almohadas retorcidas, decían la horrible intensidad del pesar.

Hazen miró el cuerpecillo. No hizo ademán de tocarle, pero le oí murmurar para sí:—¡Hermoso muchacho!—

Después de un instante, miró a su mujer. Ella pareció sentir una acusación en sus ojos. Dijo:—Hice todo lo posible.—

Hazen preguntó:—¿Cómo fué?—

A pesar de que tenía bastantes razones para despreciar a aquel hombre, no podía menos que compadecerle.

—Tosía,—dijo la mujer.—Yo sabía que era el garrotillo. Tú sabes que te había pedido que trajeras el remedio, ipecacuana. Tú dijiste que no era nada, que no había necesidad . . . y te fuiste.—

Miró a través de la ventana.

—Fuí a buscar quien me ayudara . . . donde Anne Márshey. Sus hijos habían tenido la misma enfermedad. Su marido iba a la ciudad, y ella me dijo que él me compraría la medicina. No le dijo que era para mí. Doan no habría querido hacerlo por ti. Él no sabía. Así le di un dólar a Anne para que su marido me trajera el remedio.

Márshey llegó anoche en toda la borrasca. El chico estaba mal, y yo estaba ansiosa esperando el remedio. Lo detuve al pasar y le pedí la ipecacuana. Cuando comprendió de lo que se trataba, me dió razón. No traía la medicina.—

La mujer hablaba sombríamente sin demostrar emoción.

—Todavía hubiera sido tiempo, aun entonces,—dijo.—Pero más tarde, después de esto, murió el niño.—

Comprendí en aquel momento los juicios de Dios. Y al mirar a Hazen Kinch pude observar que él también comenzaba a comprender. Hay una justicia en las crueles decisiones de un Dios irritado. Hazen Kinch prosiguió en sus preguntas:

—¿Por qué . . por qué no trajo Márshey la medicina?—

Ella contestó en voz baja:—No quisieron fiársela en la botica.—

La boca de Hazen Kinch se contrajo; levantó las manos.

—¡El dinero!—exclamó—¡El dinero! ¿Qué había hecho del dinero?

—Dijo,—contestó la mujer,—dijo que lo había perdido . . . en tu oficina; que había perdido allí el dinero.—

Después de un instante, el viejecillo usurero cayó hacia atrás, deshecho en su agonía. Su cuerpo estaba convulso, su rostro era terrorífico. Su boca reseca se abrió en un espasmo.

¡Lloraba!

De vuelta a mi casa me detuve en mitad de la colina para mirar hacia atrás y a todo el contorno. La vasta eminencia, cubierta de nieve, dominaba el terreno, la casa de Hazen Kinch, inconmovible, muda, inescrutable.

Sabía yo ahora de cierto que un Dios justiciero y pensante existía en aquellas colinas.

INTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA DE LA CREDULIDAD HUMANA[1]

POR

JÓSEPH JÁSTROW

La crítica del espiritismo comprende dos problemas: el origen psicológico de este sistema y el valor de los testimonios que ofrece en prueba. El espiritismo, como otras doctrinas, tiene su origen psicológico en la necesidad de creer, ya sea por llenar vacíos de la lógica ante falsos misterios o realidades ignotas, ya sea por encontrar alivio a dolores que no puede mitigar lo real. En cuanto a los "hechos" que el espiritismo presenta como prueba, o son grosera superchería o representan alucinaciones personales. Sin embargo, se preguntan muchos: ¿Cómo explicar que eminentes hombres de ciencia acepten farsa semejante? Si el espiritismo es artificio vulgar, ¿cómo se concibe que un Lodge, un Lombroso, un Morselli, un Wállace, un Crookes, un Bárrett, se hayan comunicado con los "espíritus" y defiendan el espiritismo? El hombre de ciencia no está exento de ofuscamientos emocionales. En la mentalidad de los sabios puede haber ciertos vacíos, reservados para el libre juego de las emociones, en los cuales no penetra la lógica. En intelectos consagrados a la labor crítica y experimental del laboratorio se presentan esas "áreas mentales" de fe o credulidad. Esta hipótesis explica aberraciones como la de Sir Óliver Lodge, defendiendo sandeces espiritistas que destruirían los principios de física que él mismo expone. Dentro de aquellas áreas, algunos hombres de ciencia sienten y piensan como el común de los mortales, con la candorosa credulidad de los ignorantes. Pero no todos los hombres de ciencia claudican, y cuando algún sabio abusa en tal forma de su prestigio, sus colegas le censuran. Charles Mércier dice que mientras Lodge ofrezca sólo interpretaciones de hechos en lugar de hechos, no merece ni siquiera ser oído. Sir Édward Clodd le tilda de protector de quirománticos.

Tales son las ideas expresadas en el artículo que reproducimos a continuación.—La Redacción.

EN LOS actuales días saturados de tendencia científica, dos son los problemas que implica el renacimiento de la creencia en lo espiritual como hipótesis defendible, tal vez inevitable, para explicar autorizadas observaciones de reputados narradores. El primero se refiere al fundamento de la fuerte inclinación hacia aquella creencia y los fenómenos psicológicos por los que la creencia gana adeptos. El segundo estudia las pruebas y estima su valor. La primera investigación es principalmente psicológica; la segunda, principalmente lógica. Pero ambas se tocan y afectan recíprocamente, en particular porque buena parte de la prueba demanda explicación psicológica de alguna especie. En el renacimiento de la creencia en espíritus y en la credibilidad general de los supuestos fenómenos que explican esa creencia, encontramos tanto una inclinación a creer como el significado y valor del aparato de prueba presentado en apoyo de la creencia: prueba que compele a algunas mentes a recurrir a la hipótesis espiritista, sea voluntariamente o con recelo.

Tal necesidad deriva en gran parte su fuerza impulsora de la disposición mental. Aparece en todas las creencias que tienen profundo tono de emoción, y en virtud de ello, índole personal. El hombre es un animal imperfectamente lógico. La satisfacción que busca y obtiene en sus creencias depende de su naturaleza toda, en la que las partes emocional y estética son comúnmente las más fuertes. El hombre anhela pensamientos placenteros y hermosos. La función más directa de la creencia es regir la conducta; en asuntos ordinarios, los hombres deben creer lo que consideran la verdad o aceptar el sufrimiento. Pero aun entre esos asuntos hay gran diversidad, y la vida ordinaria ha sido regulada con aceptación y beneplácito por todo género de "sistemas" que resultaron luego ser vanos o absurdos para la generación siguiente: así lo atestiguan los numerosos sistemas de curación y medicina que, después de seguir su curso, fueron relegados entre los despojos del pensamiento. Con todo, hoy reaparecen en nuevo engaste y dan vida a cultos modernos, empleando como piedra angular del templo la piedra que rechazaron los arquitectos de la ciencia. La creencia en espíritus no se presenta aislada en sus resurrecciones o reencarnaciones sucesivas.

[1]Propiedad registrada por *The Forum*, en 1920. Traducido y publicado por permiso especial.—La Redacción.

Olas mentales, misticismo oriental, teosofía, curas de fe, "demostraciones" mediante una especie de *fiat* verbal de negación de las enfermedades, quiromancia, astrología y frenología: todas las creencias pueden florecer en el hospitalario suelo moderno; todas presentan fases susceptibles de impresionar a mentes crédulas, todas despliegan formidable aparato de prueba para ganar consideración lógica.

LAS MENTES CRÉDULAS

En muchas circunstancias de la vida, la relación entre la teoría y la práctica, entre lo que creemos y lo que hacemos, es tan remota y elástica que admite vacíos y discrepancias sin estorbar al creyente ni revelarse con claridad a quienes tienen el privilegio de ver las dotes mentales. Las creencias directamente prácticas están exentas de costosa especulación. Si fueran groseramente falsas o raras, conducirían al desastre al pronunciarse con demasiada violencia contra la dura realidad. Aun quienes sostienen que pensar en la posesión de un crédito de salud o un crédito bancario equivale a poseerlos, saben que sus giros sobre este capital no serán honrados por un mundo insensible. Aparte de ello, hay campo infinito para inversiones especulativas que rinden dividendos en la satisfacción que producen. Las creencias se alimentan por discernimiento intelectual y por consuelo, y por motivos compuestos de ambos elementos.

En cuanto a la creencia en la comunicación con los muertos habrá hoy como ayer, gracias a los servicios de alguno de las adeptos especialmente dotados, muchos creyentes de diversas clases que, impulsados en gran parte por su inclinación, no requieran pruebas numerosas para aceptar ideas que son las suyas. Tales mentes no demandan normas de lógica inflexible, ni acaso las comprenderían. Sólo cuando se encuentran muy por debajo del nivel aceptable llámaselas groseramente crédulas o candorosas. Mayor interés despiertan las mentes que tienen norma liberal y aun más que liberal en sus creencias, pero que en casi todas sus inversiones intelectuales despliegan juiciosa prudencia y aun habilidad proficiente en situaciones y argumentos que requieren altas facultades racionales. Gracias a tales sostenedores, la creencia en el espiritismo asume el prestigio de la personalidad de quienes la aceptan. Es manifiestamente cierto que la creencia en "espíritus" goza del favor público debido a la aceptación que encuentra entre aquella clase de personas. Nos corresponde pues la desagradable tarea de analizar las aptitudes de los sostenedores más influyentes de estas ideas entre nuestras relaciones y demás individuos estimables y caracterizados.

Examinando las diversas clases de pruebas podemos hacer menos aborrecible y más provechosa la tarea. Conviene observar que en el moderno espiritismo, que data del renacimiento de 1848 en los Estados Unidos, o en cualquiera de las reapariciones más recientes de esa doctrina, los tipos de prueba ofrecen poco que no se encuentre en creencias análogas de tiempos anteriores. Los rasgos nuevos consisten en la tentativa de aplicar a la prueba normas científicas y severas de laboratorio, así como algunas innovaciones algo técnicas. Hay fenómenos físicos que aparentemente burlan las leyes reconocidas sobre composición de la materia; y hay fenómenos psicológicos (a menudo llamados psíquicos) cuyo rasgo característico es la posesión de un conocimiento o de facultades que no reconoce la psicología científica.

VÍCTIMAS DE EUSAPIA PALADINO

El ejemplo más reciente y más generalmente admitido de la prueba psíquica es el famoso "caso" de Eusapia Paladino. Esta analfabeta italiana convenció de sus poderes sobrenaturales al profesor Lombroso en 1892; y por este medio se convencieron el profesor Richet, de París, varios hombres de ciencia en Inglaterra, particularmente Sir Óliver Lodge y Mr. F. W. H. Myers, surgiendo luego sostenedores cada vez más numerosos en todas partes, inclusive nuestra nación, Mr. Cárrington, norteamericano, ha dedicado un volumen al relato y reconocimiento de la carrera de Eusapia. Sin embargo, en sus veinte años de servicio como "médium," algunos críticos han atestiguado que nada hay de extraordinario y sí mucho de sospechoso en sus manifestaciones, y han descubierto con frecuencia sus groseras trampas. No obstante, se la

hizo objeto de "investigaciones" a favor de pruebas esmeradas y científicas realizadas por hombres de competente criterio científico, quienes declararon el caso "verdadero." Mr. Cárrington, que ha descubierto la superchería de muchos médiums, resume así el caso:

"Eusapia es real; pero, por cuanto sé, es casi *única*.... Puede decirse que en ella culmina y se enfoca ahora el aspecto testimonial del fenómeno psíquico del espiritismo." Si Eusapia es una impostura, la doctrina toda resulta "absoluta, irreparablemente echada abajo." En 1910 dos observadores se situaron clandestinamente bajo la mesa que la Paladino levantaba o hacia oscilar sin contacto, movimiento que constituía la culminación de sus experimentos. Con los ojos a algunas pulgadas del amaestrado pie de Eusapia, vieron que ésta lo metió bajo la pata de la mesa, levantándola. Nada era más recóndito en el repertorio de Eusapia, nada había contribuído más a su maravillosa reputación. Para un observador exento de prejuicio y sabedor de las posibilidades de superchería, los experimentos de Eusapia eran, si no fáciles de comprenderse, al menos sospechosos e insípidos.

Mas se preguntará: ¿por qué tantos observadores competentes aceptaron esos experimentos triviales como prueba de la verdad del espiritismo? O los distinguidos observadores eran incapaces, por preparación y temperamento, de pronunciarse sobre experimentos de esa clase, o tenían prejuicios tales en favor de la hipótesis "espiritista" que resultaban completamente inhabilitados para el propósito. En algunos casos, puede aplicarse la primera aseveración; en otros, la segunda, y ambas con benévolas concesiones. No es posible dar por sentado que todos los hombres de ciencia, físicos, biólogos o psicólogos, sean capaces de descubrir el fraude en virtud de su preparación científica; puesto que, entre tal incompetencia y la suposición de comunicaciones espiritistas, hay una discrepancia de proporciones colosales. Ello nos recuerda el caso de aquel testigo que halló al caballerizo y el atelaje en el establo, sin encontrar al caballo, y concluyó que el caballerizo se había comido al caballo. Ambas suposiciones explican los "hechos," pero ¡a qué precio para la compatibilidad lógica y los demás fenómenos e hipótesis que demanda la tarea diaria y razonable del pensamiento y de la acción!

El tipo central del fenómeno "psíquico" o espiritista es la revelación que la médium hace de informaciones sobre asuntos personales del sujeto, inclusive detalles aparentemente tan fuera del alcance mental de la médium (la hembra es más terrible en las especies) como la mesa y la pandereta están fuera del alcance de los pies o manos que las hacen mover. Ambos casos suscitan controversia por la negativa, proceso de argumentación siempre difícil y a veces lleno de sinrazón. Asegúrase solemne y reiteradamente al crítico escéptico que la médium *no podía de modo alguno* hacer esto o conocer aquello; que no había posibilidad de embuste; que se realizaron severas pruebas; que los testigos eran honrados; y que, por consiguiente, el fenómeno se debió a espíritus, a la telepatía o a algo oculto y misterioso en suma; a un poder "psíquico" de especie rara, no ejercido por los ordinarios mortales y dogmáticamente negado por hombres de ciencia, víctimas del prejuicio, quienes jamás lo han conocido por "experiencia" propia.

LA FAMOSA MÉDIUM, MRS. PÍPER

El más famoso de los casos "psíquicos" es Mrs. Píper, a quien puede calificarse como el médium autorizado de los "investigadores psíquicos" que han abandonado esta vida. Mrs. Píper es evidentemente una mujer seductora y hábil que ha hecho no poco por aliviar el tedio de las aparatosas sesiones espiritistas. El deporte psíquico ordinario de visitar médiums se asemeja al de visitar barrios pobres; Mrs. Píper eleva la profesión al agradable nivel de obra intelectual, placentera y digna de respeto.

En su sesión con Mrs. Píper, el doctor Hall inventó una sobrina ficticia, cuyo espíritu acudió, sin embargo, a revelar detalles íntimos, tan "testimoniales" como casi todas las revelaciones de Mrs. Píper. En la carrera de Mrs. Píper, hay un extraño incidente: cierta vez confesó los medios naturales de que se valía para servir de médium, aunque pronto se retrajo de su confesión. Es evidente que los médiums de "clase superior" no están exentos de las

dudosas maniobras de los de la clase común. Los motivos mercenarios no son tampoco los únicos que deben considerarse. Debe tenerse en cuenta igualmente la tendencia a mistificar, la satisfacción de la notoriedad, las condiciones de una constitución neurótica, así como lo que Húxley llamaba el franco mentir de personas cuya palabra no puede dudarse.

Bérnard Shaw, más directamente, dice:

> Es inútil emplear paliativos respecto de cuentos de fantasmas: la existencia de un mentiroso es más probable que la existencia de un fantasma.

En las sesiones espiritistas (excepto en la clase más simple de espiritismo, en que la revelación requiere sólo destreza), el médium no está sujeto a investigaciones, al menos concluyentes, sin la cooperación del médium mismo. Del mismo modo que un paciente, el médium debe contribuir a la diagnosis, si no formularla. El psicólogo no es un adivinador del pensamiento, como no lo es el médium; de lo contrario aquél no ocuparía una cátedra tan mal pagada. El doctor Stánley Hall escribió oportunamente sobre Mrs. Píper:

> ¡Ojalá publicara una *biografía íntima* absolutamente franca o una honrada confesión de sus impresiones femeninas en el asunto! Creo que si ella quisiera, podría hacer más luz sobre su caso que la que han hecho quienes la estudiaron hasta ahora.

Las hermanas Fox, al llegar a la madurez, confesaron cómo se habían iniciado en el movimiento espiritista (1848), figurando como niñas traviesas o histéricas que se dislocaban las coyunturas y "arrancaban" así mensajes al más allá. El doctor Hall propone a Mrs. Píper concluir su carrera de igual modo. Así pues, en lo concerniente a los testimonios del espiritismo, es improbable que los médiums, en su propia personalidad, puedan tener acceso a los detalles íntimos y personales que dicen transmitir de los muertos a los vivos.

UN ASOMBROSO CASO AMERICANO

Aquí surge una complicación sutil. Los psicólogos reconocen el fenómeno de las expresiones disociadas, y, cuando el fenómeno se desarrolla, de las personalidades disociadas, más o menos permanente o periódico en ciertos casos, voluntariamente fingido o aceptado en éxtasis en otros casos. Casi todos los que han estudiado a Mrs. Píper sostienen que responde en estado de éxtasis, esto es, disociado de su personalidad consciente. Pero ignórase hasta qué grado la personalidad disasociada sabe lo que la personalidad normal dice. El límite es tan difícil de trazarse como entre la fe y la ficción en los niños, y aun más difícil. Automatismos semejantes pueden desarrollarse hasta un grado notable. En los Estados Unidos existe un caso asombroso, una personalidad atrayente y hábil, Patience Worth, mujer que comienza una revelación defectuosa, deletreando trabajosamente las palabras del tablero de una *ouija*,[2] y concluye escribiendo automáticamente y con fluidez una novela interesante y magistral: *Hope Trueblood.* Los editores de las obras de Mrs. Curran (nombre de la personalidad normal de la cual Patience Worth es el *alter ego* literario disasociado) aseguran que el conocimiento histórico, las escenas, el lenguaje, los incidentes, los sentimientos de esos escritos están fuera del alcance de la experiencia terrenal y la memoria consciente de Mrs. Curran. Mrs. Curran y sus editores son indudablemente sinceros, y este hecho extraordinario se encuentra libre de la sospecha que con frecuencia rodea las comunicaciones del espiritismo cuyos mensajes presentan igual nivel literario que el médium. Con todo, Mrs. Curran debe procurar la solución del misterio. La hipótesis espiritista no se cita para explicar sus dotes automáticas o inconscientes de escritora. La lógica de suponer que la llamada psicología científica no pueda explicar tales obras, y su contenido establece interesante punto de semejanza con la hipótesis "espiritista."

Y ahora debemos ocuparnos de otra fase de investigación que presenta un aspecto experimental del problema. La hipótesis de la "telepatía" supone la comunicación de la mente con la mente fuera de los reconocidos conductos de los sentidos. Los "investigadores psíquicos" han dedicado la mayor suma de sus energías y paciencia

[2] Tablero con las letras del alfabeto y algunos signos, sobre el que corre una pequeña pieza de madera bajo la presión de los dedos, contestando preguntas sobre el futuro: actualmente muy en boga en los Estados Unidos.—La Redacción.

a demostrar que la telepatía es poder ejercido por individuos excepcionales, pues si se llegara a demostrar que este supuesto poder existe, se usaría como medio para explicar muchos otros fenómenos en que abundan los anales del espiritismo. Laboriosa tarea técnica es la de sentar aun la presunción más ligera en favor de la telepatía. Debemos estar seguros de que los conductos ordinarios de comunicación, inclusive los medios sutiles de la sugestión, el sonsacamiento, la adivinación, la astuta inferencia y el indicio involuntario han sido completamente considerados. Luego puede presentarse la coincidencia; y a condiciones complejas no se aplica fácilmente la doctrina de las probabilidades. Pero la investigación de esta clase es científica, porque el *experimentador domina* las *condiciones* y organiza las pruebas, lo cual no sucede en la llamada sesión experimental espiritista. El descuido o la falta de penetración de parte del experimentador puede conducir a resultados aparentemente favorables. Basándose en el gran aparato de ciertos experimentos, algunos observadores ingleses sostienen que la telepatía está confirmada desde hace mucho tiempo, sin embargo de que algunas de las pruebas que aceptan (análogas a las del caso de Eusapia) han demostrado ser supercherías y ardides igualmente evidentes, imaginados para ocultar los indicios y las insinuaciones y burlar al investigador. Una vez más debemos manifestar que el investigador crítico debe destruir la asunción negativa de que la comunicación mental *no* se realiza por métodos reconocidos, revelando lo que son y cómo se efectúan aquellas maniobras sutiles. Esto no es lógicamente razonable, porque al sujeto telepático corresponde demostrar la realidad del fenómeno; no obstante, como ese sujeto considera satisfactorio un testimonio del todo insuficiente para el crítico, la única manera de proseguir la investigación es señalar la insuficiencia.

LA HIPÓTESIS TELEPÁTICA

Un investigador norteamericano, el profesor J. E. Cóover, trabajando bajo los auspicios de la Stánford Endowment for Psychical Research, expone con prolijidad convincente los requisitos para realizar un estudio completo de la hipótesis telepática. Ha llegado a una conclusión enteramente negativa: como en el caso de las serpientes de Irlanda, declara que *no hay telepatía.* Pero las razones por las cuales hay quienes creen en la existencia de las "serpientes" del espiritismo o están convencidos de haberlas visto son numerosas e intrincadas, constituyendo un verdadero problema. Entre los descubrimientos, sobresale la prueba de los *indicios subliminales* (a menudo llamados subconscientes) de pensamiento o tendencia o actitud, los cuales revelan la importancia de la vida mental inconsciente, exteriorizando de vez en cuando motivos y datos por lo común inadvertidos. El factor de la *analogía de los hábitos mentales* explica igualmente muchas coincidencias, que resultan así no ser simple casualidad, ni siquiera telepatía. Empleando, además, el mismo método prolijo de verificación, el profesor Cóover estudió los supuestos poderes de los médiums o agentes "psíquicos"—quienes prosperan en abundancia en la costa del Pacífico—y descubrió que, sometidos a debida prueba, tales poderes son tan nulos como los del hombre ordinario. Aceptar la telepatía ya en reemplazo de la hipótesis "espiritista" o en apoyo de ésta es edificar sobre arena.

Sólo cuando examinamos las pruebas que se ofrecen en favor del espiritismo, analizando de cerca los múltiples problemas que presenta, estamos en las condiciones debidas para estimar el valor de los testimonios de sus sostenedores y el valor del fenómeno que señalan como comprobación. Si agregamos otra clase de prueba a este sumario —que se reduce a un simple esbozo—habremos examinado una de las pruebas más notables y significativas con que el espiritismo ha conquistado adeptos recientemente entre personas de inteligencia ilustrada y crítica. Nos referimos a la espontánea aparición de muertos queridos, a las predicciones de muerte y a serios trances, que representan una profunda impresión personal. Esos fenómenos están exentos de la sospecha que inspiran las maniobras del médium; pero, por otra parte, adolecen de vaguedad e incertidumbre al ser relatados. No es posible descartarlos sin discernimiento, ni puede esperarse, en muchos casos, que ofrezcan otra cosa que una indicación

aparente de su origen. La explicación más probable es alguna falsificación de la memoria o de la percepción—lo que no equivale a una alucinación completa, aunque presenta analogía funcional—o tal vez una disociación mental por medio de la cual el creador de la impresión oculta el hecho de que autor y lector—revelador e intérprete—son uno, aun cuando la relación se encuentra tan sutilmente disfrazada que la revelación aparece como sorpresa. Este fenómeno es conocido en los sueños, y los sueños representan una forma de disociación. Mr. Gréenwood lo describe con exactitud al compararlo con lo que habría ocurrido en una creación literaria consciente.

si Shéridan, al escribir su *School for Scandal,* se hubiera preguntado por qué debía colocarse un biombo en la escena en el acto tercero, encontrando con sorpresa la respuesta al derribar el biombo.

Al revelarse la aparición o el presagio, al resolverse una investigación, las corrientes inconscientes de la imaginación pasan a un estado consciente, a veces con intensidad dramática. En la persistencia de tales tendencias reside la concepción central de la escuela de Freud sobre diagnosis y tratamiento mentales.

Esto puede parecer un camino indirecto al renacimiento de la creencia en espíritus; pero, como en otros casos, el camino más largo es el camino más seguro hacia un resultado. Si hubiéramos dicho al lector que el renacimiento de esa creencia no es sino un nuevo caso de credulidad bajo tensión mental, no se habría convencido, y replicaría que la ciencia psicológica debe descartar la hipótesis espiritista de manera más tangible y afirmativa, si desea merecer crédito. Requiérese explicar un sistema entero de fenómenos; si la teoría de los espíritus es falsa, ¿cómo explicar esos fenómenos? Por consiguiente, los abogados del demandado tienen un doble deber: probar que los testigos del demandante no merecen fe e indicar una solución del todo diferente y mucho más compatible del problema. Como ésta última es la tarea más importante, merece consideración más detenida. Volvamos a la otra fase del problema.

DISTINGUIDOS HOMBRES DE CIENCIA CREEN EN ESPÍRITUS

Entre los defensores de la creencia en espíritus que ejercen gran influencia en el público de habla inglesa, sobresalen Sir Ríchard Crookes y Sir Óliver Lodge, ambos físicos distinguidos a quienes la ciencia debe importantes trabajos. Pero la suposición de que han realizado sus investigaciones en espiritismo con carácter científico es no sólo gratuita, sino demostrablemente falsa. Sir Ríchard relata:

Anoche asistí a una sesión en Háckney. Nunca apareció Katie con mayor perfección, y durante casi dos horas caminó en el recinto conversando familiarmente con los presentes. En ciertas ocasiones, me tomó del brazo al pasar, y mi mente recibió una impresión tan honda de tener a mi lado una mujer viviente en lugar de un mensajero del otro mundo, que pedí permiso para abrazarla, y al concedérseme bondadosamente el permiso . . . hice . . . lo que cualquier caballero hubiera hecho en iguales circunstancias.

Mr. Túckett pregunta:

¿Puede pedirse ejemplo mejor de una actitud no científica en un investigador científico?

Sir Wílliam Bárrett, otro físico eminente que también cree, aunque con reservas, en semejante fenómeno misterioso, ha expuesto sucintamente las opiniones de Sir Wílliam Crookes después de un cuarto de siglo de creencia en la realidad de los fenómenos del espiritismo, que repetidas veces han demostrado obedecer a vulgar superchería.

Cree que una inteligencia invisible puede dar golpecitos; que cuerpos livianos y pesados son susceptibles de cambiar de peso; que un médium puede desprenderse del suelo por aligeramiento espiritual; que es posible tocar instrumentos músicos sin manos humanas y en forma impracticable por medios normales; que es posible tocar brasas sin quemarse; y cita el caso más asombroso de todos, bajo prolijas condiciones experimentales: la repetida aparición de una figura femenina, materializada y hermosa, vestida con una blanca túnica, tan real que no sólo se le tomó el pulso, sino que fué fotografiada varias veces, algunas por medio de la lámpara de arco, y otra

simultáneamente con el extático médium y al lado de éste.

El hecho de que médiums responsables por casi todas las opiniones de este credo fueran sorprendidos en los más groseros embustes no alteró la fe sublime de Sir Wílliam.

El lector puede juzgar si los principios físicos, objeto de los estudios de Sir Wílliam durante su vida, concuerdan con la confesión de su fe en espíritus; o si revelan el funcionamiento de la clase de mente que podemos considerar científica al examinar estos testimonios. Algunos de sus amigos explican que Sir Wílliam era muy miope, lo cual le impedía llevar a cabo una observación exacta. Pero el defecto verdadero es mental; el prejuicio de la fe ciega a los hombres ante la lógica de interpretación aun más que ante los hechos. Y, como tal estado mental puede presentarse en personas de preparación científica, nos inclinamos a aceptar la hipótesis de la existencia de limitadas esferas de convicción, en las que no penetra la lógica y que están reservadas para el libre juego de las emociones. En la visión mental, aparecen lunares limitados de ceguera, parecidos a las *ideas fijas* (ilusiones) de mentes anormales, cuerdas mientras no se mencionan sus extravagancias. Un grupo de creencias que la emoción estimula o que constituyen un alivio entre las embarazosas restricciones de la lógica, se aisla en el sistema mental y se mantiene tenazmente contra toda razón. Parece haber cierto anhelo por encontrar una salida y profesar libremente y con entusiasmo una creencia sin la compunción de la lógica o de la conciencia. El hombre de ciencia puede ser profesionalmente crítico, y crédulo por temperamento, o puede ejercer sus aptitudes científicas en determinado campo, y abandonarlas totalmene en otro donde afecten su tendencia emocional.

TESTIMONIO DEL PROFESOR LOMBROSO

Expresada en forma simple, la fórmula es aplicable sólo en casos extremos como el citado. Matizada y atemperada a diversas circunstancias, se aplica a muchos casos, sin que destruya la admiración sincera de las magníficas dotes mentales asociadas a tales restricciones. Otro ejemplo encontramos en el profesor Lombroso, quien, después de "hacer infatigable ocupación de su vida la defensa de una tesis según la cual la fuerza es propiedad de la materia, y el alma, emanación del cerebro," pasó a la creencia en la verdad de las manifestaciones del espiritismo físico y psíquico.

> Se engulló de un golpe el bocado, creyéndolo todo, desde los golpecitos de la mesa hasta la materialización de los muertos y las fotografías y voces de los espíritus; todo cuento, antiguo o nuevo, procedente de pueblos salvajes o civilizados, robustecía su deseo de creer. Aceptó, aunque de segunda mano, la historia de que un niño llamado Yénker, de dos meses de edad, respondía a los golpecitos,

y así por el estilo. Fué la famosa Eusapia Paladino quien permitió al profesor Lombroso ver a su finada madre. Dice:

> Bien se conocen los errores de expresión cometidos por las apariciones de los muertos, y se sabe que emplean el lenguaje del médium y de los experimentadores. Quitándose el velo, ella me besó.

Ciertamente aun el juicio más benévolo puede descubrir en este episodio patético la fragilidad del temperamento de Lombroso sobreponiéndose al espíritu crítico del sabio.

Puede mencionarse también a un hombre superior, Álfred Rússell Wállace, en favor de la hipótesis sobre la existencia de limitadas áreas mentales de fe o credulidad en los hombres de ciencia. En este caso, las restricciones se extendían a más de un campo, pues Wállace sostenía que el desconocimiento de la frenología era uno de los errores más graves del siglo décimonono. Sir Édward Clodd habla de él como de "esa ardorosa y credulísima víctima de los médiums cuyo esófago voraz se traga todas las historias de santos y despenseros arrebatados por los aires hacia *el azul central.*" El convencido doctor Wállace dice:

> ¿Qué milagro más admirable que el aligeramiento o elevación del cuerpo humano en los aires, sin causa visible? Sin embargo, el hecho ha sido atestiguado a través de muchos siglos.

Prestando declaraciones como testigo en un proceso legal en que se acusaba de superchería a un médium, el doctor Wállace expuso que encontrándose el médium en estado de éxtasis,

> apareció una indistinta mancha blanca en el

lado izquierdo de su saco, mancha que aumentó en densidad y se extendió hasta alcanzar el hombro; luego ensanchóse gradualmente hasta seis pies del cuerpo del médium, y apareció muy clara, con los contornos de una mujer en ondeantes tules blancos. . . . Estoy absolutamente cierto de que ello no se debió a supercheria de ningún género.

Preguntamos una vez más: ¿Es éste el testimonio de un hombre de ciencia que hubiera podido comprobar fácilmente que los artificios de médiums embusteros han obtenido a menudo los mismos efectos? Naturalmente, en hombres así afectados influye la opinión de otros igualmente convencidos. Sir Wílliam Bárrett no puede rechazar el caso de la famosa Paladino, porque "un investigador tan competente" como el finado y "eminente criminalista, profesor Lombroso, y el neurólogo, profesor Morselli, estaban convencidos de la verdad del extraordinario fenómeno que presenciaron." Y así aumentan las adhesiones y se eleva el prestigio de la creencia en espíritus. La suposición de que se convencieron contra su voluntad o claudicaron en virtud de acontecimientos personales extraordinarios carece de fundamento. Dentro de aquellas áreas limitadas, piensan como el común de los mortales, aun con la candorosa credulidad de los ignorantes, guiados por sus preocupaciones emocionales.

LA EXPLICACIÓN DE SIR ÓLIVER LODGE

Sir Óliver Lodge pertenece al mismo grupo. También él acepta como genuinamente "espirituales" fenómenos físicos que destruirían los principios de física que él mismo expone. Es el sentido superviviente de esta contradicción lógica lo que le impulsa a dar explicaciones (?) como la siguiente:

Un poder de materialización, análogo al que poseemos en este planeta, puede continuar asimilando toda clase de material, digiriéndolo y adaptándolo al organismo que nos sirvió de cuerpo. Es extraordinariamente difícil concebir tal poder, e imposible suponer que pueda ser el poder directo de un agente físico careciendo de la ayuda de la actividad reproductiva de otra unidad encarnada.

Y en otra parte dice:

Consideramos importante el hecho de que una fotografía pueda ser reconocida cuando el médium ha visto a la persona sólo en estado extático, a través del velo, porque parece comprobar que la apariencia general se conserva o, en otros términos, que cada cuerpo humano es verdadera representación de la persona.

Si la creencia en el espiritismo induce a permitir semejantes obscuras especulaciones a un intelecto que resuelve difíciles problemas en el laboratorio físico y los emplea en el adelanto de la ciencia, ¿es justo usar del prestigio del sabio para encubrir la tenebrosa confusión de aquella doctrina?

Con candorosa credulidad, Sir Óliver acepta la verdad de las supercherías profesionales ordinarias del médium; examina con el grave interés de lo que tiene preciosa importancia las necias respuestas de médiums que lucran con la ignorancia y la miseria de almas dolientes. Admitiendo los hechos, su inclinación científica demanda una teoría; y se entrega a escribir páginas de explicaciones confusas y extravagantes, abandonando toda cordura científica. Abusando de su prestigio como hombre de ciencia, substituye sus interpretaciones por los hechos mismos, demasiado crudos y a la vez vulgares para resistir la luz de un serio análisis. Naturalmente, esta actitud despierta la indignación de sus colegas científicos. El doctor Charles Mercier expone claramente el caso:

Ni el mundo científico ni nadie está en el caso de impugnar las aseveraciones, las doctrinas, las interpretaciones o los hechos que presenta Sir Óliver Lodge. *Es él quien está en la obligación de comprobarlos.* . . . Mientras ofrezca interpretaciones de hechos, en lugar de hechos, no merece ni siquiera ser oído.

Cuando los supuestos hechos son precisamente de la índole de los que abundan en las más vulgares sesiones espiritistas, que explotan la credulidad de los bobos, la responsabilidad moral viene a añadirse al agravio de la apostasía científica.

SIR ÓLIVER LODGE, "ANIMISTA DESENFRENADO"

El brillante estudio de Sir Édward Clodd sobre el espiritismo le autoriza para dirigirse al autor de *Raymond* en los siguientes términos:

Usted, Sir Óliver, conociendo, como debe

conocer, la corrupción que presenta la historia originaria del espiritismo, su iniciación en el fraude y el descubrimiento de una serie de embaucadores, desde las niñas Fox hasta los actuales; y pudiendo haber sido advertido por esos casos, se siente incapaz, por confesión propia, de descubrir las supercherías de Eusapia Paladino. Usted y Sir Wílliam Bárrett, quien dice poseer pruebas de su conocimiento extraordinario, aceptan y citan, como parte de la nueva revelación, los escritos inconscientes del reverendo Stainton Moses. La fe que usted tiene en la integridad de Mrs. Píper no se ha alterado, a pesar de que ella fracasó, concluyendo por hacer su confesión, la cual es un hecho aun cuando haya sido retirada. Usted pierde un hijo querido en la más santa de las causas por que un hombre pueda dar su vida, e inmediatamente ocurre a una moderna hechicera de Endor para buscar consuelo de segunda mano, en lugar del que directamente le prestaría la memoria del llorado. Usted, uno de los hombres más prominentes y mejor conocidos, fué bastante candoroso para creer que su incógnito, el de su esposa y el de su familia no serían descubiertos en las primeras sesiones espiritistas de Mrs. Léonard y Mr. Vout Peters. Y ¡cuán desastroso el resultado: la publicación de una serie de comunicaciones espurias, gran parte de las cuales se compone de dañinas sandeces, que arrastran por el lodo las elevadas concepciones que los mortales se formaran sobre el mundo espiritual!

Más serio aún: su influencia maléfica da ímpetu a la recrudescencia de la superstición, rasgo tan deplorable en la época actual. Sólo hay diferencia de grado, no de índole, entre los médiums que usted consulta y los nigromantes a quienes se detiene y se multa o se aprisiona como bribones y vagabundos. Los vendedores de mascotas de mil clases, que sinceramente se cree protegen la vida y traen buena suerte, los quirománticos y todos los sacerdotes del ocultismo tienen en usted un ignorado defensor.

Así, después de ganar un alto puesto como físico, desciende usted al nivel de animista desenfrenado, abandonando la substancia por la sombra. Los misterios que en sus investigaciones físicas encuentra usted seguramente a cada paso, burlando su diestra penetración, debieran hacerle detenerse antes de aceptar la especiosa solución de los magnos problemas que aparecen en el umbral de lo desconocido.

Ni usted ni aquellos que creen que usted y otros notables hombres de ciencia hablan con autoridad alterarán sus convicciones; pero puede haber algunos que, al leer estas páginas, convengan en que cuando quede sepultado el fantasma del espiritismo—lo cual temo no ocurra en cercano porvenir—el epitafio debiera decir:

"¡He aquí, en iniquidad nací yo,
y en pecado me concibió mi madre!"

La inclinación a creer en lo misterioso tiene más influencia como manifestación del deseo de creer que como testimonio de prueba en los "hechos" considerados. Vano resulta examinar una fase del problema, descuidando la otra, porque es el deseo de creer en lo sobrenatural el que ha proporcioado gran parte de las pruebas y desfigurado la significación de las demás. La doctrina entera constituye un instructivo capítulo en la psicología de la convicción. Sus manifestaciones más recientes provienen de las grandes aflicciones experimentadas por el mundo y el ansia natural de buscar consuelo ante la cruel inevitabilidad de un dolor profundo. El santo honor de la memoria de aquellos que murieron por la gran causa, no menos que las sagradas tradiciones en que se basa la fe en la inmortalidad, en los corazones de los creyentes religiosos, debieran prevenir que el médium profesional profanara de palabra u obra esos sentimientos.

Las conclusiones de Mr. Stúart Cúmberland son correctas. En el futuro, se le recordará como el hábil "lector de músculos" cuyos métodos asombrosos para leer la mente, interpretando los delicados indicios de los músculos, hicieron posible comprender las engañosas pruebas de que se vale el espiritismo para ganar adeptos. En todos sus experimentos con muchas clases del llamado "fenómeno oculto," nunca encontró un caso que no pudiera explicarse mejor por medio de factores naturales. Advierte (1917) que la "intensa mortandad y funesta incertidumbre que afectan todos los órdenes de la sociedad" tentarán a "los profesionales de las sombrías prácticas del espiritismo." "Si los mentecatos no pueden o no quieren protegerse a sí mismos, debe protegérseles contra su propia mentecatez." La única protección eficaz consiste en comprender el carácter espurio de muchas de las pruebas del espiritismo y la sutil tentación que el deseo de creer ofrece a mentes inexpertas; así como también la injustificada importancia que se da a la adhesión de aquellos cuyos elevados méritos en una rama del saber no les hacen inmunes contra las debilidades comunes de la preocupación.

EL OPTIMISTA Y EL MOVIMIENTO ARTÍSTICO MODERNO[1]

POR

RÓSWELL DOSCH

La transformación del arte, desde su ruda infancia en las edades primitivas hasta las sutilezas de concepción y expresión de la época moderna, dice la historia de la humanidad. El autor nos hace seguir esta evolución en sus diferentes etapas a través de los siglos, evolución que es la del alma humana adaptándose a la naturaleza al medio ambiente, a la religión, a las costumbres y al progreso de la civilización. La vida es un impulso dinámico, dice, cuya consecuencia es la evolución. La nueva era debe tender a manifestaciones individuales. Ahora rompen los impresionistas con las tradiciones del arte; el péndulo oscila al otro extremo. Seamos optimistas, sin embargo, puesto que se trata de algo nuevo. La vida es acción. Y la acción que ponga de relieve el alma individual nos conducirá a la verdad.—La Redacción.

LA VIDA exige que el artista interprete sus sentimientos en alguna forma que traduzca la inspiración que vibra en su alma, dentro de los límites posibles de creación, restringida a sus medios de expresión. Debe expresar algo, no importa lo que sea, puesto que verosímilmente no será comprendido en estos días de individualismo. Es necesario que el tiempo la compenetre por entero, la tamice y extraiga la vida que depositó allí la mano creadora. Cuando observamos retrospectivamente, siquiera sea en lejana perspectiva, el flujo y reflujo de los tiempos desaparecidos, para comparar las ansias y pasiones y los ideales de las crisis históricas que registra el arte, nos preguntamos con mayor interés aún, ¿Cuál ha sido la época más intensa? ¿En qué época se ha desarrollado la acción más intensa y el sufrimiento—ya que la acción generalmente es dolorosa—que precede al movimiento creador? O ¿llegó a ser alguna, por ventura, intelectual y abstractamente concreta, arrancándose de los ímpetus dinámicos de la vida?

El museo de Saint-Germain contiene los tesores artísticos de la humanidad más antigua que haya dejado recuerdos de su existencia. El final del período paleolítico, por lo menos hace doce mil años, pertenecía según esto a una civilización muy antigua.

Los moradores de las cavernas de la altiplanicie central de los Pirineos formaban una comunidad que, a través de su persistencia en la evolución, se sometía a leyes del mismo modo que podría hacerlo una sociedad intelectual. Su arte era humilde industria. Su vida era acción: corretear por las colinas, cazar y pescar para procurarse el alimento. Aprendieron instintivamente a conocer la naturaleza. La sucesión regular de las estaciones, la violencia de las borrascas y el calor del sol constituyeron la esencia de su ser. Contemplaron el desarrollo de la vida vegetal en torno suyo y las funciones del reino animal: su presa y su enemigo.

Sucedió que uno de aquellos hombres se sintiera despavorido ante la vida poderosa que se agitaba a su alrededor. Experimentó el deseo de expresar lo que veía, y la cosa más natural fué que modelara el animal que causaba su terror y sus correrías. La escultura fué así el primer arte que se produjo, por ser menos sugestiva y porque sus manifestaciones están más en armonía con la acción. Pero encontraron también el medio de pintar las paredes de cuevas y grutas, expresando instintiva y naturalmente los movimientos rítmicos de sus modelos, en la forma llamada convencional.

Fabricaron en sus cuevas símbolos del mundo exterior, y vivieron en medio de tales imágenes. De esta manera llegaron a comprenderlos: porque mediante símbolos la mente recuerda y clasifica, combina y manifiesta sus sentimientos, expresándose por este medio hasta que llega al lenguaje, la suprema expresión. El intelecto de doce mil años atrás estaba lleno de terrores y se refugió en la combinación de símbolos hasta que éstos se convirtieron en ídolos venerados. De allí nació la religión. El arte

[1]Traducido por permiso de *The International Studio.* Propiedad registrada en 1919 por la John Lane Company.—La Redacción.

paleolítico se desarrolló en forma espontánea e instintiva, para satisfacer una demanda inconsciente.

El Egipto, velando el camino del entendimiento con sus vastas sombras que se proyectan hasta nosotros a través de las edades, jamás se expresó en forma definida: la esfinge es el enigma de sus sentimientos.

El arte habíase ya convertido en instrumento de la religión. El artista se hallaba sujeto a sus demandas, impuestas por los sacerdotes. Ningún nombre de artista acude a nuestra mente mientras vagamos entre la escultura arquitectónica de aquellos tiempos. Eran necesariamente impersonales, y pensamos sólo en el arte egipcio porque hay unidad en sus manifestaciones. La percepción del artista era externa y sus creaciones externas. La comprensión popular de la mente del artista era tan absoluta que podía poner cabeza de hombre a un toro y hacer plausible su idea. La estructura anatómica y la posibilidad de la concepción nacieron entonces con tal aliento que adquirieron vida propia; pero solamente en arquitectura y muy poco en otros ramos, porque el arte expresivo y la arquitectura son cosas distintas. El arte arquitectónico no expresa nada en sí mismo y sólo tiende a llenar su objeto en plano más vasto.

El artista egipcio llegó a la percepción de su tema con habilidad incomparable. Se sugería la idea al artista, de manera que su personalidad quedaba eliminada, y trabajaba por alcanzar un propósito definido, absorbiéndose en su realización. En tales condiciones, debía llegar, y llegó efectivamente, al límite de la expresión. Meditaba la estructura de su arte y lo construía en abstracto hasta alcanzar la forma concreta. La relación de una forma con otra, en la construcción arquitectónica, era su objetivo final y el aniquilamiento de su personalidad. El artista no daba expresión a sus propios sentimientos, resultando de allí que el alma de aquellos tiempos no encontrara un medio de liberación. Esto era lógico, puesto que la idea se imponía al artista, y el método y estructura de su obra eran puramente intelectuales. La inteligencia expone uno o dos ejemplos de la pasada experiencia en forma de alguna idea, concreta y completa en aquellos casos, pero aislada y sin vitalidad. Extrae del tiempo las ideas y las coloca en el espacio. Como decía Bergson:

> El tiempo es el fantasma del espacio que obsesiona la conciencia refleja.

Aristóteles decía:

> Dios, no pudiendo hacer eternas a las cosas, creó el tiempo, su imagen eterna.

Llámesele como quiera, es el hecho que el tiempo no tiene principio ni fin, de manera que no puede eliminarse, y es preciso seguir su ritmo y no detenerse demasiado en una idea so pena de quedar retrasado.

La idea de la reencarnación se presentó espontáneamente a la mente de los egipcios como resultado de la observación. El fenómeno sucesivo de las estaciones, la inundación regular del Nilo, fertilizando el suelo y produciendo un renacimiento de vida exuberante, inflamaron su imaginación. La visión era demasiado portentosa para las masas, y así los sacerdotes gobernaron el Egipto. Los griegos vivían en contacto con la tierra; su clima era suave; y la naturaleza exigía que trabajaran para procurarse el sustento. La acción física es la inspiración del arte griego. El escenario al aire libre pedía ser colocado en una cueva entre las bajas y onduladas colinas. El cielo claro y sereno y el vasto mar de rizada superficie llenaban la mente griega; pero su mente no excedió las posibilidades de expresión.

Jamás ha habido raza más sana, normal y constantemente justa, intrépida ante el pavor, tratando de penetrar el misterio infalible de la verdad final, sabiendo instintivamente hasta dónde debía avanzar y dónde debía detenerse y retrocediendo cuerdamente sin huellas de melancolía.

Para los griegos, Dios era el amigo del hombre. El hombre podía abandonarse en sus manos, y la humanidad se elevaría armónicamente con su gran amigo y camarada. Los dioses podían gozar de los festines humanos, beber en ánforas delicadamente forjadas, compartiendo el vino y la poesía. Penetrado siempre su espíritu de lo bello e inspirado por el maravilloso sentido de adaptación que les era peculiar, los griegos se expresaban individualmente. Los dorios introdujeron nueva sangre y

nueva vida en las escenas de poesía, floreciendo súbitamente la edad ardiente de acción en la historia helénica. Lidiáronse campañas civiles y extranjeras, magníficas, bizarras y viriles. De aquella brillante acción brotaron Pericles, Píndaro, Fidias.

Fidias percibió el movimiento íntimo de su tiempo. Su inteligencia se combinó con su instinto y comprendió intuitivamente lo que debía expresar. Apresó su mente la vida que palpitaba en torno suyo, fijando por un momento sus movibles rasgos antes de que se desvaneciera. Expresó la vida completa de la belleza en acción en los seres humanos. Su alma estaba demasiado llena de la belleza exterior para conocer el sufrimiento dentro de sí mismo.

Pero conocía el proceso íntimo de su sujeto, y su poderosa imaginación proyectábase en torno, bebiendo en las propias fuentes de la vida de su héroe, en alado y feliz abandono de la acción, y manteniendo equilibrio y seguridad perfectos en sus rítmicas etapas. Tomaba su modelo del exterior y esculpía sus figuras en equilibrio anatómico de peso y movimientos, impregnando el enorme bloque de mármol con la inspiración que su mente había absorbido en los momentos de acción.

De esta manera se transmitió la acción desde la vida física hasta la del entendimiento, siguiendo el desarrollo de la historia griega, hasta llegar a la filosofía de las ideas. Las tendencias imaginativas, que son la intuición del acercamiento a la vida, enroscábanse en el entendimiento como zarcillos de vides.

El entendimiento procede geométricamente, manifestándose en formas concretas y abstractamente completas, como las ideas. De allí la decadencia y relajación absoluta del arte griego. El mundo politeísta no tenía conciencia de un santuario íntimo del templo: el alma; y la introspección ahogaba las tendencias intuitivas y de simpatía externa.

Roma aniquiló el materialismo de los griegos, imponiendo el imperialismo con todas sus tristezas sobre un mundo fatigado y defraudado de su parte de alegría. El cristianismo vino a realizar aquello por que aspiraba el mundo occidental. El cristianismo exaltó un solo Dios dentro del alma del ser humano. El amor por la humanidad y el poder radiante de una personalidad inspiraron al mundo la preservación del individuo. Los hombres aceptaron la negación del ser material y colocaron el ser real en esfera espiritual fuera del alcance de la destrucción.

Las catedrales góticas expresan los latidos y vibraciones de una comunidad que edificaba sus monumentos en un misterio de matiz y de color, de inspiración puramente arquitectónica. El individuo esfumaba su identidad para que el ser interior pudiera seguir el símbolo de su inspiración hasta la serenidad eterna.

Dante encarna la transición del viejo mundo al moderno. Cimabúe era un pagano instintivo con ideales cristianos. Su *Madona* inspira el sentimiento de una egregia madre, serena y fuerte, que conoce el mundo y ha penetrado sus misterios, y cuya majestad se difunde en el ambiente circundante. Giotto y todos los artistas del siglo décimocuarto expresan en sí mismos y a través de sí mismos su época y su pueblo, mediante el símbolo de su fe: están en completa armonía y tienen una sola aspiración. El arte era el instrumento mediante el cual se expresaba la fe cristiana.

El artista era libre hasta donde podía desprenderse de su propia concepción. La fe le gobernaba, y no amaba el arte por el arte ni por el ansia de poner en juego su temperamento artístico. Su devoción vibraba muy alto y vibra persistentemente a través del tiempo aun cuando nuestro criterio se haya transformado en estos días.

Florencia, cuya vida colectiva se había desgarrado y reducido a fragmentos desparramados aquí y allá, surgió a la superficie en un torbellino de pesar tremendo bajo la sombría opresión de las ruedas de la evolución, con un espíritu artístico madurado rápidamente en fuerza de la acción del sufrimiento.

Dante, Leonardo de Vinci y Miguel Ángel son almas que encaminaron con tal potencia las oleadas de la energía humana que el eco resuena aún en todo el universo. Florencia despertó al individuo al conocimiento de su propio ser interior y exteriormente, a la madurez del alma saturada del anhelo ansioso de elevarse desde el obscuro abismo hasta la luz superior y entonar con

la voz de una humanidad angustiada el último canto del cisne.

El individuo había nacido en su aspecto moderno; pero no hemos conservado todas las cualidades que vieron la luz con su advenimiento. Dante cantó en un mundo tan sereno e ideal, tan limpio de impurezas, que muchos de nosotros no podemos seguirle. Miguel Ángel estaba tan lleno de la fuerza dinámica de la impaciencia contenida, haciendo estallar todas las barreras de la imaginación, que nos deja muy rezagados en sus saltos de un mundo al otro. Toda tentativa de seguirle se resuelve en débiles esfuerzos, como se ha podido observar. Leonardo de Vinci era diferente: su pensamiento tomaba formas concretas del entendimiento. Su arte era una ciencia coloreada de misterio. Nos hace pensar en un egipcio que encontrara el medio de expresarse libremente; pero su libertad provenía de la mente, de su ideal, de su técnica, y su concepción científica se desarrollaba más lenta y visiblemente, de manera que nos es dado seguir mejor sus manifestaciones artísticas.

El arte moderno se apoderó del ideal de Leonardo de Vinci y lo transformó en idea. El ideal del arte moderno, en las primeras ansias de su nacimento, fué apreciado por su valor intrínseco, producido con la perspectiva apropiada y sintetizado como consecuencia del intelecto. Se limitó a las fronteras definidas de la comprensión universal en la forma de idea. La intuición emocional de la vida alcanzó su nivel más alto, retrocediendo luego a la mediocridad de la cultura. La fe no constituyó entonces la aspiración que inspirara las combinaciones de los símbolos del arte.

La nota aguda de la democracia hizo vibrar la angustia de su clamor por libertad. El renacimiento triunfó por segunda vez. Francia, el gran cerebro que demanda justicia, paciente hasta que la cuerda armónica fuera ya incapaz de resistir la tensión, estalló, desarraigando los falsos pináculos de normas establecidas y liberando los derechos del individuo. Bañado en ríos de sangre, y sin motivo, como se cumple toda evolución en los destinos humanos, el reino del terror desempeñó su misión. La resistencia de los nervios había dado la medida de la naturaleza de su actividad, y los sentidos no se satisfacían con la mundana existencia que siguió a la revolución francesa.

La reacción de los sentidos tendió al relajamiento en busca de variedad y agotó la copa de los instintos físicos en pos de la idea que debía anidar entre sus heces, según la visión del romántico. La vida se extremaba deliberadamente. El arte hacíase también mundano. La literatura describía su carácter en ideales psicológicos en todas las artes.

Surgieron los críticos repitiendo el significativo mensaje del artista. El artista era mal comprendido, porque el público no podía seguir su criterio literario. Los críticos explicaban y suplicaban, daban excusas y condenaban, manifestando con claridad lo que querían decir, pero destruyendo las simpatías del público por el arte. Cuando el crítico había agotado su verbo, la multitud quedaba despavorida, pero continuaba firme en su idea. Toda comunión entre el artista y los seres humanos era deformada y moldeada para adaptarse a la idea enredada entre las mallas del tejido de la crítica.

¿No estamos ahora, por ventura, encerrados en el convencionalismo? ¿No somos acaso víctimas de la inteligencia? En el arte, no nos sentimos inclinados a una mediación que satisfaga simplemente la inteligencia. Si así fuera, deberíamos tener en cuenta las advertencias de la historia. El arte es una emoción estética innata en el alma del artista. Pero, ¿en qué consiste la emoción estética? Consiste en cierta percepción que ha llegado a convertirse en ideal, y la cual, al ponerse en contacto con su imagen, se inflama, produciendo una fuerza dinámica que transporta el ser entero fuera de sí mismo hasta los dominios verdaderos de la vida. El ideal es el producto de la mente donde se han grabado todas las impresiones del individuo y que se manifiesta exteriormente por tendencias que solicitan comprensión. En vano se ata la aspiración a la verdad en un paquete de hechos. Consideremos al hombre que asciende a la cumbre de una montaña para gozar de la perspectiva hasta donde sus facultades le permiten. Walt Whitman gozaba más, sólo con cruzar el río en el barco de pasaje, pues se mantenía en contacto con el ritmo

de los grandes movimientos ascendentes y descendentes de la vida oscilando en los senderos del destino.

Debemos ahora contemplar la situación como es en realidad y afrontar resueltamente el mal que amenaza destruir nuestra individualidad.

Bergson nos dice que necesitamos de la inteligencia para labor constructiva; pero que debemos conservar nuestra personalidad y confiar en nuestro instinto para que la intuición se desarrolle y podamos adquirir una concepción en armonía con nuestra vitalidad.

En esta época democrática, cada hombre vive de acuerdo con su grandeza. No es posible censurar, porque, ¿quién es aquel que sabe cuál de nosotros tiene visión más poderosa?

Los impresionistas fueron los primeros en romper con las tradiciones del arte. La oscilación ha arrastrado al péndulo al otro extremo del arte de las ideas en el movimiento artístico ultramoderno. Concedámosles el derecho de su libertad en el arte, aun cuando parezca que se hayan absorbido en una habilidad técnica ajena a nuestra comprensión. Seamos optimistas, puesto que se trata de algo nuevo. La vida recoge y acumula energía hasta que la corteza exterior de resistencia estalla con la última gota que viene a colmarla. La alegría del estallido es la alegría de la plenitud. El resto corresponde a la suerte. La evolución es una consecuencia, porque la vida es un impulso dinámico. El alma individual, este total múltiple y maravilloso del movimiento evolucionario, debe encontrar su expresión más sublime en la belleza y la armonía. La nueva era debe tender a manifestaciones individuales. La acción que necesitamos ejercer ahora para poner de relieve la personalidad individual nos conducirá a la verdad. La vida es acción. Si buscamos retrospectivamente en la historia el esfuerzo creador, conforme ha de manifestarse en el futuro, observaremos que un gran movimiento activo precedió a su realización.

Cuando retornen a la patria los hijos de los Estados Unidos, conocerán los secretos del Viejo Mundo, y el genio norteamericano de posibilidades remotas, aquel instinto de capacidad creadora, estrechamente ligado a los bloques de construcción, no se dirigirá por entero al mundo de los negocios; sentirá el aguijón del arte y obedecerá a su inspiración.

El día de la confraternidad se aproxima, y Walt Whitman encontrará muchos adeptos. Sentiremos con mayor intensidad, porque el sentimiento no es otra cosa que la acción en reposo. El artista de los Estados Unidos dará entonces expresión a las armonías más complejas de la vida del alma, encaminando su percepción eficiente y profética a la manifestación vigorosa de la vida del alma.



EL ESPÍRITU CONSERVADOR

POR

WÍLLIAM J. KERBY

Estudio de la psicología del conservador y del radical. Según el autor, el conservador es el apóstol de los hechos; el radical, el apóstol de las teorías. El conservador ve, en tanto que el radical interpreta. Citando a Émerson, dice que ambos son "una buena mitad, pero un todo imposible." Para la civilización, afirma, representa gran valor la resistencia de la mente conservadora hacia todo lo que el radicalismo representa. El conservador es el profeta de lo establecido, de los hechos, en tanto que el radical es un soñador impulsivo. El espíritu conservador es el órgano de responsabilidad y de cautela en la sociedad. El radical, con su atrevida adopción del nuevo pensamiento, prepara, en cambio, la vía del progreso. Ambos se necesitan mutuamente. Ambos buscan la verdad, pero difieren en método y en concepto. Por ahora, parece triunfar el espíritu moderado radical. El autor espera, sin embargo, que el espíritu nacional conservador solucione los problemas actuales, triunfando sobre el radicalismo y sus métodos destructores.—La Redacción.

HACE algunos años referían los diarios los esfuerzos de dos hombres de ciencia para construir aeronaves. Decíase que uno de ellos trabajaba de acuerdo con las teorías establecidas, pero que no podía volar, y que el otro trabajaba basándose en hipótesis y había logrado volar. A decir verdad, los hermanos Wright nos dicen que los datos científicos tradicionales no ofrecían base sólida, y que se vieron obligados a atenerse a sus propias investigaciones para resolver el problema de la navegación aérea. Contemplamos así un nuevo aspecto de la secular diferencia entre la teoría y la práctica, entre el principio y el hecho, entre la idea y la acción.

En el orden social, las teorías son aristocráticas, en tanto que los hechos son plebeyos. Dése a cualquier conjectura plausible el nombre de hipótesis, ley, teoría o principio, y en el acto toma la apariencia de gran señor. Asciende a un trono y, según la frase de Lówell,[1] pide que los hechos se detengan para rendirle homenaje al pasar. Las teorías no pueden afectar a los hechos; pero el hecho más insignificante puede echar abajo todo un sistema filosófico. De allí que, cuando un hecho amenaza a alguna noción, el que advoca ésta última sienta el impulso de negar el primero. Cierto erudito, a quien se preguntaba en qué forma podía explicar un hecho auténtico y reconocido que estaba en oposición con su filosofía, respondió clara y sencillamente: "No intento explicar el hecho. Lo niego."

El gusto por las teorías no se aviene con la inclinación a los hechos y tiende a afectar el criterio sobre lo concreto. Ocurre así porque las teorías o generalizaciones no asumen los hechos en sus diferentes aspectos. Tocan solamente a ciertos puntos, cuando los hechos requieren precisamente por su índole el reconocimiento absoluto. Las teorías evitan los detalles; y, sin embargo, en el universo, todo es cuestión de detalles. Los hechos pesan sobre la inteligencia y sobre la memoria con abrumadora claridad. La inteligencia ha inventado ciertas generalizaciones a favor de las cuales puede manejar enorme cantidad de hechos con gran facilidad. El Infinito no es generalización: atiende inteligentemente a todos los detalles del universo.

La naturaleza asume que tanto hechos como teorías son esenciales en la vida social. De allí que haya dotado a los seres de diversas clases de inteligencia, para que se sientan inclinados a los unos o a las otras. El conservador es el apóstol de los hechos; el radical, el apóstol de las teorías. El conservador ve, en tanto que el radical interpreta. Se desagradan mutuamente, y desconfían los unos de los otros. Cada cual es la medicina única capaz de reformar los desórdenes constitucionales del otro. Cada cual es completo en estructura, pero incompleto en su funcionamiento. Cada uno es, usando la frase de Émerson, "una buena mitad, pero un todo imposible."

[1] James Rússell Lówell, poeta, escritor, hombre de ciencia y diplomático, hijo de Charles Lówell: nació en Cámbridge, Massachusetts, el 22 de febrero de 1819; murió allí mismo, el 12 de agosto de 1891.—La Redacción.

El espíritu conservador, en la forma en que se desarrolla su acción, es de importancia esencial en nuestras instituciones. Siendo así, el valor del espíritu conservador no depende de habilidad especial. Un rey niño durmiendo en la regia cuna es tan útil como un filósofo para mantener la estabilidad de las instituciones, porque un monarca es un símbolo a la par que una personalidad. No solamente la convicción y la habilidad encarnan el poder conservador: la grandeza se deriva asimismo de las funciones.

La naturaleza opera con un gran factor de seguridad; de allí que no confíe la estabilidad de las instituciones al resultado de un debate. En tiempo de revolución, las instituciones se ponen a prueba, en mayor o menor escala, por el debate; de allí el peligro de las revoluciones. ¿En qué quedarían convertidas la estabilidad del orden social, la sanción, las normas y partidos, las diversas leyes de propiedad, la adaptación de ideas y sentimientos que constituyen el orden social, si el puro razonamiento pudiera desequilibrar el espíritu conservador? El orden natural está profundamente interesado en la actitud conservadora, pero no se cuida mucho de argumentos conservadores. La oposición a cambios radicales es de importancia vital para que se desarrollen lentamente. La civilización ha establecido leyes perentorias de reforma que los radicales violan constantemente. Es imperativa la oposición al cambio. Que la oposición se produzca a veces en forma injusta, a veces con sorprendente estolidez, intransigencia y dolo, no es consecuencia del orden natural, cualquiera que sea el concepto y la lógica de las cosas. La lógica se impacienta con el espíritu conservador, porque los argumentos de éste son erróneos a veces, pero el orden natural no se altera. El conservador puede estar errado hasta la médula en sus argumentos con tal que su actitud sea correcta.

La naturaleza debe proteger a los caudillos conservadores contra sus propias limitaciones. Si el presidente Wilson se dejara desviar de sus principios por los argumentos de Mr. Gompers,[2] si Mr. Gompers sufriera la influencia de los argumentos de Mr. Debs[3] y si Mr. Debs pudiera vacilar en su radicalismo por las razones de uno de los partidarios del impuesto único sobre terrenos, nuestras instituciones se derrumbarían en desesperanzada confusión. Los fundamentos del orden social no están formados de silogismos: se han edificado con convicciones. Por tal razón comprendemos el valor que representa para la civilización aquella persistente y orgánica resistencia de la mente conservadora por todo lo radical y por todo lo que el radicalismo representa. Si ésta no fuera la situación, nuestra única salvación consistiría en suprimir a todos los radicales que saben argumentar bien. Si la tierra fuera plana, a menos que las aguas de la superficie fueran absorbidas, se estancarían, haciéndose malsanas. La naturaleza ha obviado esta dificultad redondeando la superficie de la tierra para asegurar una desecación satisfactoria. Las aguas fluyen por el declive de la superficie. La naturaleza ha dado cierta inclinación a la mente humana. Los argumentos fluyen de acuerdo con la ley de gravitación mental, siguiendo las vueltas de nuestras pendientes mentales. Los prejuicios, la ilusión, la filosofía, el concepto establecido de lealtad a ciertos métodos, convicciones o caudillos, como se encuentran en la mente conservadora, la protegen eficazmente contra el flujo de argumentos con que nos inundan los radicales. Los argumentos de los radicales, en cuanto a su influencia sobre la mente conservadora, pueden definirse con la feliz y doble metáfora de un orador popular, de "echar agua a los patos" y de que "por una oreja entran y por la otra salen."

"El congreso está por lo que es y se opone a lo que debería ser," decía, hace algunos años, un senador de los Estados Unidos, dirigiéndose a una convención de arquitectos. Esta declaración pinta la situación en una sola pincelada. El conservador es el profeta de lo establecido, de los hechos, de las cosas conforme son. La lógica, las teorías, los ideales, aúnan sus fuerzas para atacarle; pero él continúa impávido e inflexible. Su actitud es más firme que el poder penetrante de los argumentos adversos. Los conservadores estan debajo de la línea de

[2]Samuel Gompers, caudillo de la clase obrera y presidente de The American Federation of Labor.—La Redacción.

[3]Eugene V. Debs, orador socialista radical, muy influyente.—La Redacción.

congelación; y, por consiguiente, las variaciones de temperatura de la superficie no les afectan. El espíritu conservador es la caja de hierro de la civilización, con una cerradura de tiempo que la misma naturaleza abre con lentitud y cautela. El conservador es el guardián de las puertas del progreso. Está convencido de ser el custodio de la civilización, el regulador de los pesos y medidas de la ética, de acuerdo con los términos en que deben verificarse las transacciones de la vida.

El conservador práctico no observa relación particular alguna entre la verdad y la prueba de una aserción. Después de todo, según marcha el mundo, la discusión consiste principalmente en medir la información que posee cada uno de los contrincantes. Es una comparación de los puntos de conocimiento con el fin de determinar entre cierto número quién tiene mayor proporción y mejor dominio de sus argumentos; exactamente como cuentan y comparan sus bolas los chicos. El vencedor está seguro hasta que se presenta otro muchacho en el juego, con mayor número de bolas. El conservador es el apoderado de la naturaleza, pero ésta revoca sus poderes a voluntad. Es esencialmente pragmático. Las instituciones se han establecido; luego, son legítimas. Las instituciones están en funcionamiento; luego, las presunciones son en su favor. Ninguna institución es universal en sus efectos; por consiguiente, debemos ser tolerantes con muchos de nuestros errores y hacer nueva provisión de tolerancia para cuando volvamos a errar.

El radical, por el contrario, encuentra profunda relación entre la prueba y la verdad de una aserción. Por esto le agrada discutir. Cree que el proceso intelectual obedece al silogismo como obedecen a un rey amado sus leales vasallos. Por consiguiente, el radical cree en el debate, le agrada, y desafía al conservador a discutir siempre que encuentra la oportunidad. Sin embargo, esto es ilusorio, porque el proceso intelectual del radical obedece a la inclinación de su mente, con la uniformidad de una ley. La naturaleza ha procurado una válvula mental de escape que divide el proceso intelectual de la mente conservadora y de la radical en forma tan definida como la que determina el rumbo de las aguas en una cadena de montañas. El radical es siempre un soñador impulsivo.

Búlwer Lytton[4] dice en su *Kenelm Chillingly:*

Los filósofos morales han abotargado a tal punto su cerebro con el alcohol de las nuevas ideas que sus piernas morales flaquean, y los hombres deberían enviarlos a la cama en vez de sermonearlos.

Estas palabras expresan muy bien el concepto que los conservadores tienen de los radicales en general.

Los conservadores necesitan de ciencia para probar su caso, porque los conocimientos tienen un lugar innegable en la esquema de la vida. El radical hace mayor uso del sentimiento que de la erudición. Conoce las aspiraciones mucho mejor que la historia de la humanidad y proclama estas aspiraciones con efecto insinuante. La tendencia general de la preparación científica procede en el sentido de un hábito radical de la mente. Mas, a pesar del impulso tremendo dado a la educación, la naturaleza tiene el cuidado de preservar una gran proporción de espíritu conservador en actividad. Báncroft[5] escribe a propósito de Vírchow,[6] ardiente adepto a la política, diciendo que era tan radical "como lo son naturalmente los hombres de ciencia sinceros."

Las palabras del profesor Clark expresan la misma convicción:

El hábito de pensar en términos científicos hace que el hombre acoja hospitalariamente las nuevas ideas. Todo aquel que cultiva este hábito es más accesible a la convicción que las personas ignorantes. Está acostumbrado a buscar la verdad y deja que la investigación le conduzca dondequiera que sea. Examina la

---

[4]Famosa novela de Édward George Earle Lytton Búlwer, primer barón de Lytton, quien nació en Londres el 25 de mayo de 1803; murió en Torquay, el 18 de enero de 1873: notable novelista, poeta, dramaturgo, político y orador.—La Redacción.

[5]George Báncroft: nació en Wórcester, Massachusetts, el 3 de octubre de 1800; murió en Wáshington, el 17 de enero de 1891; historiador, estadista y diplomático: sus obras más famosas son la *History of the United States* (diez volúmenes) y la *History of the Formation of the Constitution of the United States* (dos volúmenes).—La Redacción.

[6]Rúdolf Vírchow: famoso anatomista, fisiólogo, antropologista, fundador de la patología celular; nació en Schílvelbein, Pomerania, Prusia, el 13 de octubre de 1821; murió en Berlín, el 5 de septiembre de 1902.—La Redacción.

evidencia que parezca convincente aun cuando sus deducciones le arrastren a una conclusión inesperada y poco placentera.

Si la memoria no me engaña, Hohenlohe se sentía alarmado del gran sistema escolar que Alemania desarrollaba y proponía que los requisitos de admisión a las escuelas fueran todavía más exigentes, so pena de que la patria llegara a encontrarse con proletariado instruído y radical entre las manos. En este mismo espíritu, Louis Blanc, uno de los primeros radicales que ingresara al parlamento francés en 1848, admitía sin reserva los peligros que una educación general implicaba para la estabilidad de las instituciones.

La educación seglar está acompañada de una independencia creciente de la mente, de mayor aptitud para la duda, pues que la aceptación de las ideas se basa en la evidencia sin cuidarse de las consecuencias. La educación tiende a ensanchar y afirmar el dominio de la razón en la vida del hombre. Ahora bien: el gran peligro contra el cual debe protegerse al orden social es el razonamiento. El razonamiento tiene tantos peligros como la ignorancia. Mórley[7] se expresa de la manera siguiente acerca de Édmund Burke:

> Si se estimula a todos los individuos a lanzarse sobre cualquier tema sin la restricción que proviene del sentimiento de la propia debilidad y de su lugar correspondiente en la vasta esquema de las cosas, nada quedará de todo aquello que el concepto de los tiempos está de acuerdo en calificar de bueno y respetable, que no se vea expuesto a la ruina bajo el impulso de la crítica racionalista.

Además, las enseñanzas precisas de Burke ponen de manifiesto que no es posible medir las instituciones civiles por la norma de la pura razón y que las conclusiones lógicas son las más perniciosas. Mállock[8] expresa sentimientos análogos en *The Immortal Soul* (El alma inmortal):

> Si la lógica, la razón, la evidencia, fueran el único fundamento de la fe, las antiguas creencias por las cuales han vivido los hombres se destruirían más rápidamente de lo que pudieran establecerse otras nuevas.

Es digno de citarse aquí un pasaje notable de la *History of European Morals* de Léckey, que corrobora esta opinión:

> Sería difícil dar importancia extrema al número de aquellos cuyas convicciones genuinas siguen la irresistible tendencia de las propias inclinaciones. Por el término "inclinaciones" queremos significar no solamente el bienestar material, sino todas aquellas aspiraciones de la mente, todas aquellas estrías y canales del pensamiento, tan fáciles y agradables de seguir como penoso y arduo abandonar. Tales son: el deseo de holgura, el deseo de seguridad, el deseo de sistema, las tendencias de la pasión, las asociaciones de la mente, tanto como la mezquina influencia de la posición social, la felicidad doméstica, el interés profesional, el espíritu de partido o la ambición.

La estabilidad de las instituciones y de la civilización depende de la certidumbre de que es imposible educar por completo a la naturaleza humana, de que la naturaleza humana jamás será enteramente racional. Las aspiraciones de la mente que clasifica Léckey de amor a la comodidad, amor de la seguridad y del sistema, asociaciones del pensamiento y del afecto, han sido más poderosas en la historia humana que la argumentación y la independencia de espíritu. Mucho de la supuesta acción del razonamiento debida al aumento de la educación es innocua y, en conjunto, ilusoria. Súmner lo hace observar así en sus *Folkways* (Costumbres populares):

> La discusión más sutil consiste únicamente en que cada cual se revuelve sobre su propio eje. Encuéntrase tan sólo las mismas ideas preconcebidas que aportamos a la consideración del tema, y que vuelven a nuestra mente cargadas de fe más intensa.

Lówell llama la atención sobre esta misma verdad general en las líneas siguientes:

> Arruinaríase el mundo
> Si la estolidez no venciera
> Al ingenio encadenado
> Por la fuerza de los hechos.

El espíritu conservador es contemplativo, en tanto que el radical analiza. Al analizar los hechos sociales, nuestra mente percibe tan sólo cierto aspecto de las cosas. En la contemplación, sin embargo, estamos absortos por la visión, y el razonamiento sólo consigue perturbar las ventajas de nuestra posición sin añadirles fuerza alguna. El

[7]John Mórley: nació en Blackburn, Láncashire, Inglaterra, el 24 de diciembre de 1838; eminente estadista y autor contemporáneo.—LA REDACCIÓN.

[8]Wílliam Húrrell Mállock, autor inglés: nació probablemente enDévonshire, en 1849.—LA REDACCIÓN.

espíritu radical consume su energía en adoptar actitudes apasionadas; de allí que tantas mentes analizadoras sean irritables y que el movimiento radical sea nervioso, intolerante e intratable. Tenía razón Ruskin al decir a Norton:[9] "El análisis es cosa abominable." Mas, por extraña peculiaridad, estas premisas son sólo parcialmente verdaderas. El conservador es teórico en cuanto se refiere a la realidad, pero es analítico frente al ideal completo. Entonces lo analiza, se resiste y arguye. En cambio, el radical es analítico y rebelde ante el orden social establecido, pero se vuelve teórico sin discernimiento cuando se trata del ideal. El conservador toma en serio los ideales, pero manteniéndolos a una distancia desde donde puedan brindarle luz, consuelo e inspiración. El radical se aproxima tanto al ideal que su mente se inflama con intensidad semejante a los incendios de las praderas del oeste. La imaginación hace que la mente radical salte sobre los obstáculos, dejando atrás los problemas de la vida real, del mismo modo que un tren lanzado a gran velocidad deja atrás los postes del telégrafo plantados en la vía. El conservador se asemeja al viandante que avanzara mirando el suelo de la carretera sin echar una ojeada al horizonte, dedicando atención preferente al cuidado de la vía, de la cual depende la seguridad del tren a gran velocidad.

La mente radical es brillante y fácil en cuanto se refiere a generalizaciones, ideales o axiomas, en tanto que la mente conservadora es pesada y glucosa. El conservador ocúpase laboriosa y pacientemente de reunir hechos mediante los cuales pueda convencer a su auditorio, mientras que el radical confía en unas cuantas hipótesis y en sus magnificentes descripciones del ideal para conquistar a su público. Despliega sus principios y sus generalizaciones ante el tímido conservador, y le desafía a pasar sobre ellos como sobre un puente entre los hechos y el ideal. El conservador, no obstante, con la cautela de un ponderoso elefante, prueba cuidadosamente cada una de las planchas antes de afirmarse en ella con todo su peso. Si el conservador nota que las planchas son débiles, se resiste a arriesgarse, por lo general. Una tabla estadística le ofrece piso más seguro.

Arquitectónicamente la mente radical presenta los rasgos característicos de volumen sin peso propias del estilo gótico. Veinte hechos pueden abrumar a un hombre y estorbar sus pasos, pero los principios son imponderables. Veinte principios no pesan más que uno solo. La disposición de la mente radical y de la conservadora demuestra claramente la sabiduría de la naturaleza. La mente conservadora es como una casa de departamentos, mientras que la mente radical se asemeja a un auditorio, al *aedes* de los romanos. La vida está llena de inconsecuencias. La controversia existe en el seno de todas nuestras instituciones. Intereses de índole la más divergente se mezclan en casi toda vida individual. Como resultado, llegamos a descubrir que la estabilidad es imposible a menudo y, sin embargo, nos obstinamos en conseguirla. Brócklehurst dice, en la *Jane Eyre*,[10] de Charlotte Brontë, que la estabilidad es el primer deber cristiano. En todo caso, es difícil obtenerla. La vida produce inconsecuencias. La naturaleza produce un tipo mental que puede tolerarlas y vivir en su centro. La mente conservadora es capaz de realizar esto: puede colocar sus diversas opiniones en compartimientos separados. Viven próximas las unas a las otras, pero no necesitan reunirse, como no lo necesitan los moradores de una casa de departamentos. Cuando se reúnen, opiniones contradictorias, las fórmulas convencionales de saludo son suficientes para evitar la fricción. Por ejemplo, las opiniones políticas de un hombre pueden decir un cortés "Buenos días" o "Buenas tardes" a sus opiniones políticas cuando se encuentren en el pasillo. Verosímilmente, no podrían vivir en el mismo departamento. El concepto de los negocios puede actuar en forma impertinente cuando

[9]Charles Éliot Norton, autor, hijo de Andrews Norton: nació en Cámbridge, Massachusetts, el 16 de noviembre de 1827; murió allí mismo, el 21 de octubre de 1908.—La Redacción.

[10]Famosa novela de Charlotte Brontë, publicada en 1847 bajo el seudónimo de Cúrrer Bell: la heroína, Jane Eyre, es una mujer a quien la autora supo hacer interesante a despecho de carecer de belleza, dinero, posición y todos los atributos convencionales de una heroína de novela. Se dice que el libro es, en parte, una autobiografía y causó grandes comentarios, poniendo a su autora en gran relieve ante el público.—La Redacción.

tropieza con los principios morales. El método de viviendas independientes para las opiniones se ha adoptado con gran amplitud en la vida, por mucho que nos disguste y nos contraríe.

Indudablemente la vida ideal es cohesiva y estable y da a las normas morales y espirituales la supremacía que les corresponde. Pero ahora tratamos de los hechos y del proceso mental, y no de las leyes morales. Es positivo que la vida está llena de inconsecuencias y que la naturaleza ha dotado a la mente conservadora en forma de sobrellevarlas. George Éliot[11] llama al cerebro "un nido congenial de creencias inconsistentes."

La ilustración clásica de la inconsecuencia de la mente conservadora se encuentra en su actitud hacia la revolución. La mente conservadora advoca la última revolución, pero es enemiga declarada de la próxima. Sólo admite el principio revolucionario retrospectivamente. Admite únicamente las revoluciones que no le interesan o la revolución que las produjo. El radical, por el contrario, afirma el principio revolucionario. Cuando la próxima revolución establezca dicho principio, entonces lo negará.

La mente radical es desemejante arquitectónicamente a la mente conservadora. No es una casa de departamentos, sino más bien una vasta estancia, de líneas frías y severas, cuya monotonía jamás se rompe por un muelle rincón o algún atractivo retiro. No hay nada oculto. Todas las opiniones, emociones, conceptos y sistemas deben vivir juntos en plena y recíproca visión perpetua. La mente radical no escapa a ninguno de los extremos insensatos de la consecuencia. Tal condición provoca un desgaste del sistema nervioso del radical, que nos ofrece el medio de penetrar muy adentro en la psicología y la ley a que obedecen las revoluciones. La coordinación lógica, la unidad consistente, el rígido silogismo, el sistema, florecen con vigor irresistible. Todo debe estar en armonía con lo demás. Así, por ejemplo, cuando el radical admite al socialismo en su recinto, su antigua actitud tiende a disgregarse y el socialismo inicia la obra de una reconstrucción mental cohesiva y concreta. A menudo desprecia la religión, censura el matrimonio y la autoridad paterna y se extravía en sueños insensatos.

La consecuencia de la verdad con la verdad no es gusto que se adquiere. Nos capacita para proceder de la verdad conocida a la desconocida. Los filósofos científicos advocaban el principio del *Verum vero vere nunquam repugnat.* Pero la consecuencia en las relaciones sociales y en la vida diaria es cosa muy diferente. Si un conservador descubre que algún hecho contradice cualquiera teoría, abandona la teoría y acepta el hecho. El radical prefiere descartar el hecho. El conservador puede comprometerse a causa de su tendencia a la inconsecuencia, como sucede a menudo. El radical, en tanto que continúe siéndolo, no puede comprometerse mentalmente en ninguna forma. De allí que pierda la jovialidad y que el conservador la tenga. Éste atraviesa la vida con doble alegría y el primero con doble pérdida. El radical es, como Góldsmith decía de Burke, "demasiado afecto al derecho para perseguir el expediente."

La mente conservadora experimenta solamente las emociones que se derivan de su opinión, en tanto que la mente radical tiene solamente la opinión que se deriva de las emociones. El primero depende de su opinión mientras el segundo está dominado por sus emociones. El radical acusa a los conservadores de falta de honradez, en tanto que el conservador declara que los radicales son peligrosos. Ambos están equivocados, sin duda alguna. El gran error del radical estriba en confundir la consecuencia con la honradez. La consecuencia se refiere a la relación de las opiniones entre sí, en tanto que la honradez se refiere a la relación de la propia persona con las opiniones que expresa. Podemos ser conscientemente inconsecuentes, pero no podemos dejar de ser honrados conscientemente sin saberlo. La relación de la mente conservadora, con respecto a las opiniones que expresa, es generalmente honrada, aun cuando pueda encontrarse la mayor inconsecuencia entre el campo que

[11] Mary Ann Evans, célebre novelista que escribía bajo el seudónimo de George Éliot: nació en Árbury Farm, Wárwickshire, Inglaterra, el 22 de noviembre de 1819; murió en Chélsea, Londres, el 22 de diciembre de 1880.—La Redacción.

separa una opinión de la otra. Es difícil mantenerse ecuánime ante la definición de un solo aspecto del espíritu conservador que enunció cierta vez Óliver Wéndell Holmes.[12] En su concepto, ser conservador

> es ahogar toda expresión del pensamiento y cerrar las ventanas del alma, para evitar el acceso del sol del levante y del aire del poniente; dejar que las ratas corran en libertad por el sótano, que la polilla se nutra a placer en los aposentos y las arañas tiendan el encaje de su tela cubriendo los espejos, hasta que se produzca la infección del alma a causa de nuestra negligencia y principiemos a roncar en el coma o a disparatar en el delirio.

Este concepto se refuta a sí mismo. Es enteramente indigno de un hombre de ciencia.

Después de lo peor que se haya dicho acerca del conservador, queda aún incólume su papel supremo, que, citando de nuevo a Mórley, es:

> Reconocer la prioridad de los actos de moralidad y de conducta, de las múltiples y entrelazadas afinidades de la afección humana y la relación histórica sobre las necesidades ficticias de la lógica abstracta.

El conservador considera una situación como una compleja y superior adaptación a la vida. Para el radical la situación es simplemente una serie ordenada de definiciónes, pero se necesita la obra de una vida entera para cambiar una situación. La filosofía del conservador puede resumirse en la admirable declaración de Fálkland:[13]

> Si el cambio no es necesario, es necesario no cambiar.

El radical cree en la necesidad del cambio y en que, por consiguiente, debe procurarse el cambio. El cambio es un problema para el conservador. Es, al mismo tiempo, un axioma para el radical. El problema requiere estudio, en tanto que el axioma debe ponerse en práctica. A este respecto son muy adecuadas las frases siguientes escritas hace muchos años en *The Atlantic Monthly* y modificadas para adaptarse al concepto:

> En un problema sobre el cual han meditado los sabios y aguardado largo tiempo antes de determinar el punto más sólido de aproximación, de pronto se precipita el radical con la cabeza baja desde cualquier punto de la línea que ocupe en aquel momento . . . y el problema desaparece.

La actitud que asumen respecto del cambio la mente conservadora y la mente radical es característica e interesante. La mente conservadora siente una repulsión orgánica hacia lo nuevo. Todo lo nuevo es erróneo. La innovación es el pecado original de la sociedad.

"La idea es nueva, pero excelente," decía últimamente cierto conservador típico, discutiendo una innovación inofensiva. Lówell pinta admirablemente este sentimiento en las líneas siguientes:

> Así, me vuelvo *Tory* por ahora,
> Y juzgo al radical un importuno,
> Incapaz de comprender, ¡el testarudo!
> Que aquello que fué bueno en el pasado
> Seguirá siendo bueno en el futuro.

La mente conservadora es tímida ante las nuevas ideas como una chiquilla en presencia de extraños. Hay un alto impuesto de aduana sobre las ideas nuevas en todos los puertos conservadores. En muchos casos el impuesto sube casi hasta la exclusión. Esta feliz metáfora, cuya procedencia escapa a la memoria, describe exactamente la situación. La estructura del orden social es una maravilla de perfección. Organizar los sentimientos, el criterio, las aspiraciones y propósitos de millones de personas, y asegurar actitud análoga entre ellas con respecto a los intereses más importantes de la vida es un milagro de potencia humana. No existirá el orden social hasta que los hombres piensen, sientan y juzguen de manera semejante, hasta que cooperen recíprocamente y confíen el uno en el otro. Ahora bien: las emociones, normas y condiciones en que se expresan los intereses vitales y las proporciones que sirven de norte a la vida deben ser relativamente estables, o de lo contrario nos veremos arrastrados a la confusión. Es necesario soportar un proceso largo, penoso e incierto antes de que un orden social pueda

[12]Poeta, escritor y novelista norteamericanos: nació en Cámbridge, Massachusetts, el 29 de agosto de 1809; murió, el 7 de octubre de 1894.—La Redacción.

[13]Personaje principal en la novela de Godwin, *Caleb Williams*.—La Redacción.

verse establecido. Mírah[14] dice en *Daniel Deronda:*

Me agrada aquello que he visto siempre, porque me hace experimentar de nuevo los mismos sentimientos: sentimientos de que no querría desprenderme por nada en el mundo.

Ahora bien: una idea nueva, una nueva teoría fundamental, ataca el orden establecido. Si la naturaleza fuera indiferente a este cambio, no habría seguridad para la civilización. Es imperativo que las innovaciones aporten algún mal. La naturaleza lo asume, al menos. Todo el temor acumulado de lo desconocido pesa sobre el alma del orden de la sociedad cuando se propone algún cambio radical.

Hay gran desmembramiento de la corteza social cuando aparece alguna nueva idea,

dice Baldwin. Esto ocasionó la asombrosa alabanza de la estolidez que lanzó Bágehot.[15] Sostenía que la estolidez es la base de la estabilidad en la opinión pública puesto que "encadena a su feliz posesor a los viejos ideales." Decía también:

La mejor garantía de la estabilidad de la opinión pública es que la gente sea incapaz de comprender lo que se dice del otro lado.

Belloc[16] nos recuerda que "las grandes instituciones de un estado crean cierta atmósfera en su derredor algo que podría llamarse un halo de ilusión."

¿No es este halo más poderoso que cualquier argumento?

La estolidez no es cualidad que se encuentra únicamente en la gente ignorante. Un sabio profesor puede ser un político estólido. Un teólogo competente puede ser un pobre estadista. Cóventry Pátmore[17] decía de Ténnyson:

Tenía una incapacidad peculiar para aceptar de primer impulso una idea nueva por la sola virtud de sus méritos.

De allí que la mente conservadora típica tienda a sentir cierta antipatía moral por todo lo nuevo. Lo nuevo parece malo; de consiguiente, está fuera de discusión. En esto también la naturaleza opera con un gran factor de seguridad. Después que el conservador imprime el sello de error moral sobre toda idea nueva, el progreso de esta idea se hace lento y sus proporciones están reducidas en gran escala cuando llega el tiempo en que haya conseguido refutar el cargo. Entonces es posible llevar el debate a un punto en que el conservador se vea obligado a aceptar la nueva idea en vez de condenarla. Pero, por regla general, el espíritu conservador se opone a las innovaciones el tiempo necesario para que la idea se haga vieja y, por consiguiente, segura. Los teólogos han inventado una serie notable de frases, que comienzan con innovación y acaban con herejía, frases que determinarían la posición exacta de una persona que descendiera el camino de la ortodoxía a la herejía. Estas distinciones se establecieron con el objeto de mostrarse leales y justos con el innovador. Sin embargo, a fuer de frases, no ejercieron influencia alguna sobre la actitud emocional de los observadores. El sentimiento contra las innovaciones de toda clase es justificado por muchas razones. Sáintsbury,[18] escribiendo acerca de Defoe,[19] decía que los observadores han notado a menudo entre los ingleses

cierta tendencia a enfrascarse a cada paso en distinciones morales y a confundir todo aquello novel en la experiencia, desagradable al gusto y poco comprensible, bajo los epítetos generales de erróneo, pernicioso y chocante.

Cualesquiera que sean los términos empleados para definir la situación, parece que el impulso inicial del espíritu conservador de confundir lo nuevo con lo erróneo actúa

[14]Heroína de la novela *Daniel Deronda* por George Éliot: el libro revela la concepción del autor sobre el desenvolvimiento social, el poder de la tradición y la fuerza compulsora de la nacionalidad.—La Redacción.

[15]Wálter Bágehot, famoso economista, publicista y periodista: escribió varias obras de economía, política, y estudios sobre literatura; nació en Lángport, Sómerset, el 3 de febrero de 1826; murió allí, el 24 de marzo de 1877.—La Redacción.

[16]Hilaire Jóseph Péter Belloc, escritor inglés y político liberal: nació, el 27 de julio de 1870.—La Redacción.

[17]Poeta y escritor inglés: nació en Wóodford, Éssex, el 23 de julio de 1823; murió, el 26 de noviembre de 1896.—La Redacción.

[18]George Édward Báteman Sáintsbury: crítico literario e historiador inglés; nació en Southampton, el 23 de octubre de 1845.—La Redacción.

[19]Daniel Defoe: celebrado novelista inglés y escritor político, autor del famoso libro *Robinson Crusoe:* nació en Londres, probablemente en 1661; murió allí también, el 26 de abril de 1731.—La Redacción.

como importante factor sobre el radicalismo, obligándole a aclarar sus ideas, a comprender sus limitaciones y a aplacar la violencia que expresan generalmente sus primeras protestas contra el orden establecido.

Hemos procurado, naturalmente, describir tipos y no individuos, y los hemos descrito con cierta exageración en la esperanza de despertar interés. Para completar este estudio trataremos ahora del tipo a medias conservador y a medias radical. Probablemente la mayor parte de nosotros pertenecemos a esta clase. Puede comprenderse fácilmente la definición del carácter de Máddox Brown, el prerrafaelista:

> En pasiones y emociones era un *Tory* anticuado. Su razonamiento y las circunstancias hicieron de él, sin embargo, un revolucionario del tipo romántico.

La tarea de describir este tipo será menos interesante por cuanto es menos extrema. Hay, no obstante, otro aspecto del espíritu radical que puede mencionarse por vía de conclusión. Cuando el radical se halla en el poder, el nuevo ambiente pone en acción una serie de procesos mentales que tienden a hacerle conservador. Si el conservador desciende a posición social inferior, el proceso radical comienza su obra, pero encuentra campo menos favorable para la transformación. Se nos dice que en Alemania colocan a veces a los radicales en puestos de responsabilidad en la esperanza de que se vuelvan conservadores. La responsabilidad ejerce efecto restrictivo. Los diarios referían hace algunos años que Arístide Briand "era suficientemente grande para arrojar a los vientos la consecuencia," al habérselas con la gran huelga que hubo de dominar en Francia. Procedió contra sus bien conocidas opiniones y sus confederados cuando se vió frente a las complejidades amenazadoras de una situación crítica nacional. Mirar hacia lo alto las instituciones que nos aplastan, nos procura un punto de vista. Mirar hacia abajo, desde la seguridad de una posición exaltada, nos da otro aspecto de la situación. Cuando una revolución destruye a los conservadores que obstruían el camino, se revuelve para destruir o suprimir a los nuevos radicales que la amenazan. Siempre que una revolución tiene éxito considera ataque a la ley toda contrarrevolución.

El espíritu conservador es el órgano de responsabilidad y de cautela en la sociedad humana. Es el asilo y el custodio reverente del alma nacional. El espíritu conservador es el guardián de la civilización y el campeón de su continuidad. El espíritu radical, con su aguda sensibilidad para las injusticias y su atrevida adopción del nuevo pensamiento y de los nuevos ideales, prepara la vía del progreso, que es la ley de la vida. Naturalmente, nadie olvida los errores del espíritu conservador ni del espíritu radical. El uno necesita del otro. Cada uno es un peligro positivo sin el otro. Ambos van en persecución de la verdad, pero difieren en su concepto de la verdad y en la manera de buscarla. Los méritos y los errores de ambos, sus limitaciones, conflictos, derrotas y victorias tienen un lugar en los planes cósmicos de la naturaleza. La discreción presente y no la pasada es lo que puede asegurar al espíritu conservador aquella fe que las multitudes insisten en dedicar a alguna cosa. Por ahora, parece triunfar el espíritu moderado radical. Quizá el hecho de que nuestro jefe ejecutivo se haya calificado a sí mismo de "conservador activo," implica la esperanza, si no la promesa, de que el espíritu nacional conservador cumplirá su deber frente a nuestros problemas actuales, en vez de obligar a la confiada multitud a poner sus esperanzas en aquel radicalismo destructor del mundo.



1234567890

El Idioma de Los Negocios

LAS cifras son el idioma de los negocios. En cuestiones de ventas, gastos, compras, créditos, o en cualquiera otra fase de las transacciones comerciales tiene Ud. que usar cifras.

Álguien tiene que obtener la información numérica necesaria. Álguien tiene que sumar columnas de guarismos todos los días. Para comprar y vender, y al llevar los libros de contabilidad hay que sumar y restar, multiplicar y dividir.

La invención de la máquina de sumar por el Señor William Seward Burroughs permite hacer automáticamente todas las operaciones numéricas que se llevan a cabo en los negocios; permite imprimir claramente los resultados en un estado, en la hoja de un libro, o en cualquier forma impresa.

Durante los años que han transcurrido después de la invención de la máquina de sumar, miles de hombres de negocios en todas partes del mundo han comprendido las ventajas que resultan de su uso. Se ha demostrado que esta máquina proporciona beneficios al negocio pequeño tanto como al grande, y que en ambos casos reduce el costo de los trabajos numéricos a la vez que aumenta las ganancias. El representante de las Máquinas Burroughs (los hay en las ciudades principales del mundo) le enseñará gustosamente la manera de usar esta máquina en su negocio.

Burroughs Adding Machine Company

Detroit, Michigan, E. U. A.



4303